

La ciudad global: emplazamiento estratégico, nueva frontera

Saskia Sassen

Las imágenes más destacadas en la descripción actualmente predominante de la mundialización económica subrayan la hipermovilidad, las comunicaciones mundiales y la neutralización del lugar y la distancia. Hay una tendencia a considerar la existencia de un sistema económico mundial como algo dado, una función del poder de las empresas transnacionales y las comunicaciones mundiales.

Pero las capacidades para el funcionamiento, la coordinación y el control mundiales que entrañan las nuevas tecnologías de la información y el poder de las empresas transnacionales son también objeto de producción. Al centrarnos en esta, añadimos una dimensión desatendida a la consabida cuestión del poder de las grandes empresas y las nuevas tecnologías. Con ello pasamos a subrayar los procedimientos que constituyen lo que llamamos «mundialización económica» y «control mundial»: la labor de producción y reproducción, la organización y la gestión de un sistema mundial de producción y un mercado financiero mundial, ambos en condiciones de concentración económica. Al centrarnos en los procedimientos, introducimos en el análisis de la mundialización económica las categorías de lugar y proceso de producción. En las descripciones centradas en la hipermovilidad del capital y el poder de las empresas transnacionales, se pasan por alto fácilmente esas dos categorías. Al formular categorías como las de lugar y proceso de producción, no negamos el carácter fundamental de la hipermovilidad y del poder. Al contrario, situamos en primer plano el hecho de que muchos de los recursos necesarios para las actividades económicas mundiales no sean hipermóviles y, de hecho, estén profundamente insertos en lugares, en particular y con frecuencia en ciudades globales y zonas francas industriales.

¿Por qué es importante recuperar el lugar y la producción en los análisis de la economía mundial, teniendo en cuenta en particular que radican en ciudades importantes? Porque nos permiten ver la multiplicidad de las economías y las tradiciones laborales en las que está inserta la economía mundial de la información. También nos permiten recuperar los procesos concretos, localizados, gracias a los cuales existe la mundialización y sostener que gran parte del multiculturalismo de las grandes ciudades forma parte de la mundialización en la misma medida que las finanzas internacionales. Por último, al centrarnos en las ciudades, podemos especificar una geografía de lugares estratégicos a escala mundial, lugares mutuamente vinculados por la dinámica de la mundialización económica. La denomino «nueva geografía de la centralidad» y una de las cuestiones que plantea es la de si esa nueva geografía transnacional es también el espacio para una nueva política transnacional. En la medida en que mi análisis económico de la

ciudad global recupera la amplia panoplia de empleos y tradiciones laborales que forman parte de la economía mundializada, aunque no se suele caracterizarlas como tales, me permite examinar la posibilidad de una nueva política de los agentes tradicionalmente desfavorecidos que actúan en esa geografía económica transnacional. Se trata de una política que se encuentra en la intersección de la participación económica en la economía mundializada y la política de los desfavorecidos y en ese sentido añadiría una dimensión económica, en particular mediante quienes ocupan los otros puestos de trabajo en la economía mundializada, ya se trate de obreros de fábricas en zonas francas industriales de Asia, trabajadores explotados en fábricas de vestimenta de Los Ángeles o conserjes en Wall Street.

Esos son los asuntos que abordo en este texto. En la primera parte examino el papel de la producción y del lugar en los análisis de la economía mundializada. En la segunda parte postulo la formación de nuevas geografías de la centralidad y la marginalidad constituidas por esos procesos de mundialización. En la tercera parte examino algunos de los elementos que indican la formación de un nuevo orden socioespacial en las ciudades globales. En la cuarta parte examino algunas de las localizaciones de lo mundial centrando la atención en particular en las mujeres inmigrantes de las ciudades globales. En la parte final, examino la ciudad global como nexo en el que se reúnen esas diversas tendencias y producen nuevas alineaciones políticas.

Lugar y producción en la economía mundializada

Se puede desconstruir la mundialización desde el punto de vista de los emplazamientos estratégicos en los que se materializan los procesos mundiales y los vínculos que los unen. Entre ellos, figuran las zonas francas industriales, los centros bancarios transnacionales y, en un nivel mucho más complejo, las ciudades globales. Así se produce una geografía específica de la mundialización y se subraya en qué medida no es un acontecimiento planetario que abarque el mundo entero.¹ Además, se trata de una geografía cambiante, que se ha transformado a lo largo de los últimos siglos y los últimos decenios.² En la época más reciente, esa geografía cambiante ha llegado a incluir el espacio electrónico.

La geografía de la mundialización entraña a un tiempo una dinámica de la dispersión y la centralización, característica que solo ahora ha empezado a ser reconocida.³ Las tendencias en gran escala hacia la dispersión espacial de las actividades económicas en los niveles metropolitano, nacional y mundial que

asociamos con la mundialización han contribuido a una demanda de nuevas formas de centralización territorial de las operaciones de gestión y control de alto nivel. La dispersión espacial de la actividad económica que ha posibilitado la telemática contribuye a una expansión de las funciones centrales para que dicha dispersión se produzca bajo la continua concentración del control, la propiedad y la obtención de beneficios que caracteriza el sistema económico actual.⁴

Los mercados nacionales y mundiales, como también las organizaciones mundialmente integradas, requieren lugares centrales en los que se lleve a cabo la labor de mundialización.⁵ Además, las industrias de la información necesitan también una vasta infraestructura física con nodos estratégicos en los que hay una hiperconcentración de instalaciones; debemos distinguir entre la capacidad de transmisión y comunicación mundiales y las condiciones materiales que las hacen posibles. Por último, incluso las más avanzadas industrias de la información tienen un proceso de producción que, aun cuando los productos sean hipermóviles, está en parte vinculado con el lugar por la combinación de recursos que necesita.

La nueva y vasta topografía económica que se está creando a través del espacio electrónico es un momento, un fragmento, de una cadena económica aún más vasta que en gran parte está inserta en espacios no electrónicos. No existe una empresa o una industria totalmente desmaterializada. Incluso las más avanzadas industrias de la información, como las financieras, están instaladas solo parcialmente en el espacio electrónico y lo mismo ocurre con las que fabrican productos digitales, como, por ejemplo, programas informáticos. La digitalización en aumento de las actividades económicas no ha eliminado la necesidad de importantes centros financieros y empresariales internacionales y todos los recursos materiales que en ellos se concentran, desde la infraestructura telemática más avanzada hasta el talento intelectual.⁶

En mi investigación, he concebido las ciudades como emplazamientos de producción para las industrias de la información en vanguardia de nuestra época, destinados a recuperar la infraestructura de actividades, empresas y empleos necesaria para dirigir la economía de las grandes empresas avanzadas, incluidos sus sectores mundializados.⁷ Se suelen concebir esas industrias en función de la hipermovilidad de sus productos y los altos niveles de conocimientos técnicos de sus profesionales y no del proceso de producción que entrañan y la necesaria infraestructura de servicios y empleos no especializados que también forman parte de ellas. Un análisis detallado de las economías urbanas basadas en los servicios muestra que existe una considerable articulación de empresas, sectores

y trabajadores que pueden parecer poco conectados con una economía urbana dominada por los servicios especializados y financieros, pero, en realidad, desempeñan diversas funciones que son parte integrante de esas economías. Sin embargo, lo hacen en condiciones de marcada segmentación social y de ingresos y con frecuencia también racial y étnica.

En la labor cotidiana del complejo de servicios predominante, dominado por las finanzas, una gran proporción de los puestos de trabajo que lo componen es de tipo manual y poco remunerado, muchos de ellos ocupados por mujeres e inmigrantes. Aunque esos tipos de trabajadores y puestos de trabajo nunca aparecen representados como parte de la economía mundializada, forman parte, en realidad, de la infraestructura de los puestos de trabajo que requiere la dirección y la aplicación del sistema económico mundializado, incluida una forma tan avanzada como las finanzas internacionales.⁸ Resulta mucho más fácil considerar necesaria la cima de la economía de las grandes empresas –los rascacielos empresariales que proyectan conocimientos técnicos especializados, la precisión, la «tejería»– para un sistema económico avanzado que los camioneros y otros trabajadores del sector de los servicios industriales, pese a que estos son un componente necesario de él.⁹ En este caso vemos una valorización en marcha que ha aumentado marcadamente la distancia entre los sectores desvalorizados y los valorizados –excesivamente, en realidad– de la economía.

Para mí, como economista política que soy, abordar estas cuestiones ha significado trabajar en varios sistemas de representación y construir espacios de intersección. Hay momentos analíticos en que se cruzan dos sistemas de representación. Resulta fácil experimentar esos momentos analíticos como espacios de silencio, de ausencia. Una empresa tentadora es la de ver qué ocurre en esos espacios o qué operaciones –analíticas, de poder, de significado– se producen en ellos.

Una versión de esos espacios de intersección es lo que he llamado «zonas analíticas fronterizas». ¿Por qué «zona fronterizas»? Porque son espacios constituidos como discontinuidades: discontinuidades dentro de un ámbito y no reducidas a una línea divisoria. Tal vez Can Ricart,¹⁰ en caso de que no acabe destruida, podría funcionar como uno de esos espacios de intersección entre una historia anterior y una nueva posibilidad. Gran parte de mi labor sobre la mundialización económica y las ciudades se ha centrado en esas discontinuidades y ha pretendido reconstruirlas analíticamente como zonas fronterizas, en lugar de líneas divisorias. Así se produce un ámbito dentro del cual se pueden reconstituir dichas

discontinuidades como operaciones económicas cuyas propiedades no son una mera función de los espacios que se encuentran a cada lado de ellas (es decir, una reducción a la condición de línea divisoria), sino también –y de forma más fundamental– de la discontinuidad misma, con el argumento de que las discontinuidades son una parte integrante, un componente, del sistema económico.

Una nueva geografía de los centros y los márgenes

El predominio cada vez mayor de las industrias de la información y el crecimiento de una economía mundializada, que están inextricablemente vinculados, han contribuido a una nueva geografía de la centralidad y la marginalidad. Esa nueva geografía reproduce en parte las desigualdades existentes, pero es también el resultado de una dinámica específica de las formas actuales de crecimiento económico. Adopta muchas formas y funciona en muchos sectores, desde la distribución de los servicios de telecomunicaciones hasta la estructura de la economía y del empleo. Las ciudades globales acumulan concentraciones inmensas de poder económico, mientras que las ciudades que en tiempos fueron importantes centros manufactureros experimentan decadencias desmesuradas; los centros de las ciudades y los centros de negocios de las zonas metropolitanas reciben inversiones en propiedad inmobiliaria y telecomunicaciones en gran escala, mientras que las zonas urbanas y metropolitanas de bajos ingresos carecen de recursos suficientes; los empleados muy especializados del sector de las grandes empresas ven aumentar sus ingresos hasta niveles inhabituales, mientras que los trabajadores con una especialización media o baja ven desplomarse los suyos. Los servicios financieros producen beneficios descomunales, mientras que los servicios industriales apenas sobreviven.

La más poderosa de esas nuevas geografías de la centralidad en el nivel mundial une los más importantes centros financieros y de negocios internacionales: Nueva York, Londres, Tokio, París, Fráncfort, Zúrich, Ámsterdam, Los Ángeles, Sidney, Hong Kong, Barcelona, entre otros. Pero ahora esa geografía abarca también ciudades como Bangkok, Taipei, São Paulo y Ciudad de México. La intensidad de las transacciones entre esas ciudades, en particular mediante los mercados financieros, el comercio de servicios y la inversión ha experimentado un marcado aumento, como también las magnitudes involucradas.¹¹ Al mismo tiempo, ha habido una agudización de la desigualdad en la concentración de recursos estratégicos en cada una de dichas ciudades en comparación con la de otras del mismo país.¹²

Junto a las nuevas jerarquías regionales y mundiales de las ciudades, hay un vasto territorio que ha ido volviéndose cada vez más periférico y ha ido quedando cada vez más excluido de los más importantes procesos económicos que, según se considera, alimentan el crecimiento económico en la nueva economía mundializada. Centros manufactureros y ciudades portuarias en tiempos importantes han perdido sus funciones y están en decadencia, no solo en los países menos desarrollados, sino también en las economías más avanzadas. Lo mismo ocurre en la valoración de los productos del trabajo: la valorización excesiva de los servicios especializados y de los profesionales ha caracterizado muchos de los «otros» tipos de actividades económicas y de trabajadores como innecesarios o irrelevantes para una economía avanzada.

Hay otras formas de esa caracterización segmentada de lo que es o no un exponente de la nueva economía mundializada. Por ejemplo, la descripción habitual de la mundialización reconoce que existe una clase de profesionales internacionales y centros de negocios muy internacionalizados por la presencia de empresas y personal extranjeros. Lo que no se ha reconocido es la posibilidad de que se esté constituyendo un mercado laboral internacionalizado para los trabajadores manuales y de servicios con salarios bajos o de que exista un ámbito de negocios internacionalizado en muchas comunidades inmigrantes. Se sigue aplicando a esos procesos la denominación de inmigración, propia de una narración de un período histórico anterior.

Eso indica que hay representaciones de lo mundial o lo transnacional que no se han reconocido como tales o se discuten. Entre ellas figura la cuestión de la inmigración, así como la multiplicidad de los ámbitos laborales a la que contribuye en las grandes ciudades, con frecuencia incluida en el concepto de economía étnica y en el sector no estructurado de la economía. Me atrevo a sostener que gran parte de lo que aún describimos con el lenguaje de la inmigración y la etnicidad es, en realidad, una serie de procesos que tienen que ver con 1) la mundialización de la actividad económica, de la actividad cultural y de la formación de la identidad y 2) la racialización cada vez más marcada de la segmentación del mercado laboral, con lo que los componentes del proceso de producción en la economía avanzada de la información mundializada que se está produciendo en los ámbitos laborales de los inmigrantes no están reconocidos como parte de ella. La inmigración y la etnicidad se constituyen como otredad. Al entenderlos como un conjunto de procesos en virtud de los cuales se localizan los elementos mundializados, se constituyen los mercados laborales internacionales

y se desterritorializan y reterritorializan las culturas del mundo entero, los situamos justo ahí, en el centro, junto con la internacionalización del capital, como un aspecto fundamental de la mundialización. ¿Cómo se han producido esos nuevos procesos de valorización y desvalorización y las desigualdades que provocan? Este es el asunto abordado a continuación.

Elementos de un nuevo orden socioespacial

Con la implantación de los procesos y los mercados mundializados en las ciudades más importantes, el sector internacionalizado de la economía urbana se ha ampliado rápidamente y ha impuesto un nuevo conjunto de criterios para valorar las diversas actividades y resultados económicos o fijar sus precios, lo que ha tenido efectos devastadores en grandes sectores de la economía urbana. No se trata de una simple transformación cuantitativa; vemos en ello los elementos de un nuevo régimen económico.

Esas tendencias a la polarización adquieren formas claras en 1) la organización espacial de la economía urbana, 2) las estructuras de reproducción social y 3) la organización del proceso laboral. En esas tendencias hacia formas múltiples de polarización radican las condiciones para la creación de una pobreza y una marginalidad urbana centradas en el empleo y para nuevas formaciones de clase.

El predominio de la economía encabezada por los servicios especializados, en particular el nuevo complejo de finanzas y servicios, engendra lo que podemos considerar un nuevo régimen económico, porque, aunque ese sector puede representar solo una fracción de la economía de una ciudad, se impone en esa economía más amplia. Una de esas presiones es la que inclina a la polarización, como ocurre con la posibilidad de obtención de beneficios mayores de lo habitual en el sector financiero, que contribuye a la desvalorización de la manufactura y los servicios con poco valor añadido, en la medida en que dichos servicios no pueden producir esos mayores beneficios propios de gran parte de las actividades financieras. La capacidad para obtener beneficios mayores de lo habitual de muchas de las industrias de vanguardia es inherente a una compleja combinación de nuevas tendencias: tecnologías que hacen posible la hipermovilidad del capital a escala mundial y la desreglamentación de múltiples mercados que permite la aplicación de la hipermovilidad; invenciones financieras, como, por ejemplo, la bursatilización, que atribuye liquidez a activos de capital hasta entonces no líquidos y permite que circulen y, por tanto, obtengan beneficios suplementarios; la demanda en aumento de servicios en todas las industrias, junto con la

complejidad y la especialización cada vez mayores de muchas de esas aportaciones, que han contribuido a su valorización, con frecuencia excesiva, como lo demuestran los aumentos extraordinariamente elevados de los salarios a partir del decenio de 1980 en el caso de los profesionales de alto nivel y de los directores generales de las empresas. La mundialización contribuye aún más a la complejidad de dichos servicios, su carácter estratégico, su atractivo y, por tanto, su valorización excesiva.

La presencia de una masa crítica de empresas con capacidades para obtener beneficios extraordinariamente elevados contribuye a la sobrepaja de los precios del espacio comercial, de los servicios industriales y otras necesidades de las empresas, con lo que las posibilidades de supervivencia de las que tienen capacidades moderadas de obtención de beneficios resultan cada vez más precarias y, aunque son esenciales para el funcionamiento de la economía urbana y las necesidades diarias de los residentes, su viabilidad económica se ve amenazada en una situación en la que los servicios financieros y especializados pueden obtener beneficios mayores de lo habitual. Los altos precios y los niveles de beneficios en el sector internacionalizado y sus actividades ancilares, como, por ejemplo, los restaurantes y hoteles de la mayor categoría, dificultan cada vez más a los demás sectores la competencia por el espacio y las inversiones. Muchos de esos otros sectores han experimentado una considerable decadencia o desplazamiento o ambas cosas: por ejemplo, la substitución de las tiendas de barrio adaptadas a las necesidades locales por *boutiques* y restaurantes de nivel elevado que abastecen a las minorías urbanas con altos ingresos.

Siempre ha habido desigualdad en cuanto a las capacidades para la obtención de beneficios de los diferentes sectores de la economía, pero lo que hoy presenciamos corresponde a otro orden de magnitudes y engendra distorsiones en gran escala en las operaciones de diversos mercados, desde el de la vivienda hasta el laboral. Por ejemplo, la polarización de las empresas y los hogares en la organización espacial de la economía contribuye, según mi interpretación, al paso al sector no estructurado de la economía de un conjunto en aumento de actividades económicas en las economías urbanas avanzadas. Cuando las empresas con pocas o modestas capacidades para la obtención de beneficios experimentan una demanda permanente, si no en aumento, de sus artículos y servicios por parte de los hogares y otras empresas en un marco en el que un sector importante de la economía logra beneficios mayores de lo habitual, con frecuencia no pueden competir, aun cuando exista una demanda efectiva de lo que producen. El paso

al sector no estructurado de la economía es con frecuencia una de las pocas formas como semejantes empresas pueden sobrevivir: por ejemplo, utilizando espacios no destinados para usos comerciales o manufactureros, como los sótanos de zonas residenciales o espacios que no cumplen los reglamentos en materia de salud, de prevención de incendios y de otra índole. Asimismo, puede ocurrir que las nuevas empresas correspondientes a industrias con bajos beneficios que entren en un mercado fuerte para sus artículos y servicios solo puedan hacerlo mediante los procedimientos del sector no estructurado. Otra opción para las empresas con capacidades limitadas con vistas a la obtención de beneficios es la de subcontratar parte de sus actividades a otras del sector no estructurado.

La recomposición de las fuentes de crecimiento y obtención de beneficios que entrañan esas transformaciones contribuye también a la reorganización de algunos componentes de la reproducción o del consumo sociales. Si bien los estratos medios siguen constituyendo la mayoría, las condiciones que contribuyeron a su expansión y poder político-económico en los decenios de la posguerra –la fundamental importancia de la producción y el consumo en gran escala para el crecimiento económico y la obtención de beneficios– han quedado substituidas por las nuevas fuentes de crecimiento.

El rápido crecimiento de las industrias con fuertes concentraciones de empleos muy bien remunerados y otros escasamente remunerados ha revestido formas claras en la estructura del consumo, que, a su vez, tiene un efecto retroalimentador en la organización del trabajo y en los tipos de empleos que se crean. El aumento de la fuerza laboral bien remunerada, junto con la aparición de nuevas formas culturales, ha propiciado un proceso de renovación a favor de los profesionales mejor remunerados, que, en última instancia, es posible gracias a la disponibilidad de una enorme oferta de trabajadores escasamente remunerados.

De las necesidades de consumo de la población con bajos ingresos en las ciudades grandes se encargan, en gran medida, establecimientos manufactureros y minoristas que son pequeños, dependen de la mano de obra familiar y con frecuencia no cumplen las normas mínimas de seguridad e higiene. La ropa barata y de producción local en fábricas que explotan a sus trabajadores, por ejemplo, puede competir con las importaciones asiáticas poco costosas. Hay una diversidad en aumento de productos y servicios –desde muebles poco costosos fabricados en sótanos hasta guarderías familiares, pasando por taxis sin licencia– para atender la demanda de la población con bajos ingresos, cada vez más extensa.

Una forma de caracterizar el paso en la actualidad al sector no estructurado en las economías urbanas avanzadas es la de considerarlo el equivalente sistémico de lo que llamamos desreglamentación en la cúspide de la economía. Podemos caracterizar tanto la desreglamentación de un número cada vez mayor de industrias de la información en vanguardia como el paso al sector no estructurado de la economía de un número en aumento de agentes económicos con pocas capacidades para la obtención de beneficios como ajustes en unas condiciones en las que los nuevos fenómenos económicos y las antiguas reglamentaciones entran en conflicto de forma cada vez más intensa.¹³ Para plasmar esa situación he utilizado el concepto de «fracturas en la reglamentación».

Podemos considerar que esa evolución va constituyendo nuevas geografías de centralidad y marginalidad que cruzan transversalmente la antigua divisoria entre países ricos y países pobres y nuevas geografías de la marginalidad que han resultado cada vez más evidentes no solo en el mundo menos desarrollado, sino también en países muy desarrollados. Dentro de las ciudades más importantes tanto del mundo en desarrollo como del desarrollado vemos una nueva geografía de centros y márgenes, que no solo contribuye a reforzar las desigualdades existentes, sino que, además, pone en marcha toda una serie de dinámicas nuevas de la desigualdad.

Las localizaciones de lo mundial

Así, pues, hay que entender la mundialización económica también en sus múltiples localizaciones y no solo desde el punto de vista de los amplios procesos generales en el nivel macroeconómico que predominan en la descripción que de ella se hace habitualmente. Además, es necesario tener en cuenta que por lo general se considera que algunas de dichas localizaciones nada tienen que ver con la economía mundializada. Podemos considerar la ciudad global una ejemplificación de dichas localizaciones múltiples.

Aquí quiero centrarme en las localizaciones de lo mundial caracterizado por esos dos rasgos. Muchas de dichas localizaciones son inherentes a la transición demográfica evidente en esa clase de ciudades, en las que una mayoría de los trabajadores residentes son actualmente inmigrantes y mujeres, con frecuencia mujeres de color. Dichas ciudades están experimentando un aumento de puestos de trabajo escasamente remunerados que no encajan en las ideas predominantes sobre la mundialización y, sin embargo, forman parte de ella. El hecho de que sean inherentes a la transición demográfica evidente en todas esas ciudades

y su consiguiente invisibilidad contribuyen a la desvalorización de esos tipos de trabajadores y tradiciones laborales y a la «legitimidad» de dicha desvalorización.

Podemos interpretarlo como una ruptura de la dinámica tradicional en virtud de la cual la pertenencia a los sectores económicos de vanguardia contribuye a la formación de una aristocracia laboral, proceso que desde hace mucho resulta evidente en las economías industrializadas occidentales. «Las mujeres y los inmigrantes» acaban substituyendo la categoría fordista o la de salario familiar de «mujeres y niños». Una de las localizaciones de la dinámica de la mundialización es el proceso de reestructuración económica en las ciudades globales. La polarización socioeconómica acompañante ha propiciado un gran aumento de la demanda de trabajadores con salarios bajos y de puestos de trabajo que ofrecen pocas posibilidades de avance profesional, en medio de una explosión de riqueza y poder concentrados en esas ciudades, es decir, en unas condiciones en las que hay un visible aumento de los empleos muy bien remunerados y del espacio urbano de alto precio.

«Las mujeres y los inmigrantes» surgen como la oferta laboral que facilita la imposición de salarios bajos y desamparo en unas condiciones de intensa demanda de esa clase de trabajadores y la localización de dichos puestos de trabajo en sectores con un gran crecimiento. Se trata de una ruptura del nexo histórico que habría brindado oportunidades mejores a los trabajadores y que legitima dicha ruptura desde el punto de vista cultural. Otra localización que raras veces se relaciona con la mundialización, el paso al sector no estructurado de la economía, reintroduce la comunidad y el hogar como importante espacio económico en las ciudades globales. En esas condiciones considero dicho paso al sector no estructurado de la economía como el equivalente de bajo costo –y con frecuencia feminizado– de la desreglamentación en la cima del sistema. Como en el caso de la desreglamentación (por ejemplo, la financiera), el paso al sector no estructurado de la economía aporta flexibilidad, reduce las «cargas» de la reglamentación y los costos, en particular los laborales. Podemos considerar que el paso al sector no estructurado de la economía en las ciudades más importantes de los países muy desarrollados –ya se trate de Nueva York, Londres, París, Barcelona o Berlín– representa la degradación de una diversidad de actividades para las que hay una demanda efectiva en dichas ciudades, pero también una devaluación y una competencia enorme, en vista de que los costos de entrada son bajos y hay pocas modalidades de empleo substitutivo.

El paso al sector no estructurado de la economía es una forma de producir y distribuir artículos y servicios con un costo menor y una mayor flexibilidad, lo que contribuye aún más a devaluar esos tipos de actividades. Los inmigrantes y las mujeres son unos agentes importantes en las nuevas economías no estructuradas de esas ciudades. Absorben los costos del paso de dichas actividades al sector no estructurado de la economía.

La reconfiguración de los espacios económicos asociados con la mundialización en las ciudades más importantes ha tenido repercusiones diferentes en los hombres y las mujeres, en los usos laborales de los hombres y las mujeres y en las formas de poder y autonomía plena centradas en los hombres y las mujeres. La reestructuración del mercado laboral va acompañada de un traspaso de sus funciones al hogar o la comunidad. Las mujeres y los hogares surgen como emplazamientos que deben formar parte de la teorización de las formas particulares que actualmente revisten esos elementos en la dinámica del mercado laboral.

La ciudad global: un nexo para nuevas alineaciones político-económicas

Lo que atribuye carácter estratégico a los procesos antes descritos, aun cuando se refieran a trabajadores desamparados y con frecuencia invisibles, y potencialmente constitutivo de un nuevo tipo de política transnacional es el hecho de que esas mismas ciudades sean también los emplazamientos estratégicos para la valorización de las nuevas formas de capital empresarial mundializado, descrito en la primera sección de este texto.

Habitualmente, el análisis de la mundialización de la economía concede preferencia a la reconstitución del capital como presencia internacionalizada y subraya su carácter de vanguardia. Al mismo tiempo, nada dice en absoluto sobre otro elemento decisivo de esa transnacionalización, el que algunos, entre ellos yo, consideran inseparable de ese capital, es decir, la transnacionalización del trabajo. Para describir ese proceso, seguimos usando el lenguaje de la inmigración. En segundo lugar, ese análisis pasa por alto la transnacionalización en la formación de identidades y lealtades entre los diversos segmentos de la población que rechazan explícitamente la comunidad imaginada de la nación, lo que va acompañado de nuevas solidaridades e ideas de participación. Las ciudades más importantes han surgido como emplazamiento estratégico para la transnacionalización del trabajo y la formación de identidades transnacionales. A ese respecto, constituyen un emplazamiento para nuevos tipos de operaciones políticas.

Las ciudades son el marco en el que personas de muchos países diferentes tienen más probabilidades de coincidir y lo mismo ocurre con una multiplicidad de culturas. El carácter internacional de las ciudades más importantes radica no solo en su infraestructura de telecomunicaciones y empresas internacionales, sino también en los numerosos y diferentes ámbitos culturales en los que se encuentran esos trabajadores. No podemos seguir considerando los centros financieros y de negocios internacionales simplemente en función de los rascacielos de las grandes empresas y la cultura empresarial que constituye su núcleo. En la actualidad las ciudades globales son en parte los espacios del poscolonialismo y, de hecho, cuentan con condiciones para la formación de una teoría poscolonialista.

La gran ciudad occidental actual concentra la diversidad. Sus espacios están inscritos en la cultura empresarial dominante, pero también en una multiplicidad de otras culturas e identidades. El deslizamiento es evidente: la cultura dominante puede abarcar solo una parte de la ciudad.¹⁴ Y, si bien el poder empresarial inscribe esas culturas e identidades en la «otredad», con lo que las devalúa, no por ello dejan de estar presentes por doquier. Por ejemplo, mediante la inmigración y la proliferación de culturas originalmente muy localizadas, estas han pasado a ser presencias en muchas ciudades grandes, cuyas minorías selectas se consideran a sí mismas «cosmopolitas», es decir, que trascienden cualquier localidad. Ahora una inmensa diversidad de culturas de todo el mundo, cada una de ellas arraigada en un país o pueblo particular, se ven reterritorializadas en unos pocos lugares: como, por ejemplo, Nueva York, Los Ángeles, París, Londres y, en la época más reciente, también ciudades como, por ejemplo, Barcelona o Tokio.

Con demasiada frecuencia la inmigración y la etnicidad se constituyen como «otredad». Al entenderlas como un conjunto de procesos en virtud de los cuales se localizan elementos mundiales, se constituyen mercados laborales internacionales y se desterritorializan culturas de todo el mundo, las situamos ahí mismo, en el centro del escenario, junto con la internacionalización del capital, como aspecto fundamental de la mundialización actual. Además, esa forma de narrar los acontecimientos migratorios de la era de la posguerra refleja perfectamente la influencia permanente del colonialismo y las formas poscoloniales de imperio en los más importantes procesos de la mundialización actual y, concretamente, los que vinculan a los países de emigración y los de inmigración. Si bien la génesis y el tenor concretos de su responsabilidad varían según los casos y los períodos, ninguno de los más importantes países de inmigración son espectadores inocentes. La centralidad de un lugar en un marco de procesos mundiales engendra

una abertura económica y política transnacional en la formación de nuevas reivindicaciones y, por tanto, en la constitución de derechos, en particular los relativos al lugar y, en última instancia, en la constitución de la «ciudadanía». La ciudad ha surgido en verdad como emplazamiento para nuevas reivindicaciones: por parte del capital mundializado, que utiliza la ciudad como una «mercancía organizativa», pero también por los sectores desfavorecidos de la población urbana, con frecuencia como una presencia internacionalizada en las grandes ciudades en forma de capital.

Me parece un tipo de abertura política que entraña capacidades unificadoras por encima de las fronteras nacionales y que agudiza los conflictos dentro de ellas. El capital mundializado y la nueva fuerza laboral inmigrante son dos importantes ejemplos de las categorías transnacionalizadas que tienen propiedades unificadoras en el plano interno y se encuentran mutuamente enfrentadas en las ciudades globales. Estas son emplazamientos que contribuyen a una valorización excesiva del capital de las grandes empresas y a la desvalorización de los trabajadores desfavorecidos. Ahora los sectores de vanguardia del capital de las grandes empresas son mundiales en su organización y funcionamiento y muchos de los trabajadores desfavorecidos en las ciudades globales son mujeres, inmigrantes y personas de color. Los dos grupos encuentran en la ciudad global un emplazamiento estratégico para sus operaciones económicas y políticas.

Hay muchas menos probabilidades de que la vinculación de las personas con el territorio, tal como está constituida en las ciudades globales, cuente con la mediación del Estado nacional o la «cultura nacional». Estamos viendo que las identidades se alejan de las fuentes tradicionales de la identidad, como, por ejemplo, la nación o el pueblo. Ese desamarre en el proceso de formación de identidad engendra nuevas concepciones de la comunidad de pertenencia y de derecho. Sin embargo, otra forma de concebir las repercusiones políticas de ese espacio estratégico transnacional es la que recurre al concepto de formación de nuevas reivindicaciones en dicho espacio. ¿Ha determinado la mundialización económica, al menos en parte, la formación de las reivindicaciones? En efecto, hay nuevos agentes importantes que hacen reclamaciones a esas ciudades, en particular las empresas extranjeras que han ido obteniendo cada vez mayor derecho a hacer negocios mediante la desreglamentación progresiva de las economías nacionales y el gran aumento de los hombres de negocios internacionales en el último decenio. Estos son algunos de los nuevos «usuarios de la ciudad». Han marcado profundamente el paisaje urbano. Tal vez en el

otro extremo se encuentren quienes recurren a la violencia política urbana para plantear sus reivindicaciones en la ciudad, las cuales carecen de la legitimidad *de facto* de que disfrutaban los nuevos usuarios de la ciudad. Se trata de reivindicaciones hechas por agentes que luchan por el reconocimiento y la adquisición de derechos y para reclamar sus derechos a la ciudad.¹⁵ A este respecto conviene tener en cuenta la distinción entre el desamparo y la condición de agente o sujeto político, aún carente de poder. Uso el término «presencia» para nombrar esa condición. En el marco de un espacio estratégico como la ciudad global, los tipos de personas desfavorecidas aquí descritos no son simplemente marginales; adquieren presencia en un proceso político más amplio, que rebasa los límites de la política oficial. Dicha presencia señala la posibilidad de una política. Lo que esta será dependerá de los proyectos y procedimientos concretos de las diversas comunidades. En la medida en que la sensación de pertenencia de esas comunidades no quede incluida en la política nacional, puede indicar perfectamente la posibilidad de una política transnacional centrada en las localidades concretas.

Conclusión

Las grandes ciudades de todo el mundo son el ámbito en el que una multiplicidad de procesos de mundialización cobran formas concretas, y localizadas, y en eso consiste en gran medida la mundialización. Por una parte, concentran una participación desproporcionada del poder de las grandes empresas y son uno de los emplazamientos fundamentales para la valorización excesiva de su economía; por otra, concentran una participación desproporcionada de los desfavorecidos y son uno de los emplazamientos fundamentales para su desvalorización. Esa presencia conjunta se produce en un marco en el que 1) la transnacionalización de las economías se ha desarrollado intensamente y las ciudades han pasado a ser cada vez más estratégicas para el capital mundial y 2) los marginados han encontrado su voz y también están haciendo reivindicaciones a la ciudad. Esa presencia conjunta queda resaltada aún más por la intensificación de la distancia entre las dos.

Esas presencias conjuntas han hecho de las ciudades un ámbito disputado. La ciudad global concentra la diversidad. Sus espacios se inscriben en la cultura empresarial dominante, pero también en la multiplicidad de otras culturas e identidades, en particular mediante la inmigración. El deslizamiento es evidente; la cultura dominante solo puede abarcar una parte de la ciudad y, si bien el

poder de las grandes empresas inscribe las culturas e identidades ajenas en la «otredad», con lo que las devalúa, estas están presentes por doquier. Las comunidades inmigrantes y la economía no estructurada en ciudades como, por ejemplo, Nueva York y Los Ángeles constituyen tan solo dos ejemplos.

El espacio constituido por la red mundial de ciudades globales, un espacio con nuevas potencialidades económicas y políticas, tal vez sea uno de los ámbitos más estratégicos para la formación de nuevos tipos de identidades y comunidades, incluidas las transnacionales. Se trata de un espacio que está centrado en el lugar, en el sentido de que está inserto en determinados emplazamientos estratégicos, y al tiempo es transterritorial, porque conecta emplazamientos que no están geográficamente próximos y, sin embargo, están intensamente conectados entre sí. En la red mundial, no se produce solo la trasmigración del capital, sino también la de las personas, tanto las ricas (es decir, la nueva fuerza laboral profesional transnacional) como las pobres (es decir, la mayoría de los trabajadores migrantes), y es un espacio para la transmigración de las formas culturales o la reterritorialización de subculturas «locales». Una cuestión importante es la de si es también un espacio para una nueva política, que supere la de la cultura y la identidad, si bien es probable, al menos en parte, que quede comprendida en estas últimas. El análisis presentado en este texto sugiere que así es.

La centralidad del lugar en un marco de procesos mundiales engendra una abertura económica y política transnacional en la formación de nuevas reivindicaciones y, por tanto, en la constitución de derechos, en particular los relativos al lugar y, en última instancia, en la constitución de nuevas formas de la «ciudadanía» y de su ejercicio. La ciudad global ha surgido como emplazamiento para nuevas reivindicaciones: por parte del capital mundializado, que utiliza la ciudad como una «mercancía organizativa», pero también por parte de los sectores desfavorecidos de la población urbana, en muchos casos como una presencia internacionalizada en las grandes ciudades en forma de capital. La desnacionalización del espacio urbano y la formación de nuevas reivindicaciones centradas en agentes transnacionales y que entrañan una impugnación constituye la ciudad global como zona frontera para un nuevo tipo de compromiso.

En los libros de la autora recientemente publicados: *Cities in a World Economy*, tercera edición (Sage/Pine Forge, 2006), y *Territory, Authority, Rights* (Princeton University Press, 2006; de próxima publicación en español por la editorial Katz en 2007), se pueden encontrar documentación empírica y fuentes bibliográficas correspondientes a los diversos asuntos aquí examinados.

NOTAS

1 La mundialización es también un proceso que produce diferenciación; solo, que la alineación de diferencias es de un tipo muy distinto del relacionado con conceptos diferenciadores como, por ejemplo, el carácter nacional, la cultura nacional y la sociedad nacional. Por ejemplo, en la actualidad el mundo empresarial tiene una geografía mundial, pero no existe en todas las partes del mundo: en realidad, tiene espacios sumamente definidos y estructurados; en segundo lugar, cada vez resulta más profundamente diferenciada de los segmentos no empresariales de las economías de las localizaciones (por ejemplo, una ciudad como Nueva York) o países particulares en los que funciona. Hay una homogeneización a lo largo de ciertas líneas que cruzan las fronteras nacionales y una profunda diferenciación dentro de estas.

2 Debemos reconocer las condiciones históricas concretas correspondientes a concepciones diferentes de lo «internacional» y lo «mundial». Existe una tendencia a ver la internacionalización de la economía como un proceso que funciona en el centro, inherente al poder de las empresas multinacionales actuales y las empresas coloniales del pasado. Podemos observar que las economías de muchos países periféricos están totalmente internacionalizadas mediante altos niveles de inversiones extranjeras en todos los sectores económicos y profunda dependencia de los mercados del mundo en materia de monedas «duras». En cambio, los países del centro presentan concentraciones estratégicas de empresas y mercados que funcionan a escala mundial y capacidad de control, coordinación y poder mundiales. Se trata de una forma de lo internacional muy diferente de la que encontramos en los países periféricos.

3 Esta tesis constituye el núcleo de mi modelo de la ciudad global (véase Saskia Sassen: *La ciudad global*. Buenos Aires: Eudeba, 1999, capítulo 1).

4 En un plano más teórico, podemos preguntarnos si un sistema económico con fuertes tendencias hacia semejante concentración puede tener una economía espacial que carezca de puntos de aglomeración física. Es decir, ¿tiene el poder—en este caso, el poder económico—correlatos espaciales?

5 Considero los servicios a los productores y, muy en particular, los servicios financieros y los servicios empresariales especializados como industrias que producen los artículos organizativos necesarios para la aplicación y la gestión de los sistemas económicos mundiales (Sassen, op. cit.: capítulos 2-5). Los servicios a los productores son productos intermedios, es decir, servicios comprados por las empresas. Abarcan los asuntos financieros, jurídicos y de gestión general, la innovación, el desarrollo, el diseño, la administración, el personal, la tecnología de la producción, el mantenimiento, el transporte, las comunicaciones, la distribución mayorista, la publicidad, los servicios de limpieza para las empresas, la seguridad y el almacenamiento. Los componentes fundamentales de la categoría de los servicios para productores son una diversidad de industrias con mercados mixtos de negocios y consumo: los seguros, la banca, los servicios financieros, la propiedad inmobiliaria, los servicios jurídicos, la contabilidad y las asociaciones profesionales.

6 La telemática y la mundialización han surgido como fuerzas fundamentales que reorganizan el espacio económico. Esa reorganización abarca desde la virtualización espacial de un número cada vez mayor de actividades económicas hasta la reconfiguración de la geografía de las edificaciones para la actividad económica, que, ya sea en el espacio electrónico o en la geografía del espacio edificado, entraña cambios organizativos y estructurales.

7 Desde el punto de vista metodológico, esta es una forma de abordar la cuestión de la unidad del análisis en los estudios de los procesos económicos contemporáneos. La de «economía nacional» es una categoría problemática, cuando hay altos niveles de internacionalización, y la de «economía mundial» es una categoría problemática por la imposibilidad de emprender estudios empíricos detallados a esa escala. Las ciudades muy internacionalizadas—como, por ejemplo, Nueva York o Londres—ofrecen la posibilidad de examinar los procesos de mundialización con gran detalle en un marco con límites y con todos sus múltiples aspectos, con frecuencia contradictorios. Debemos diferenciar lo internacional de lo mundializado. Así lo hace de muchas formas el concepto de ciudad global.

8 Un instrumento metodológico que me resulta útil para ese tipo de examen es lo que llamo circuitos de distribución e instalación de operaciones económicas. Dichos circuitos me permiten seguir las actividades económicas hasta ámbitos que eluden los límites cada vez más estrechos de las representaciones habituales de la «economía avanzada» y encontrar las vías para cruzar los espacios socioculturalmente discontinuos.

9 El siguiente acontecimiento constituye una ilustración de ello. Cuando se produjo la primera crisis aguda de la Bolsa en 1987, después de años de un crecimiento enorme, hubo numerosas crónicas de prensa sobre el repentino desempleo en gran escala entre profesionales con ingresos elevados en Wall Street. No se advirtió la otra crisis de desempleo en Wall Street, que afectó a las secretarías y los trabajadores manuales, ni se publicaron crónicas al respecto y, sin embargo, el desplome de la Bolsa provocó una crisis de desempleo muy concentrada, por ejemplo, en la comunidad inmigrante dominicana del norte de Manhattan, donde viven muchos de los conserjes de Wall Street.

10 Véase <http://www.salvemcanricart.org/>

11 Está por ver si ese fenómeno ha contribuido a la formación de sistemas urbanos transnacionales. El crecimiento de los mercados mundiales de servicios financieros y especializados, la necesidad de redes de servicios transnacionales debida a los pronunciados aumentos de las inversiones internacionales, la reducción del papel del Estado en la reglamentación de la actividad económica internacional y el consiguiente predominio de otros ámbitos institucionales, en particular los mercados mundializados y las oficinas centrales de las grandes empresas son, todos ellos, fenómenos que indican la existencia de disposiciones económicas transnacionales con localizaciones en más de un país. Esas ciudades no se limitan a competir entre sí para conseguir cuotas de mercado, como se suele afirmar o suponer con frecuencia; hay una división del trabajo en la que participan ciudades de múltiples países y a ese respecto podemos hablar de un sistema mundializado (por ejemplo, en las finanzas), por oposición a un sistema simplemente internacional. Vemos así la incipiente formación de un sistema urbano transnacional.

12 Además, la pronunciada orientación hacia los mercados mundiales que resulta evidente en esas ciudades nos hace preguntarnos por la articulación con sus Estados-nación, sus regiones y la estructura económica y social más amplia de esas ciudades. Lo habitual ha sido que las ciudades estuvieran profundamente insertas en las economías de su región y que con frecuencia reflejaran, de hecho, sus características... y siguen haciéndolo, pero las ciudades que son emplazamientos estratégicos en la economía mundializada tienen tendencia, en parte, a desconectarse de su región, fenómeno que contradice una fundamental tesis académica tradicional sobre los sistemas urbanos, a saber, que dichos sistemas fomentan la integración territorial de las economías regionales y nacionales.

13 La vinculación entre el paso al sector no estructurado de la economía y el crecimiento permite al análisis superar la idea de que la aparición de sectores no estructurados en la economía de ciudades como Nueva York y Los Ángeles se debe a la presencia de inmigrantes y su propensión a reproducir estrategias de supervivencia típicas de los países del tercer mundo. También le permite superar la idea de que el desempleo y la recesión en general pueden ser los factores fundamentales que fomentan el paso al sector no estructurado de la economía en la fase actual de las economías muy industrializadas. Puede que indique características del capitalismo avanzado que no se suelen observar.

14 Las formas que pueden revestir esa impugnación y ese «deslizamiento» son numerosas. La cultura de masas mundial homogeniza y puede absorber una inmensa variedad de elementos culturales locales, pero ese proceso nunca es completo. Lo opuesto ocurre en mi análisis de datos sobre la manufactura electrónica, en el cual se ve que el empleo en los sectores de vanguardia ya no constituye la pertenencia a una aristocracia laboral. Así, las mujeres del tercer mundo que trabajan en zonas francas industriales carecen del menor poder: el capitalismo puede abrirse paso por entre la diferencia. Otro caso es el de los inmigrantes «ilegales», en el que vemos que las fronteras nacionales tienen el efecto de crear y criminalizar la diferencia. Esas clases de diferenciaciones son fundamentales para la formación de un sistema económico mundial.

15 La ciudad sigue siendo un ámbito para la lucha, caracterizada por la aparición de nuevos agentes, con frecuencia cada vez más jóvenes. Es un ámbito en el que las coacciones y las limitaciones institucionales de los gobiernos para abordar las demandas de equidad engendran desórdenes sociales. No se debe interpretar la violencia política urbana como una ideología coherente, sino como un elemento de táctica política temporal, que permite a agentes vulnerables trabar relaciones recíprocas con los ocupantes del poder en unas condiciones que serán algo más favorables para los débiles.

LA CIUDAD GLOBAL: INTRODUCCIÓN A UN CONCEPTO

SASKIA SASSEN

Es titular de la cátedra Lynd de Sociología y miembro del Comité Sociológico para el Pensamiento Global de la Universidad de Columbia. Sus últimos libros son *Territory, Authority, Rights: From Medieval to Global Assemblages* (Princeton University Press, 2006) y *A Sociology of Globalization* (W. W. Norton, 2007), ambos publicados en español por Katz Editores (Buenos Aires y Madrid) en 2008. Entre sus publicaciones recientes también figuran la tercera edición actualizada de *Cities in a World Economy* (Sage, 2006) y *Deciphering the Global* (Routledge, 2007), del que ha sido editora. Acaba de terminar un proyecto de cinco años para la UNESCO sobre asentamientos humanos sostenibles en colaboración con una red de investigadores y activistas de más de 30 países que ha sido publicado como un volumen independiente de la *Encyclopedia of Life Support Systems* (Oxford, Reino Unido: EOLSS Publishers). Sus libros han sido traducidos a 16 idiomas. Ha escrito para diversas publicaciones, entre ellas *The Guardian*, *The New York Times*, *Le Monde Diplomatique*, *The International Herald Tribune*, *Newsweek International* y *The Financial Times*. Su página web es <http://www.columbia.edu/~sjs2/>.

Cada fase de la larga historia de la economía mundial plantea interrogantes específicos acerca de las condiciones particulares que la hacen posible. Una de las propiedades clave de la fase actual es la influencia de las tecnologías de la información y el incremento asociado de la movilidad o liquidez del capital. Ha habido largos procesos económicos transfronterizos: flujos de capital, mano de obra, bienes, materias primas, turistas... pero en gran medida éstos se produjeron en el marco de un sistema interestatal, donde los principales agentes eran los estados nacionales. El sistema económico internacional estaba básicamente articulado en torno a este sistema interestatal. Esto ha cambiado de forma drástica durante la última década como resultado de la privatización, la desregulación, la apertura de las economías nacionales a empresas extranjeras y la creciente participación de los agentes económicos nacionales en los mercados globales.

En este contexto observamos una reorganización de los territorios estratégicos que articulan el nuevo sistema. Con la disgregación parcial o, al menos, el debilitamiento de lo nacional como unidad espacial causada por la privatización, la desregulación y el consiguiente fortalecimiento de la globalización se han creado condiciones propicias para la prevalencia de otras unidades o dimensiones espaciales. Entre éstas figuran las subnacionales (es decir, ciudades y regiones), las regiones transnacionales que abarcan dos o más entidades subnacionales y las entidades supranacionales (es decir, mercados digitalizados globales y bloques de libre comercio). Los procesos y las dinámicas que se territorializan a estas diversas escalas pueden ser, en principio, regionales, nacionales o globales.

Yo sitúo la aparición de las ciudades globales en este contexto y dentro de este rango de escalas estratégicas y unidades espaciales (Sassen 2001, 2006a). En el caso de las ciudades globales, los procesos y las dinámicas que se territorializan son también globales. En este ensayo examinaré los elementos conceptuales y empíricos generales que son válidos para un gran número de ciudades muy diversas, cada una con sus características específicas.

ELEMENTOS DE UNA NUEVA ARQUITECTURA CONCEPTUAL

La globalización de la actividad económica hace necesaria una nueva clase de estructura organizativa. Para que esto sea posible tanto teórica como empíricamente debe existir antes un nuevo tipo de arquitectura conceptual.¹ Nociones como las de *ciudad global* o *región global* son, en mi opinión, elementos importantes en esta nueva arquitectura

conceptual. Existen otros términos íntimamente relacionados que también podrían haberse empleado: la vieja y ya clásica expresión *ciudad del mundo*,² *superciudad* (Braudel 1984) o *ciudad informacional* (Castells 1989). Así, cada nuevo nombre elegido lleva implícita una nueva conceptualización.

Cuando decidí por primera vez emplear *ciudad global* (1984), lo hice de forma consciente, ya que era un intento por llamar la atención sobre una diferencia: la especificidad de lo global a medida que se institucionaliza en la era contemporánea. No escogí la alternativa obvia, *ciudad del mundo* o *ciudad mundial*, porque precisamente llevaba asociado el atributo opuesto: hace referencia a la clase de ciudad que hemos visto a lo largo de los siglos (véase, por ejemplo, Braudel 1994; Hall 1996; King 1990; Gugler 2004) y, con toda probabilidad, también —en periodos muy anteriores— en Asia (Abu-Lughod 1989) o en centros coloniales europeos (King 1990) antes que en Occidente. En este sentido podría afirmarse que casi todas las ciudades globales actuales son también ciudades mundiales, pero puede haber algunas ciudades globales que no lo son en el sentido completo de la expresión. Ésta es en parte una pregunta empírica. Es más, a medida que la economía global se expande e incorpora nuevas ciudades a sus variadas redes, es muy posible que la respuesta varíe de un momento a otro. Así, el hecho de que Miami haya desarrollado funciones de ciudad global a partir de finales de la década de los ochenta no la convierte en una ciudad del mundo en el sentido tradicional de la expresión.

EL MODELO DE LA CIUDAD GLOBAL: ORGANIZAR LAS DISTINTAS HIPÓTESIS

Existen siete hipótesis en torno a las que he organizado los datos y la formulación teórica del modelo de la ciudad global. Describiré cada una de ellas brevemente y por separado, para que se entienda mejor.

En primer lugar, la dispersión geográfica de las actividades económicas que trae consigo la globalización es, junto con la integración simultánea de dichas actividades, un factor clave a la hora de aumentar el crecimiento y la importancia de funciones corporativas centrales. Cuanto más dispersas por distintos países están las operaciones de una empresa, más complejas y estratégicas se vuelven sus funciones centrales, es decir, las tareas de gestión, coordinación, mantenimiento y financiación de su red de operaciones.

En segundo lugar, estas funciones centrales se vuelven tan complejas que las sedes centrales de las grandes empresas globales empiezan a exteriorizarlas,

CUANDO DECIDÍ POR PRIMERA VEZ EMPLEAR «CIUDAD GLOBAL» (1984), LO HICE DE FORMA CONSCIENTE: ERA UN INTENTO POR LLAMAR LA ATENCIÓN SOBRE UNA DIFERENCIA: LA ESPECIFICIDAD DE LO GLOBAL A MEDIDA QUE SE INSTITUCIONALIZA EN LA ERA CONTEMPORÁNEA.

¹ Aquí resulta de interés el análisis de Arrighi (1994), en el sentido de que propone la recurrencia de determinados patrones organizativos en distintas fases de la economía del mundo capitalista, pero en órdenes superiores de complejidad y alcance que siguen o preceden a configuraciones particulares de la economía mundial (para otras visiones de ciudades menos sistematizadas véase, por ejemplo, Amin y Thrift 2002; Herzog 2006; Neuwirth 2005; Short 2005).

² Originalmente atribuida a Goethe, esta expresión volvió a estar en uso tras la publicación de la obra de Peter Hall (1966) y, más recientemente, ha sido redefinida por John Friedmann (Friedmann y Goetz 1982) (véase también Stren 1996).

es decir, a contratar una parte de sus funciones centrales con empresas de servicios altamente especializadas: contabilidad, asesoría legal, relaciones públicas, programación informática, telecomunicaciones, etcétera. Así pues, mientras que hace tan sólo diez años el emplazamiento clave de la producción de estos servicios centrales era la sede central de cada empresa, hoy hay una segunda base de operaciones: las empresas de servicios especializados contratadas por la sede central para producir algunos de sus componentes o funciones. Esto se da especialmente con empresas que trabajan en mercados globales o realizan operaciones no rutinarias. Pero la contratación externa está cada vez más extendida entre las grandes empresas.

En tercer lugar, estas empresas especializadas en servicios que operan en mercados cada vez más complejos y globales están sujetas a una economía de aglomeración. La complejidad de los servicios que necesitan producir, la incertidumbre de los mercados en los que participan —directamente o a través de la sede central de la empresa para la que trabajan— y la creciente importancia de la velocidad de todas estas transacciones resulta en una combinación de condiciones que constituye en sí misma una dinámica de aglomeración. La mezcla de empresas, talento y pericia en una amplia variedad de campos especializados hace que un determinado tipo de entorno urbano funcione como centro de información. Estar en una ciudad se ha vuelto sinónimo de estar en un circuito de información extremadamente intenso y tupido.

Una cuarta hipótesis, derivada de la anterior, es que cuanto más exteriorizan las sedes centrales sus funciones más complejas y menos estandarizadas, en especial aquellas sujetas a mercados cambiantes e inciertos, más libres son de optar por cualquier emplazamiento geográfico, porque cada vez es menor la carga de trabajo que se lleva a cabo en la sede central y que, por lo tanto, es vulnerable a las economías de aglomeración. Esto viene a subrayar el hecho de que el sector clave en el cual residen las ventajas de producción de las ciudades globales es el altamente especializado e interconectado sector de los servicios. Al desarrollar esta hipótesis, estoy respondiendo al concepto amplio de lo que define a una ciudad global. Desde el punto de vista empírico, todavía puede ser cierto en muchos países que el principal centro de negocios sea también aquel donde se concentra el mayor número de sedes centrales, pero eso puede muy bien deberse a que haya una ausencia de alternativas geográficas. Pero en países con infraestructuras bien desarrolladas fuera del sector dominante es más probable que haya más opciones para sedes alternativas.

En quinto lugar, estas empresas especializadas en servicios necesitan proporcionar un servicio global que se traduzca en una red global de afiliados o alguna otra modalidad asociativa, lo que ha favorecido un fortalecimiento de las transacciones y las redes transfronterizas o interurbanas. Esto, llevado al límite, puede muy bien significar el principio de la formación de sistemas urbanos transnacionales. El crecimiento de los mercados globales para las finanzas y los servicios especializados, la necesidad de redes de servicios transnacionales debida a las fuertes subidas de la inversión internacional, el papel cada vez menos decisivo de los gobiernos en la regulación de la actividad económica internacional y el subsiguiente auge de otros contextos institucionales, y en especial el de los mercados globales y las sedes centrales corporativas, apuntan a la existencia de una serie de redes de ciudades transnacionales.

Hay una hipótesis relacionada con esto: la de que las trayectorias económicas de estas ciudades cada vez están más desconectadas de sus áreas de influencia, o incluso de sus economías nacionales. Aquí se está produciendo la formación, al menos incipiente, de sistemas urbanos transnacionales. En los principales centros de negocios mundiales cada vez cobran más importancia estas redes transnacionales. No existe una única ciudad global, y en este sentido la situación es muy distinta de la de las capitales imperiales de antaño.

Una sexta hipótesis es la de que el número creciente de profesionales de alto nivel y empresas de servicios altamente especializadas ha agudizado la desigualdad espacial y socioeconómica presente en estas ciudades. El papel estratégico de estos servicios especializados ha revalorizado el *mercado* de profesionales de primer nivel, que también ha aumentado cuantitativamente. Además, dado que el talento puede resultar decisivo para la calidad de estas funciones —y, dada la urgencia con la que se solicitan, el talento probado es un valor añadido—, es muy probable que la estructura de las remuneraciones experimente un rápido aumento. En cambio, las actividades y los trabajadores que no tengan estos atributos, ya se trate de servicios de fabricación o industriales, tienen muchas probabilidades de sufrir los efectos contrarios.

Una séptima hipótesis, resultado de las dinámicas descritas en la sexta, es la de la creciente informalización de toda una serie de actividades económicas que cuentan con una demanda efectiva en estas ciudades y, sin embargo, tienen tasas de beneficios que no les permiten competir por determinados recursos con las grandes empresas situadas en lo más alto del sistema. Informalizar parte o

todas las actividades de producción y distribución, incluidos los servicios, es una manera de sobrevivir a estas circunstancias.

RECUPERAR EL LUGAR Y LOS PROCESOS DE TRABAJO

En las primeras cuatro hipótesis he tratado de definir lo que estaba emergiendo en la década de los ochenta como discurso dominante sobre globalización, tecnologías y ciudades, que preconizaba el fin de éstas como centros económicos principales. Observaba una tendencia en ese sentido a considerar la existencia de un sistema económico global como una manifestación del poder de las corporaciones transnacionales y las comunicaciones globales.

Opino, sin embargo, que las capacidades para operar, coordinar y controlar de forma global contenidas en las nuevas tecnologías de la información y en el poder de las corporaciones transnacionales aún están por verse. Al llamar la atención sobre estas capacidades estoy añadiéndole una dimensión hasta ahora ignorada al debate ya clásico sobre el poder de las grandes corporaciones y la capacidad de las nuevas tecnologías para neutralizar la distancia y el lugar. Con ello estoy al mismo tiempo poniendo el énfasis en las *prácticas* que constituyen lo que llamamos *globalización económica y control global*.

Además, un análisis de la globalización de la economía centrado en dichas prácticas hace posible incluir las categorías de *lugar y procesos de trabajo*. Se trata de dos categorías que a menudo se pasan por alto en los análisis centrados en la hipermovilidad del capital y el poder de las empresas transnacionales. Desarrollar categorías como las de lugar y procesos de trabajo no implica negar la importancia de la hipermovilidad y el poder económico. Por el contrario, pone de manifiesto el hecho de que muchos de los recursos necesarios para las actividades económicas globales no son móviles, sino que están profundamente integrados en lugares geográficos como las ciudades globales, las regiones de influencia de las ciudades globales y las zonas francas industriales.

Ello implica toda una infraestructura de actividades, empresas y puestos de trabajo necesarios para que una economía avanzada funcione. Estas industrias suelen estar conceptualizadas en términos de la hipermovilidad de su producción y los altos niveles de especialización de sus profesionales antes que en términos de la producción de procesos de trabajo o la infraestructura necesaria en instalaciones y empleos no especializados que también forman parte de ellas. Centrarse en los procesos de

trabajo implica un aumento de la polarización económica y espacial debido a la concentración desproporcionada en estas ciudades globales de empleos situados en ambos extremos de la escala salarial. Centrarse en el lugar, las infraestructuras y los empleos no especializados se vuelve importante porque tradicionalmente la atención se ha concentrado en la neutralización de las distancias geográficas que han hecho posible las nuevas tecnologías.

El crecimiento de las dinámicas en red y transfronterizas entre las ciudades globales atañe a una gran variedad de ámbitos: político, cultural, social y criminal. Hay transacciones transfronterizas entre comunidades inmigrantes y comunidades de origen, y crece la intensidad, incluyendo las actividades económicas, en el uso de dichas redes una vez se han establecido. También se aprecian mayores redes transnacionales con propósitos culturales, en paralelo al crecimiento de los mercados internacionales del arte y los museos, y con propósitos políticos no-formales, como en el crecimiento de las redes transnacionales de activistas unidos por causas medioambientales, de derechos humanos, etcétera. Se trata en su mayoría de redes transfronterizas de una ciudad a otra (o, al menos, eso es lo que parece). Lo mismo es cierto de las nuevas redes criminales transfronterizas.

Recuperar la geografía de los lugares que participan de la globalización nos permite también recuperar a las personas, los trabajadores, las comunidades y, más concretamente, la gran variedad cultural que existe al margen de la cultura corporativa, que también participa de los procesos de globalización. También supone la creación de nuevos campos de investigación que vayan más allá del ya familiar aumento en los flujos transfronterizos de bienes de consumo, capital e información. Significa la apertura de la ciudad global como espacio para una nueva clase de política que defienda los derechos de la ciudad como tal.

Por último, al establecerse el hecho de que los procesos globales están —al menos parcialmente— integrados en territorios nacionales resultan nuevas variables en las concepciones actuales sobre la globalización económica y el menguante papel regulador del Estado. Eso quiere decir que el espacio económico para los grandes procesos económicos transnacionales difiere en muchos sentidos de la dualidad global/transnacional implícita en muchos análisis de la economía global. La dualidad *nacional contra global* sugiere dos espacios mutuamente excluyentes: uno termina donde empieza el otro. Una de las consecuencias de un análisis centrado en la ciudad global es que pone en evidencia que lo global se materializa por fuerza en lugares

específicos y acuerdos institucionales, gran parte de los cuales (si no todos) está localizada en territorios nacionales.

REDES MUNDIALES Y FUNCIONES DIRECTIVAS CENTRALES

La geografía de la globalización contiene simultáneamente dinámicas de dispersión y centralización. Las tendencias a gran escala hacia la dispersión espacial de las actividades económicas a niveles metropolitanos, nacionales y globales que asociamos a la globalización han aumentado la demanda de nuevas formas de centralización territorial de las funciones de alta dirección y control. En la medida en que estas funciones se benefician de las economías de aglomeración tienden a localizarse en ciudades, incluso cuando se produce la integración telemática de las operaciones de fabricación y servicios globalmente dispersas de una empresa. Esto plantea la cuestión de si deberían beneficiarse de las economías de aglomeración, habida cuenta de que los sectores económicos globalizados tienden a usar de forma intensiva las nuevas tecnologías de telecomunicación e informáticas, así como a generar cada vez más un tipo de producto parcialmente desmaterializado, como los instrumentos financieros o los servicios especializados. Existen cada vez más indicios de que las redes de negocios son una variable decisiva que debe diferenciarse de las redes técnicas. Estas redes de negocios llevan siendo cruciales desde antes de que se desarrollaran las actuales tecnologías. Las redes de negocios se benefician de las economías de aglomeración y, por lo tanto, florecen en las ciudades incluso en un momento como el actual, en el que son posibles las comunicaciones globales simultáneas. He examinado esta cuestión en otros trabajos (2001, capítulos 2 y 5), y he encontrado que la variable clave que contribuye a la concentración espacial de las funciones centrales y las economías de aglomeración asociadas a ella es el grado en el que se da esta dispersión bajo condiciones de concentración en cuanto a control, propiedad y reparto de beneficios.

La dinámica de la dispersión geográfica y la concentración simultáneas es uno de los elementos centrales en la arquitectura organizativa del sistema económico global. Aunque no hay espacio en este ensayo para explicarlo con detalle, se trata de un rasgo sistémico que también favorece formas específicas de enfrentamientos e implementaciones vinculadas a las sostenibilidad medioambiental (Sassen 2006b; Marcotullio y Lo 2001). En primer lugar enumeraré una serie de referentes empíricos, y a continuación examinaré algunas de

las implicaciones para teorizar sobre el impacto de la globalización y las nuevas tecnologías en las ciudades globales.

El rápido crecimiento de filiales ilustra la dinámica de dispersión geográfica y concentración simultáneas en las operaciones de una empresa. En 1999 había empresas con más de medio millón de filiales fuera de sus países de origen, y en 2005 el número alcanzaba el millón (Sassen 2006a, capítulo 2). Las empresas con un gran número de fábricas y centrales de servicios geográficamente dispersas se enfrentan a nuevas necesidades de coordinación central, en especial cuando sus filiales se encuentran en países extranjeros con sistemas legales y contables distintos.

Otro ejemplo actual de esta negociación constante entre las dinámicas transfronterizas y la especificidad territorial es el de los mercados financieros globales. La magnitud de este tipo de transacciones ha aumentado de forma drástica, como ilustran los más de 300 billones de dólares en Estados Unidos procedentes de productos derivados, un componente esencial de la economía global que hace parecer insignificante el valor del comercio global, que en Estados Unidos era de 14 billones de dólares. Estas transacciones están parcialmente integradas en sistemas electrónicos que hacen posible la transmisión instantánea de dinero e información en todo el mundo. Esta capacidad de transmisión instantánea de las nuevas tecnologías ha recibido poca atención. Pero la otra cara de la moneda es el grado en que los mercados financieros globales están situados en una red creciente de ciudades, con una concentración desproporcionada de las mismas en ciudades del norte global. De hecho, los índices de concentración —internacionalmente y dentro de los países— son inesperadamente altos para un sector económico cada vez más globalizado y digitalizado. Dentro de los países, los centros financieros líderes de ahora concentran una porción de actividad financiera nacional mayor incluso que hace diez años, y, desde el punto de vista internacional, las ciudades del norte global concentran más de la mitad del mercado global de capital.

Uno de los componentes del mercado de capital global son los mercados de valores. A finales de la década de los ochenta y principios de la de los noventa se sumaron a estos nuevos mercados ciudades como Buenos Aires, São Paulo, Ciudad de México, Bangkok, Taipei y Moscú, además de un gran número de empresas no nacionales presentes en la mayoría de dichos mercados. El número creciente de mercados de valores ha supuesto el aumento del capital susceptible de ser movilizado mediante estos mercados, lo que se refleja en el

fuerte crecimiento mundial de la capitalización de los mercados de acciones, que superó los 30 billones de dólares estadounidenses en 2007. Este mercado financiero integrado globalmente hace posible la circulación de acciones de dominio público por todo el mundo, y está firmemente imbricado en lugares físicos, materiales y estratégicos.

Las formas específicas que ha asumido la globalización en la última década han creado nuevos requisitos de organización. La emergencia de mercados globales para las finanzas y los servicios especializados y el crecimiento de la inversión como una nueva clase de transacción internacional han contribuido a la expansión de las funciones directivas, así como a la demanda de servicios especializados por parte de las empresas.³

Con *funciones centrales* no me refiero únicamente a las sedes centrales directivas, sino a todas las funciones financieras, legales, de gestión, ejecutivas y de planificación necesarias para dirigir una organización corporativa que opera en más de un país, e incluso en varios a la vez. Estas funciones centrales se asumen en parte en la sede central, pero también en gran medida en lo que ha dado en llamarse *el complejo de servicios corporativos*, es decir, la red de empresas financieras, legales, contables y publicitarias que gestionan las complejidades que supone operar dentro de más de un sistema legal nacional o contable, dentro de diferentes culturas publicitarias, etcétera, y lo hacen bajo condiciones de rápidas innovaciones en todos estos campos (Bryson y Daniel 2005). Estos servicios se han vuelto tan complejos y especializados que las sedes centrales prefieren cada vez más subcontratarlos con empresas especializadas antes que producirlos ellas mismas. Estos aglomerados de empresas ejerciendo funciones centrales para la gestión y coordinación de los sistemas económicos globales están concentrados de forma desproporcionada en los países altamente desarrollados —en particular, aunque no exclusivamente, en ciudades globales—. Dicha concentración de funciones constituye un factor estratégico en la organización de la economía global, y se articula dentro de una creciente red de ciudades globales.⁴

Es importante, desde el punto de vista analítico, diferenciar las funciones estratégicas para la economía global o las operaciones globales de las de la economía corporativa general de un país. Estas funciones de control y dirección global están parcialmente integradas en las estructuras corporativas nacionales, pero también constituyen un sector corporativo diferenciado. Dicho subsector puede concebirse como parte de una red que conecta las ciudades globales de todo el mundo a tra-

vés de filiales de empresas u otra clase de oficinas representativas.⁵ Dependiendo de lo que se está buscando, esta distinción carece de importancia. A efectos de comprender la economía global, sin embargo, sí la tiene.

Esta distinción también importa en lo referente a la regulación, sobre todo a la regulación de las actividades transfronterizas. Si las funciones centrales estratégicas —tanto las asumidas por las sedes centrales como las asignadas al sector especializado de los servicios corporativos— están situadas dentro de una red de centros financieros y de negocios, la cuestión de regular lo que constituye un segmento clave de la economía global requerirá un tipo distinto de esfuerzo del que sería necesario si las funciones de gestión y coordinación estratégicas estuvieran repartidas geográficamente, como suelen estarlo las fábricas, los centros proveedores de servicios o las filiales. También podemos interpretar esto como una situación geográfica estratégica para los activismos políticos que buscan exigir responsabilidades a los grandes agentes corporativos referidas a (entre otros asuntos) reivindicaciones medioambientales y de condiciones de trabajo.

Los mercados nacionales y globales, así como las organizaciones integradas globalmente, requieren que exista un *centro* físico donde se efectúen las tareas de globalización. Los servicios financieros y los servicios corporativos avanzados son industrias que producen las herramientas de organización necesarias para la implementación y gestión de los sistemas económicos globales. Por lo general se prefiere que los centros para la producción de dichos servicios —en especial los más innovadores, arriesgados e internacionalizados— sean las ciudades. Además, las principales empresas de la industria de la información requieren de una inmensa infraestructura física que contenga nodos estratégicos con una hiperconcentración de instalaciones. Tenemos que distinguir entre la capacidad para la transmisión/comunicación global y las condiciones materiales que la hacen posible. Por último, incluso las industrias de información más avanzadas tienen un proceso de producción que necesita (al menos en parte) localizarse físicamente en algún lugar, debido a la combinación de recursos que precisa incluso cuando sus productos son extremadamente móviles.

En teoría esto nos acerca a dos fuentes actuales del debate entre especialistas. Una de ellas es la compleja articulación entre el capital fijo y el capital móvil; la otra, la posición de las ciudades en una economía global. En otras de mis publicaciones he desarrollado la tesis de que la movilidad del capital no puede reducirse simplemente a lo que

³ A este respecto he elaborado un argumento, que desarrollo extensamente en mi obra, según el cual no podemos considerar el sistema económico global como algo dado, sino que debemos examinar las formas particulares en las que se producen las condiciones de la globalización económica. Esto requiere examinar no sólo las habilidades de comunicación y el poder de las multinacionales, sino también la infraestructura de las instalaciones y los procesos de trabajo necesarios para la implementación de sistemas económicos globales, incluida la proporción de aquellos inputs que hacen posible el control global y la infraestructura de los empleos que intervienen en la producción. El énfasis se traslada entonces a la *práctica* del control global: la tarea de producir y reproducir la organización y gestión de un sistema de producción global y un mercado global para las finanzas, ambos bajo condiciones de concentración económica. Volver a prestar atención al emplazamiento específico y la producción también implica que los procesos globales pueden estudiarse con gran detalle desde el punto de vista empírico.

⁴ Estamos asistiendo a la formación de un complejo económico que posee una dinámica de valorización con propiedades que lo distinguen claramente de otros complejos económicos cuya dinámica de valorización está mucho más articulada dentro de las funciones económicas públicas del Estado, cuyo ejemplo típico sería la fabricación de Ford. Los mercados globales de finanzas y servicios avanzados operan parcialmente por medio de un *paraguas regulador* que no tiene su eje en el Estado, sino en el mercado. Esto plantea a su vez la cuestión del control vinculado a las capacidades actualmente insuficientes para gobernar las transacciones en el espacio electrónico.

⁵ Las ciudades globales son distintas de las antiguas capitales de los imperios económicos históricos en el sentido de que funcionan como redes transfronterizas antes que como ciudades más importantes dentro de un imperio. No existe, tal y como yo lo veo, una entidad que pueda considerarse una ciudad global única, como existía una única capital de un imperio. La categoría de *ciudad global* sólo tiene sentido como elemento dentro de una red global de ciudades estratégicas. El subsector corporativo desde el que se ejercen las funciones de control y dirección globales está parcialmente integrado en dicha red.

LOS CENTROS FINANCIEROS LÍDERES CONCENTRAN UNA PORCIÓN DE ACTIVIDAD FINANCIERA NACIONAL MAYOR INCLUSO QUE HACE DIEZ AÑOS, Y LAS CIUDADES DEL NORTE GLOBAL CONCENTRAN MÁS DE LA MITAD DEL MERCADO GLOBAL DE CAPITAL.

se mueve, ni tampoco a las tecnologías que hacen posible ese movimiento (Sassen 2008, capítulos 5 y 7). Antes bien, muchos de los elementos de lo que consideramos capital fijo son en realidad elementos de movilidad de capital. Esta aclaración nos permite reposicionar el papel de las ciudades en un mundo cada vez más globalizado, en el sentido de que contienen los recursos que les permiten a las empresas y los mercados realizar operaciones globales.⁶ La movilidad del capital, ya sea en forma de inversiones, comercio o filiales en otros continentes, necesita ser coordinada, supervisada y gestionada. Estas funciones se realizan a menudo en lugares geográficos específicos, y, sin embargo, son elementos clave de la movilidad del capital. Por último, los estados y las instituciones de emplazamiento geográfico concreto han tenido un papel a menudo crucial a la hora de generar entornos regulatorios que faciliten la implementación de operaciones transfronterizas para empresas nacionales y extranjeras, inversores y mercados (Sassen 2008, capítulos 4 y 5).

En suma, centrarse en las ciudades hace posible reconocer el anclaje de múltiples dinámicas transfronterizas en una red de lugares, de entre los cuales sobresalen las ciudades, y en especial las globales o aquellas con funciones de ciudad global. Ello, a su vez, afianza varios aspectos de la globalización dentro de las circunstancias actuales e históricas de estas ciudades, el funcionamiento de sus economías nacionales y sus relaciones con las distintas economías mundiales a través del tiempo (Abu-Lughod 1999; Allen *et al.* 1999; Gugler 2004; Amen *et al.* 2006; Taylor 2004; Lo y Yeung 1996; Harvey 2007; Orum y Chen 2004). Esta manera de ver la globalización contribuye a identificar una compleja arquitectura organizativa que no entiende de fronteras, y que está en parte desterritorializada y en parte concentrada espacialmente en ciudades. Además, deja abundante espacio para la investigación, en el sentido de que cada economía nacional o urbana particular posee sus formas específicas y heredadas de funcionar dentro de los circuitos globales actuales. Una vez tengamos más información sobre esta diversidad, seremos capaces de determinar si la posición dentro de la jerarquía global supone alguna diferencia, así como las distintas maneras en que esto puede ser cierto.

LOS IMPACTOS DE LAS NUEVAS TECNOLOGÍAS DE LA COMUNICACIÓN EN LA CENTRALIDAD

Tradicionalmente, las ciudades han proporcionado a las economías, las políticas y las sociedades nacionales algo que podemos llamar *centralidad*. En

términos de su función económica, las ciudades son el escenario de economías de aglomeración, y enormes concentraciones de información sobre los últimos avances, así como de mercados. ¿Cómo influyen las tecnologías de la comunicación en el papel de la centralidad y, por ende, de las ciudades como entidades económicas?

Ya he mencionado que la centralidad sigue siendo una característica determinante en la economía global actual. Pero hoy en día ya no existe una identificación directa entre centralidad y lugares geográficos precisos como el centro urbano o el distrito financiero. En el pasado —y, de hecho, hasta épocas bastante recientes— *centro* era sinónimo de *centro urbano* o *distrito financiero*. Hoy por hoy —en parte como resultado de las nuevas tecnologías de la información—, los correlatos espaciales del centro pueden adoptar diversas formas geográficas, desde el distrito financiero hasta una nueva retícula global de ciudades (Herzog 2006; Burdett 2006; Short 2005; Marcuse 2003).

Para simplificar, podríamos identificar tres formas en las que puede encarnarse la centralidad hoy en día.⁷ Primero, aunque ya no existe una relación directa entre centralidad y entidades geográficas como los centros urbanos, como ocurría en el pasado, el distrito financiero de las ciudades continúa siendo una forma clave de centralidad. Pero está profundamente reconfigurado por los cambios tecnológicos y económicos.

En segundo lugar, el centro puede extenderse hasta abarcar un área metropolitana en forma de retícula con nodos de intensa actividad financiera, un caso que ilustra a la perfección la reciente expansión de ciudades tan diversas como Buenos Aires (Ciccolella y Mignaqui 2002), Chicago (Lloyd 2005), Shangai (Chen y Jianming 2007) y París (Veltz 1996; Landrieu *et al.* 1998). Cabría preguntarse si una organización espacial caracterizada por una alta densidad de nodos estratégicos diseminados por una región más amplia constituye o no una nueva forma de organizar el territorio del *centro*, antes que —según la visión tradicional— un ejemplo de suburbanización o dispersión geográfica. En la medida en que estos distintos nodos están articulados mediante *ciberrutas* o autopistas digitales, representan un nuevo correlato geográfico del tipo más avanzado de *centro*. Los lugares que caen dentro de esta nueva retícula de autopistas digitales, sin embargo, pasan a formar parte de la periferia, un fenómeno que tiene su ejemplo más extremo en los casos de ciudades que *encogen* de tamaño (Gisecke 2005). Esta retícula regional de nodos representa, en mi opinión, una reconfiguración del concepto de *región*. Lejos de anular las distinciones

⁶ Este argumento tiene muchos matices. Por ejemplo, y por emplear el argumento contrario, el desarrollo de las herramientas financieras que representan un capital fijo inmobiliario reposiciona este último en varios sistemas de circulación, incluyendo los globales. Al hacerlo, el significado del capital fijo se modifica parcialmente —y, al mismo tiempo, el capital fijo también se convierte en un contexto para la circulación— (véase Sassen 2001, capítulo 2).

⁷ Existe un cuarto caso que he abordado en otros trabajos (Sassen 2001, capítulos 4 y 5), y que está representado por nuevas formas de centralidad constituidas en espacios generados electrónicamente.

geográficas, la retícula regional tiende a integrarse en formas convencionales de infraestructuras de comunicaciones —en especial los trenes de alta velocidad y las autopistas que unen las ciudades con los aeropuertos—. Tal vez irónicamente, es probable que las infraestructuras convencionales maximicen los beneficios económicos derivados de la telemática. Creo que se trata de una cuestión de importancia que de alguna manera se ha pasado por alto en los debates sobre la desaparición de las distancias geográficas a causa de la influencia de la telemática.

En tercer lugar, estamos asistiendo a la formación de un *centro* transterritorial constituido sobre la telemática e intensas transacciones económicas. Las más poderosas de estas nuevas geografías de la centralidad interurbana que une los principales centros financieros y de negocios son, entre otras, Nueva York, Londres, Tokio, París, Fráncfort, Zúrich, Ámsterdam, Los Ángeles, Sidney y Hong Kong.⁸ Pero esta geografía incluye hoy en día también ciudades como São Paulo y Ciudad de México. La intensidad de las transacciones entre estas ciudades, en particular a través de sus mercados financieros, de servicios y de inversiones, ha crecido significativamente. Por último, están apareciendo nuevas jerarquías regionales, con casos como los corredores de crecimiento económico del sudeste asiático (Lo y Yeung 1996), el de São Paulo en el área de libre comercio Mercosur (Schiffer 2002) y las relaciones entre las partes del corredor Irán-Dubai (Parsa y Keivafin 2002). (Para lograr una perspectiva general, véase el informe *MasterCard International Global Hearts of Commerce Report on 70 Cities* de 2008.)

Además de su impacto en los correlatos espaciales de la centralidad, es de suponer que las nuevas tecnologías también influirán en la desigualdad entre las ciudades y en el seno de las mismas. Gran parte de la literatura que existe sobre dichas tecnologías pronostica que pondrán fin a las antiguas jerarquías y desigualdades espaciales mediante la universalización de la conectividad que representan. Los indicios de los que disponemos hasta el momento sugieren que no es así. Ya se deba a la existencia de una red de centros financieros y patrones de inversión directa extranjera (ya mencionada en este apartado) o a la organización espacial de diversas ciudades, el caso es que las nuevas tecnologías no han reducido las jerarquías ni las desigualdades (Graham 2004; Graham y Marvin 2001; Castells 1996; Rutherford 2004; *Journal of Urban Technology*, varios números). Y ello a pesar de las colosales mejoras y las excelentes infraestructuras de un número de ciudades cada vez mayor. No hay duda de que conectarse a circuitos globales ha

traído consigo un nivel significativo de expansión de las áreas urbanas y redes metropolitanas de los centros de negocios, así como un dinamismo económico considerable. Pero el problema de la desigualdad continúa intacto.

Es más: la marcada orientación a los mercados financieros evidente en muchas de estas ciudades plantea cuestiones relativas al funcionamiento de las naciones-Estado, sus regiones y las estructuras económicas y sociales de las ciudades mismas. Las ciudades han estado tradicionalmente integradas en las economías de las regiones a las que pertenecen —de hecho, a menudo han sido un reflejo de éstas, y todavía lo son—. Pero las ciudades que son también emplazamientos estratégicos dentro de la economía global tienden, en parte, a desconectarse de su región. Esto entra en conflicto con una de las premisas clave de la teoría tradicional sobre los sistemas urbanos, a saber, que dichos sistemas promueven la integración territorial de las economías regionales y nacionales. Se ha producido una profunda desigualdad en la concentración de recursos y actividades estratégicas dentro de cada una de estas ciudades y en relación con otras de sus mismos países, aunque este fenómeno tiende a hacerse evidente sólo en niveles muy fragmentarios. Por ejemplo, Ciudad de México concentra actualmente una porción más alta de ciertos tipos de actividad económica y producción de valor que en el pasado,⁹ pero apreciarlo requiere llevar a cabo una serie de análisis muy pormenorizados (Parnreiter 2002).

LA CIUDAD GLOBAL COMO NÚCLEO DE NUEVAS ALINEACIONES SOCIOPOLÍTICAS

La incorporación de las ciudades a una nueva geografía de centralidad transfronteriza también señala la emergencia de una geografía política paralela. Las grandes ciudades se han convertido en un emplazamiento estratégico no sólo para el capital global, sino también para la transnacionalización de la mano de obra y la aparición de comunidades e identidades translocales (Smith 2006; Kloosterman y Rath 2003; Bartlett 2007; Hagedorn 2007; Sandercock 2003). En este sentido, las ciudades son el escenario de nuevas formas de operaciones políticas, *culturales* y subjetivas (Frause y Petro 2003; Sennett 1992; Peterson 2007; King 1996). La centralidad del lugar en un contexto de procesos globales hace posible una apertura económica y política transnacional para la formación de nuevas reivindicaciones y, a partir de ahí, la constitución de nuevos derechos, un fenómeno que podría culminar en la aparición de nuevas formas de *ciudadanía* (Holston 1996; Torres *et al.* 1999; Sassen 2008, capítulo 6).

8

En el caso de un paisaje tan complejo como el europeo, se distinguen de hecho varias geografías de centralidad —una de ellas global, y otras continentales y regionales—. Una jerarquía central urbana conecta las principales ciudades, muchas de las cuales desempeñan a su vez un papel determinante en el gran sistema global de ciudades: París, Londres, Fráncfort, Ámsterdam y Zúrich. Estas ciudades también forman parte de una red de capitales europeas financieras, culturales y de servicios, algunas sólo con una de estas funciones, y otras con dos o más. Otras están menos orientadas hacia la economía global que París, Fráncfort o Londres. Y después están varias geografías de la marginalidad: la división entre Este y Oeste y la división entre Norte y Sur, así como otras más recientes. En Europa del Este, determinadas ciudades y regiones, en especial Budapest, resultan atractivas desde el punto de vista de la inversión, tanto europea como no europea, mientras que otras, como Rumanía, Yugoslavia y Albania, se quedarán cada vez más rezagadas. En el sur de Europa se aprecia una diferenciación similar: Madrid, Barcelona y Milán están ganando puestos en la jerarquía europea, mientras que Nápoles, Roma y Marsella no (para una visión general de la situación en Europa, véase Kazepov 2005).

9

Esto también es cierto del mundo altamente desarrollado. Por ejemplo, la región de París concentra más del 40% de todos los productores de servicios de Francia, y más del 80% de los más avanzados. Se calcula que Nueva York acumula entre una cuarta y una quinta parte de toda la exportación de servicios de Estados Unidos, aunque en ella sólo viva el 3% de la población del país. Londres supone el 40% de todas las exportaciones de servicios del Reino Unido, y hay tendencias similares en Zúrich, Fráncfort y Tokio, todas ellas ciudades de países mucho más pequeños.

El énfasis en el carácter transnacional y móvil del capital ha contribuido a crear una sensación de impotencia entre los agentes locales, una impresión de que toda resistencia es vana. Pero un análisis centrado en el lugar sugiere que la nueva retícula global de los emplazamientos estratégicos es el caldo de cultivo idóneo para la política y el compromiso (Allen *et al.* 1999; Brenner y Theodore 2002; Copjek y Sorkin 1999; Berner y Korpff 1995; INURA 2003). La pérdida de poder a nivel nacional apunta a la posibilidad de que surjan nuevas formas de poder y políticas a nivel subnacional. Además, en la medida en que lo nacional es un escenario de procesos sociales y el poder se resquebraja (Taylor 1995; Beck 2006; Marcuse 2003) se abren nuevas posibilidades para una geografía de medidas políticas que vinculen espacios subnacionales entre sí a través de las fronteras (Sassen 2008, capítulos 7 y 8). Las ciudades son la encarnación principal de esta nueva geografía. Esto define mi punto de vista sobre la formación de una nueva especie de política transnacional localizada en dichas ciudades.

La inmigración, por ejemplo, es uno de los procesos principales mediante los cuales se están constituyendo una nueva política económica transnacional y nuevas estrategias domésticas translocales. Se trata de un fenómeno profundamente integrado en las grandes ciudades, que es donde se concentra la mayoría de los inmigrantes, al menos en el mundo desarrollado, ya hablemos de Estados Unidos, Japón o Europa Occidental. En mi opinión, es uno de los procesos constitutivos de la globalización hoy en día, aunque no está reconocido como tal en la literatura dominante sobre la economía global (Sassen 2008, parte 2; Robas-Mateos 2005; Farrer 2007; Ehrenreich y Hochschild 2003).

El capital global y la nueva mano de obra inmigrante son dos ejemplos importantes de los agentes transnacionales que, además y al mismo tiempo, poseen propiedades unificadoras a través de las fronteras y se enfrentan unos con otros en el seno de las ciudades globales (Bonilla *et al.* 1998; Sassen 2006a, capítulo 8; 2008, capítulo 6; Brenner y Theodore 2002; Gugler 2004). Investigar y teorizar sobre estas cuestiones requerirá alejarse de las perspectivas tradicionales marcadas por los estudios de elites políticas, políticas partidistas locales, asociaciones de vecinos, comunidades de inmigrantes, etcétera, a través de las cuales el paisaje político de las ciudades y regiones metropolitanas ha sido conceptualizado en el ámbito de los estudios urbanos.

Una forma de abordar las implicaciones políticas de este espacio estratégico transnacional anclado en las ciudades globales es desde las nuevas reivin-

dicaciones que han surgido en él. La ciudad global, en particular, se ha constituido en escenario de nuevas demandas por parte del capital global, que emplea la ciudad global como *recurso organizativo*, pero también por parte de sectores desfavorecidos de la población urbana, a menudo con una presencia tan internacional en las ciudades globales como el capital. La *desnacionalización* del espacio urbano y la aparición de nuevas reivindicaciones por parte de agentes transnacionales plantean la pregunta *¿a quién pertenece la ciudad?*

La ciudad global y la red de la que forma parte constituyen un espacio que pivota alrededor de un eje central y al mismo tiempo está integrado en localizaciones específicas y estratégicas. Son trans-territoriales porque conectan lugares que no están próximos geográficamente y, sin embargo, se encuentran intensamente conectados unos con otros. Si consideramos que las ciudades globales concentran tanto los sectores principales del capital global como una porción cada vez mayor de grupos de población desfavorecidos —inmigrantes, mujeres en situación de dependencia, gente de color en general y (en las megaciudades de países en desarrollo) auténticas comunidades chabolistas—, entonces veremos que las ciudades se han convertido en caldo de cultivo para toda una serie de conflictos y contradicciones. También podemos pensar en las ciudades como en los escenarios de las contradicciones de la globalización del capital, aunque, siguiendo la opinión de Katznelson (1992), se trataría de una visión excesivamente simplista.

CONCLUSIÓN

Un repaso de la globalización a través del concepto de *ciudad global* implica centrarse en los elementos estratégicos de la economía global antes que en las dinámicas homogeneizantes más amplias (y, por ello, más difusas) asociadas a la globalización de los mercados de consumo. En consecuencia, hay que centrarse en las cuestiones de poder y desigualdad, lo que a su vez implica prestar atención a las tareas de gestionar, mantener y financiar una economía global. En segundo lugar, un enfoque basado en la ciudad a la hora de estudiar la globalización tiende a poner de manifiesto las crecientes desigualdades entre los que tienen mucho y los sectores de la población y los espacios urbanos más desfavorecidos, por lo que de nuevo surgen las cuestiones de la desigualdad y el reparto de poder.

En tercer lugar, el concepto de *ciudad global* implica dar primacía a las redes económicas debido a la naturaleza de las industrias que operan en ellas: las finanzas y los servicios especializados,

así como los nuevos sectores multimedia y de las telecomunicaciones. Estas industrias se caracterizan por redes transfronterizas y divisiones especializadas de funciones entre ciudades antes que por la competencia entre países. En el caso de las finanzas globales y los servicios especializados que trabajan para los mercados y las empresas globales—derecho, contabilidad, calificación crediticia, telecomunicaciones—, es evidente que nos enfrentamos a un sistema transfronterizo integrado en una serie de ciudades, cada una posiblemente de un país distinto. Se trata de un sistema global de facto.

En cuarto lugar, un enfoque basado en la red de las dinámicas transfronterizas entre ciudades globales nos permite entender mejor la creciente

presencia de estas transacciones en otros terrenos: político, cultural, social y criminal.

Las ciudades globales del mundo son el escenario en el que múltiples procesos globalizadores adoptan formas concretas y locales. Estas formas locales son, en buena parte, la esencia de la globalización. Recuperar el espacio físico significa recuperar una multiplicidad de presencias en este paisaje. Las grandes ciudades de hoy en día se han convertido en un emplazamiento estratégico para toda una nueva clase de operaciones políticas, económicas, *culturales* y subjetivas. Son uno de los núcleos donde la aparición de nuevas reivindicaciones —por parte tanto de los poderosos como de los desfavorecidos—, se materializa y adopta formas concretas.

BIBLIOGRAFÍA

- Abu-Lughod, J. L. *Before European Hegemony: the World System A.D. 1250-1350*. Nueva York-Oxford: Oxford University Press, 1989.
- . *New York, Chicago, Los Angeles: America's Global Cities*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1999.
- Allen, J., D. Massey y M. Pryke, eds. *Unsettling Cities*. Londres: Routledge, 1999.
- Amen, M. M., K. Archer y M. M. Bosman, eds. *Relocating Global Cities: From the Center to the Margins*. Nueva York: Rowman & Littlefield, 2006.
- Amin, A., y N. Thrift. *Cities: Reimagining the Urban*. Cambridge: Polity, 2002.
- Arrighi, G. *The Long Twentieth Century*. Londres-Nueva York: Verso, 1994.
- Bartlett, A. «The City and the Self: The Emergence of New Political Subjects in London». En S. Sassen, ed. *Deciphering the Global: Its Spaces, Scales and Subjects*. Nueva York-Londres: Routledge, 2007.
- Beck, U. *Cosmopolitan Vision*. Cambridge: Polity Press, 2006.
- Berner, E., y R. Korff. «Globalization and Local Resistance: The Creation of Localities in Manila and Bangkok». *International Journal of Urban and Regional Research* 19, núm. 2 (1995): 208-222.
- Bonilla, F., E. Meléndez, R. Morales y M. De los Ángeles Torres. *Borderless Borders: U.S. Latinos, Latin Americans and the Paradox of Independence*. Filadelfia: Temple University Press, 1998.
- Braudel, F. *The Perspective of the World*. Nueva York: Harper and Row, 1984.
- Brenner, N., y N. Theodore, eds. *Spaces of Neoliberalism: Urban Restructuring in Western Europe and North America*. Malden (Massachusetts): Blackwell Publishers, 2002.
- Bryson, J. R., y P. W. Daniels, eds. *The Service Industries Handbook*. Cheltenham: Edward Elgar, 2005.
- Burdett, R., ed. *Cities: People, Society, Architecture*. Nueva York: Rizzoli, 2006.
- Castells, M. *The Informational City: Information Technology, Economic Restructuring, and the Urban-Regional Process*. Oxford: Basil Blackwell, 1989 [ed. esp.: *La ciudad informacional. Tecnologías de la información, estructuración económica y el proceso urbano-regional*. Madrid: Alianza Editorial, 1995].
- . *The Rise of the Network Society*. Oxford: Blackwell, 1996 [ed. esp.: *La sociedad red: una visión global*. Madrid: Alianza Editorial, 2007].
- Chen, X., y S. Jianming. «Untangling a Global-Local Nexus: Sorting Out Residential Sorting in Shanghai». *Environment and Planning* 10 (2007): 2324-2345.
- Ciccolella, P., e I. Mignauqui. «Buenos Aires: Sociospatial Impacts of the Development of Global City Functions». En S. Sassen, ed. *Global Networks/Linked Cities*. Nueva York-Londres: Routledge, 2002, 309-325.
- Copjek, J., y M. Sorkin, eds. *Giving Ground: The Politics of Proximity*. Nueva York: Verso, 1999.
- Ehrenreich, B., y A. Hochschild, eds. *Global Woman*. Nueva York: Metropolitan Books, 2003.
- Farrer, G. L. «Producing Global Economies from Below: Chinese Immigrant Transnational Entrepreneurship in Japan». En S. Sassen, ed. *Deciphering the Global: Its Spaces, Scales and Subjects*. Nueva York-Londres: Routledge, 2007, 198.
- Friedmann, J., y W. Goetz. *World City Formation: an Agenda for Research and Action*. Los Ángeles: Graduate School of Architecture and Urban Planning/UCLA, 1982.
- Garrido Luque, Alicia, coord. *Sociopsicología del trabajo*. Barcelona: UOC, 2004.
- Giesecke, Gerald. «The Day After Tomorrow». En <http://www.zdf.de/ZDFde/inhalt/1/0,1872,2342977,00.html>, 2005 (consulta: enero de 2006).
- Graham, S., ed. *Cybercities Reader*. Londres: Routledge, 2004.
- Graham, S., y S. Marvin. *Splintering Urbanism: Networked Infrastructures, Technological Mobilities, and the Urban Condition*. Londres: Routledge, 2001.
- Gugler, J., ed. *World Cities beyond the West. Globalization, Development and Inequality*. Cambridge: Cambridge University Press, 2004.
- Hagedorn, J., ed. *Gangs in the Global City: Exploring Alternatives to Traditional Criminology*. Chicago: University of Illinois at Chicago, 2007.
- Hall, P. *The World Cities*. Nueva York: McGraw-Hill, 1996.
- Harvey, R. «The Subnational Constitution of Global Markets». En S. Sassen, ed. *Deciphering the Global: Its Spaces, Scales and Subjects*. Nueva York-Londres: Routledge, 2007: 199-216.
- Herzog, L. A. *Return to the Center: Culture, Public Space, and City-Building in a Global Era*. Austin: University of Texas Press, 2006.
- Holston, J., y A. Appadurai. «Cities and Citizenship». *Public Culture* 8, núm. 2 (1996): 187-204.
- Inura, ed. *The Contested Metropolis*. Nueva York: Birkhauser, 2003.
- Journal of Urban Technology*, varios números.
- Katznelson, I. *Marxism in the City*. Oxford-Nueva York: Clarendon Press-Oxford University Press, 1992.
- Kazepov, Y. ed. *Cities of Europe: Changing Contexts, Local Arrangements, and the Challenge to Urban Cohesion*. Londres: Blackwell, 2005.
- King, A. D., ed. *Re-presenting the City. Ethnicity, Capital and Culture in the 21st Century*. Londres: Macmillan, 1996.
- King, D. *Urbanism, Colonialism, and the World Economy: Culture and Spatial Foundations*. Londres-Nueva York: Routledge, 1990.
- Kloosterman, R., y J. Rath, eds. *Immigrant Entrepreneurs: Venturing Abroad in the Age of Globalization*. Oxford: Berg Publishers, 2003.

- Krause, L., y P. Petro, eds. *Global Cities: Cinema, Architecture, and Urbanism in a Digital Age*. New Brunswick-Londres: Rutgers University Press, 2003.
- Landrieu, J., N. May, T. Spector y P. Veltz, P., eds. *La ville éclatée*. La Tour d'Aigues: Editions de l'Aube, 1998.
- Lloyd, R. *NeoBohemia: Art and Commerce in the Postindustrial City*. Londres-Nueva York: Routledge, 2005.
- Lo, F., y Y. Yeung, eds. *Emerging World Cities in Pacific Asia*. Tokio: United Nations University Press, 1996.
- Marcotullio, P., y Fu-Chen Lo. *Globalization and the Sustainability of Cities in the Asia Pacific Region*. Nueva York: United Nations University Press, 2001.
- Marcuse, P. *Of States and Cities: The Partitioning of Urban Space*. Nueva York: Oxford University Press, 2003.
- MasterCard. *Worldwide Centers of Commerce Index*, 2008.
- Neuwirth, R. *Shadow Cities: A Billion Squatters, A New Urban World*. Londres: Routledge, 2004.
- Orum, A., y Ch. Xianming. *World of Cities*. Malden (Massachusetts): Blackwell, 2004.
- Parnreiter, C. «Mexico: The Making of a Global City». En S. Sassen, ed. *Global Networks/Linked Cities*. Nueva York-Londres: Routledge, 2002: 145-182.
- Peterson, M. «Translocal Civilities: Chinese Modern Dance at Downtown Los Angeles Public Concerts». En S. Sassen, ed. *Deciphering the Global: Its Spaces, Scales and Subjects*. Nueva York-Londres: Routledge, 2007.
- Ribas-Mateos, N. *The Mediterranean In The Age Of Globalization: Migration, Welfare, And Borders*. Somerset (Nueva Jersey): Transaction, 2005.
- Rutherford, J. *A Tale of Two Global Cities: Comparing the Territorialities of Telecommunications Developments in Paris and London*. Aldershot: Ashgate, 2004.
- Sandercock, L. *Cosmopolis II: Mongrel Cities in the 21st Century*. Nueva York-Londres: Continuum, 2003.
- Sassen, S. «The New Labor Demand in Global Cities». En M. P. Smith, ed. *Cities in Transformation*. Beverly Hills: Sage, 1984, 139-172.
- . *The Global City: New York, London, Tokyo*. Princeton: Princeton University Press, 1991 [ed. esp.: *La ciudad global*. Buenos Aires: Eudeba, 1999].
- , ed. *Global Networks/Linked Cities*. Nueva York-Londres: Routledge, 2002.
- . *Cities in a World Economy*. 3.^ª ed. Thousand Oaks (California): Sage/Pine Forge, 2006.
- , ed. «Human Settlement Development». En UNESCO, ed. *Encyclopedia of Life Support Systems*. Oxford: EOLSS Publishers, 2006.
- . *Territory, Authority, Rights: From Medieval to Global Assemblages*. Princeton: Princeton University Press, 2008 [ed. esp.: *Territorio, autoridad, derechos*. Buenos Aires-Madrid: Katz Editores, 2007].
- , ed. *Deciphering the Global: Its Spaces, Scales and Subjects*. Nueva York-Londres: Routledge, 2007.
- Sennett, R. *The Conscience of the Eye: the Design and Social Life of Cities*. Nueva York: W. W. Norton, 1992.
- Short, J. R. *Global Metropolitanism*. Londres: Routledge, 2005.
- Smith, R. G. «Poststructuralism, Power and the Global City». En P. J. Taylor, B. Derudder, P. Saey y F. Witlox, eds. *Cities in Globalization: Practices, Policies and Theories*. Londres: Routledge, 2007: 258-270.
- Stren, R. «The Study of Cities: Popular Perceptions, Academic Disciplines, and Emerging Agendas». En M. Cohen, B. Ruble, J. Tulchin y A. Garland, eds. *Preparing for the Urban Future: Global Pressures and Local Forces*. Washington D. C.: Woodrow Wilson Center Press, 1996.
- Taylor, P. J. «World Cities and Territorial States: The Rise and Fall of their Mutuality». En P. J. Taylor y P. L. Knox, eds. *World Cities in a World-System*. Cambridge: Cambridge University Press, 1995: 48-62.
- . *World City Network: A Global Urban Analysis*. Londres: Routledge, 2004.
- . «Leading World Cities: Empirical Evaluations of Urban Nodes in Multiple Networks». *Urban Studies* 42, núm. 9 (2005): 1593-1608.
- Taylor, P. J. y B. Derudder. «The Global Capacity of Belgium's Major Cities: Antwerp and Brussels Compared». *Belgeo* 4 (2003): 459-476.
- . «The Cliquishness of World Cities». *Global Networks* 5, núm. 1 (2005): 71-91.
- Taylor, P. J., B. Derudder, P. Saey y F. Witlox, eds. *Cities in Globalization: Practices, Policies and Theories*. Londres: Routledge, 2007.
- Torres, R., L. Miron y J. X. Inda, eds. *Race, Identity and Citizenship*. Malden (Massachusetts): Blackwell, 1999.
- Veltz, P. *Mondialisation, villes et territoires*. París: Presses Universitaires de France, 1996.

Elementos teóricos y metodológicos para el estudio de la ciudad global*

Saskia Sassen

Cada fase en la larga historia de la economía mundial plantea interrogantes sobre las condiciones específicas que la hacen posible. Una de las características principales de la fase actual es el predominio de las tecnologías de información y el aumento de la movilidad y liquidez de capital relacionado con las mismas. Hace tiempo que existen procesos económicos que traspasan las fronteras: flujos de capital, mano de obra, bienes, materias primas, turistas. Pero, en la época moderna, éstos se dieron en gran parte al interior de un sistema interestatal, en el cual los estados nacionales constituyeron sus articuladores clave. El sistema económico internacional se desarrolló dentro de este sistema interestatal. A partir de la década del 80, esto cambia de manera bastante drástica como resultado de la privatización, desregulación, apertura de las economías domésticas a empresas extranjeras, así como por la creciente participación de los actores económicos nacionales en los mercados globales.

Es, entonces, en este contexto que estamos presenciando una reclasificación de lo que definiríamos como los territorios estratégicos que articulan el nuevo sistema. Con el resquebrajamiento parcial o debilitamiento, al menos, de lo nacional como unidad espacial debido a la privatización, desregulación y al fortalecimiento de la globalización, se dan las condiciones para el predominio de otras unidades o escalas espaciales. Entre éstas podemos citar lo subnacional, principalmente ciudades y regiones; regiones fronterizas que abarcan dos o más entidades sub-nacionales; y entidades supra-nacionales como serían, por ejemplo, los mercados globales digitalizados y bloques de libre comercio. Las diná-

* Original en inglés. Traducido por Venus Guerra, corregido y aprobado por la autora.

micas y procesos que se ven territorializados en estas diversas escalas espaciales pueden en principio ser regionales, nacionales o globales.

Yo ubico la emergencia de las ciudades globales en este contexto de escalas y unidades espaciales estratégicas (Sassen 2000, 2001 a;b). En el caso de las ciudades globales, las dinámicas y procesos que se territorializan son globales.

En el presente documento, analizo primeramente mi tesis que las transformaciones producidas por la globalización y la digitalización requieren una nueva arquitectura conceptual para su estudio e interpretación. La ciudad global representa una tal arquitectura conceptual. La sección dos es una discusión más profunda de las hipótesis que organizan el modelo de la ciudad global. Las secciones tres y cuatro analizan dos aspectos específicos: el problema del lugar dentro de una economía global y digitalizada y el problema de la combinación de concentraciones localizadas de recursos y de redes de alcance global que caracterizan a la industria financiera global en la actualidad –la industria más globalizada, digitalizada y desmaterializada de todas.

Los elementos de una nueva arquitectura conceptual

La globalización de la actividad económica implica un nuevo tipo de estructura organizacional. Para aprehender este hecho teórica y empíricamente, se requiere, paralelamente, de un nuevo tipo de arquitectura conceptual. Conceptos como los de "ciudad global" y "región de la ciudad global" son, según mi lectura, elementos importantes en esta nueva arquitectura conceptual¹. La tarea de 'nombrar' estos elementos es parte del trabajo conceptual. Existen otros términos afines que podrían haber sido utilizados: ciudades mundiales², "super-ciudades" (Braudel 1984), ciudad informacional (Castells 1989). La selección del concepto para nombrar una configuración tiene, por tanto, su propia racionalidad sustantiva.

Cuando yo usé el concepto de ciudad global (1984), lo hice a sabiendas, como un intento de 'nombrar' una diferencia: la especificidad de lo global a

1 Aquí el análisis de Arrighi es de interés (1994) en cuanto propone la recurrencia de ciertos patrones organizacionales en las diferentes fases de la economía del mundo capitalista, pero a niveles más altos de complejidad y mayor alcance, y sincronizados para seguir o preceder configuraciones específicas de la economía mundial (Ver también Davies 1999).

2 Originalmente atribuido a Goethe, el término fue relanzado en el trabajo de Peter Hall (1966) y más recientemente re-especificado por John Friedmann (Friedmann y Goetz 1982). Ver también Stren (1996).

medida que se va estructurando en el período contemporáneo. No elegí la alternativa obvia, ciudad mundial, en razón de que tenía precisamente el atributo contrario: se refería a un tipo de ciudad que hemos presenciado a través de los siglos (ej: Braudel 1984; Hall 1966; King 1990), y muy probablemente también en períodos mucho más antiguos en Asia que en Occidente (Abu-Lughod 1989; King 1990). A este respecto podría decirse que la mayoría de las principales ciudades globales de la actualidad son también ciudades mundiales, pero que podría darse el caso de que algunas ciudades globales de hoy en día no sean ciudades mundiales en el sentido rico y completo de dicho término. Para mí, ésta es en parte una pregunta empírica; además, a medida que la economía global se expande e incorpora nuevas ciudades a las diferentes redes, es totalmente posible que varíe la respuesta a esa pregunta específica. Así, el hecho de que Miami haya desarrollado funciones de una ciudad global comenzando a fines de la década de los 80, no la hace una ciudad mundial en el sentido más antiguo de la palabra (Ver también Abu-Lughod 1999; Short and Kim 1999; Sachar 1990).

El modelo de la ciudad global: hipótesis sobre su organización

Son siete las hipótesis por medio de las cuales he procedido a organizar los datos y la teorización del modelo de la ciudad global. En forma breve discutiré cada una de ellas, como una forma de crear una representación más precisa ³.

En primer lugar, la dispersión geográfica de las actividades económicas que marcan la globalización, junto con la simultánea integración sistémica de dichas actividades geográficamente dispersas, es un factor clave que nutre el crecimiento y la importancia de las funciones de gestión central. Mientras más dispersas sean las operaciones de una empresa en diferentes países, más complejas y estratégicas serán sus funciones de gestión central –esto es, el trabajo de administrar, coordinar, dar servicios especializados y financiar la red de operaciones de la misma.

En segundo lugar, estas funciones centrales se hacen tan complejas que las sedes de las grandes empresas globales, de manera creciente, las subcontratan: compran una parte de sus funciones centrales de firmas de servicios altamente especializadas: contabilidad, servicios legales, relaciones públicas, programación, telecomunicaciones y otros servicios altamente especializados.

3 En la nueva edición del libro, planteo diez hipótesis.

De esta forma, mientras que hace diez años el sitio clave para la producción de estas funciones de gestión central era la sede de gestión, hoy existe un segundo sitio clave: las empresas especializadas en servicios contratadas para producir algunas de estas funciones o componentes de las mismas. Este es, especialmente, el caso de las empresas que participan en mercados globales y en operaciones no rutinarias. Sin embargo, crecientemente, las sedes de gestión de todas las grandes empresas (incluso las que operan sólo en mercados nacionales) están comprando mayor cantidad de dichos insumos cuando antes los producían en casa.

En tercer lugar, aquellas firmas especializadas en servicios y en mercados más complejos y globalizados, están sujetas a economías de aglomeración. La complejidad de los servicios que ellas necesitan producir, la incertidumbre de los mercados en los cuales operan ya sea directamente o a través de las sedes de gestión para las cuales están produciendo los servicios, y la creciente importancia de la velocidad con la que se ejecutan estas transacciones, es una combinación de condiciones que constituye una nueva dinámica de aglomeración. La combinación de firmas, talentos y conocimiento provenientes de un amplio rango de campos especializados hace que cierto tipo de ambiente urbano funcione como un centro de información. Estar en una ciudad es sinónimo de encontrarse en un ámbito de información extremadamente intenso y denso. Este es el tipo de ámbito de información que hasta la fecha no ha podido ser replicado en su totalidad en un espacio electrónico, y que tiene como parte de su valor agregado, las combinaciones imprevistas y no-planificadas de información, conocimiento y talento, que pueden generar en su conjunto, un orden de información más avanzado. Este no es el caso de las actividades rutinizadas que no se encuentran sujetas a la incertidumbre ni a modalidades no-estandarizadas de complejidad. A este respecto, las ciudades globales son sitios de producción para las principales industrias de servicios y de información más complejas de nuestros tiempos.

Una cuarta hipótesis, derivada de la anterior, es que, en cuanto las sedes centrales subcontratan, sus funciones más complejas, no estandarizadas—particularmente aquellas sujetas a los mercados inciertos y cambiantes y a la velocidad de acción— más libres serán ellas de optar por cualquier localidad porque el trabajo que se hace en las oficinas centrales no estará sujeto a las economías de aglomeración. Esto enfatiza además que el sector clave que determina las claras ventajas como sitio de producción de las ciudades globalizadas, es el sector de servicios altamente especializados que por necesidad funcionan en redes com-

plejas con otras empresas de servicios. Al desarrollar esta hipótesis, yo estaba en plan de responder a una noción muy común y que es el número de sedes de gestión de grandes empresas que especifica a la ciudad global. Empíricamente, este puede ser el caso en muchos países donde el principal centro de negocios es también la principal concentración de tales sedes, pero esto podría deberse a la falta de opciones con respecto a localidades alternas. Sin embargo, en países con una infraestructura bien desarrollada fuera del principal centro de negocios, existen probablemente múltiples opciones para ubicar dichas sedes.

En quinto lugar, estas empresas de servicios especializados tienen que ofrecer un servicio global, lo cual ha significado la creación de una red global de filiales u otra forma de asociación, y como resultado hemos presenciado un fortalecimiento de las transacciones y redes transnacionales de ciudad-a-ciudad. Al límite, esto bien podría tratarse del comienzo de una formación de sistemas urbanos transnacionales. El crecimiento de mercados globales para las finanzas y servicios especializados, la necesidad de redes de servicios transnacionales debido a un notable incremento en la inversión y comercio internacionales, el reducido rol de los gobiernos en la regulación de la actividad económica internacional y el correspondiente predominio de otras áreas institucionales, especialmente los mercados globales y las empresas multinacionales –todo esto apunta a la existencia de una serie de redes transnacionales entre ciudades. Una implicación de esto e hipótesis para investigación derivada de este hecho, es que las fortunas económicas de estas ciudades se desconectan cada vez más de sus respectivos países o regiones. Podemos ver, entonces, la formación, al menos incipiente, de sistemas urbanos transnacionales. En mi análisis, en la actualidad, los principales centros de negocios del mundo obtienen su importancia, en gran medida, por su participación en estas redes transnacionales. No existe una ciudad global única– y en este sentido existe un agudo contraste con las antiguas capitales de los grandes imperios.

Una sexta hipótesis es que el creciente número de profesionales de alto nivel de ingreso y empresas de servicios especializados con grandes ganancias, tienen el efecto de aumentar el grado de desigualdad espacial y socioeconómica que se hace evidente en estas ciudades. El papel estratégico de estos servicios especializados como insumos, aumenta el valor y el número de profesionales de alto nivel. Además, el hecho que el talento puede ser de gran importancia para la calidad de estos productos estratégicos y –dada la importancia que tiene la velocidad con que se los produce– el talento comprobado tiene un valor adicional, los salarios aumentan rápidamente. Los tipos de actividades y de trabaja-

dores que no tienen estos atributos, ya sea en los servicios industriales o de manufactura, tienen tendencia a quedar atrapados en el ciclo opuesto.

Una séptima hipótesis es que un resultado de la dinámica descrita en la hipótesis seis es la creciente informalización de una serie de actividades económicas que si bien encuentran su demanda efectiva en estas ciudades, no tienen márgenes de ganancia que les permiten competir por recursos en un contexto donde las empresas en la cúspide del sistema tienen grandes ganancias y producen enormes aumentos en el costo de insumos. Informalizar la producción o parte de ella y las actividades de distribución, incluyendo la de servicios, es una forma de sobrevivir bajo estas condiciones.

En las cuatro primeras hipótesis, mi esfuerzo se dirigió a calificar lo que estaba emergiendo como el discurso dominante sobre la globalización, tecnología y ciudades, que postula el fin de las ciudades como unidades o escalas económicas importantes. Entendí que existía una tendencia en dicha descripción a aceptar la existencia de un sistema económico global como un hecho dado, una función del poder de las empresas transnacionales y de las comunicaciones globales. Mi contra-argumento era, y todavía lo es, que se necesita producir la capacidad para manejar las operaciones globales de coordinación y control contenida en las nuevas tecnologías de información y en el poder de las empresas transnacionales. Enfocándonos en la producción de estas capacidades añadimos una dimensión antes ignorada al tema muy familiar del poder de las grandes corporaciones y la capacidad de las nuevas tecnologías para neutralizar el lugar y la distancia. Enfocarse en la producción de estas capacidades cambia el énfasis hacia las *prácticas* que constituyen lo que llamamos globalización económica y control global.

El enfoque sobre las prácticas conduce a las categorías de lugar y de procesos de trabajo en el análisis de la globalización económica. Estas son dos categorías que se pierden fácilmente en las descripciones centradas en la hipermovilidad del capital y el poder de las transnacionales. El desarrollo de tales categorías no niega la centralidad de la hipermovilidad y el poder. Más bien trae a la luz el hecho de que muchos de los recursos necesarios para las actividades económicas globales no son hipermóviles sino que están profundamente insertados en el lugar, principalmente lugares tales como las ciudades globales.

Esto implica toda una infraestructura de actividades, empresas y trabajos, que es necesaria para operar la economía corporativa avanzada. Estas industrias vienen típicamente conceptualizadas en términos de la hipermovilidad de sus productos y los altos niveles de preparación de sus profesionales, antes que en

términos del proceso de producción de esos productos, de la infraestructura necesaria y de los trabajos no especializados que también son parte de estas industrias⁴. Realmente es importante enfatizar sobre el lugar, la infraestructura y el trabajo no-especializado porque, precisamente, se ha hablado tanto de la neutralización de la geografía y del lugar gracias a las nuevas tecnologías.

Cuando trabajamos con lugares aparece el problema de las fronteras. Estas últimas son al menos de dos clases: la frontera de la clasificación territorial como tal y la frontera de la difusión de la globalización en la estructura organizacional de las industrias, órdenes institucionales, lugares y otras entidades. En el caso de la ciudad global, he optado por una estrategia analítica que enfatiza la dinámica central antes que la unidad de la ciudad como un espacio abarcativo —ya que ésta última requiere una especificación de fronteras territoriales. Poner énfasis en la dinámica central y su espacialización (tanto en su espacio real como digital) no resuelve completamente el problema de la frontera, pero permite una negociación entre el hecho de recalcar sobre el centro de estas dinámicas y su difusión institucional y espacial. En mi trabajo he buscado considerar ambos lados de este intercambio, haciendo hincapié en, por una parte, las industrias más avanzadas y globalizadas, tales como la financiera, y por otra parte, en la manera como la economía informal en las principales ciudades globales se articula con algunas de las industrias más avanzadas.

Finalmente, el estudio detallado de tres ciudades en particular, en mi trabajo anterior (2001), trajo a colación la medida en la cual estas ciudades colaboran por medio de ventajas muy específicas, antes que simplemente competir entre ellas. Al enfocarnos en las finanzas globales se hizo evidente que el crecimiento de los principales centros se deriva en gran parte de la creciente red de centros financieros. Al observar la red más amplia también quedó muy en claro hasta qué punto ésta estuvo y está caracterizada por una pronunciada jerarquía entre el número cada vez mayor de centros que la constituyen.

El crecimiento de dinámicas articuladas por redes entre ciudades globales incluye un amplio rango de aspectos —político, cultural, social, criminal. Existen transacciones internacionales entre comunidades de inmigrantes y sus comunidades de origen y una mayor intensidad en el uso de estas redes una vez

4 Esto conlleva un énfasis en la polarización económica y espacial en razón de la desproporcionada concentración de trabajos de muy altos y muy bajos ingresos en la ciudad, comparado con lo que sería el caso a una escala mayor, tal como la región o el país. En contraste, un enfoque en las regiones conduciría a un énfasis en los patrones de urbanización, una base económica más amplia, más sectores medios tanto de hogares como de empresas.

que ellas se establecen, inclusive para actividades económicas que no han sido posibles hasta la fecha. También presenciamos un mayor número de redes internacionales para fines culturales, como es el caso del crecimiento de mercados internacionales de arte y una clase de curadores transnacionales; también para fines políticos no-formales, como es el caso del crecimiento de redes transnacionales de activistas reunidos por cuestiones ambientales, derechos humanos y otros. Estas son en su mayor parte redes internacionales de ciudad-a-ciudad, o al menos parecería en este momento ser más simple capturar la existencia y modalidades de estas redes al nivel de ciudad. Lo mismo puede decirse para las nuevas redes criminales internacionales.

Establecer la geografía de los lugares involucrados en la globalización nos permite recapturar gente, trabajadores, comunidades y más específicamente, las muy diversas culturas de trabajo, además de la cultura corporativa, involucradas en el trabajo de globalización. También trae consigo un enorme programa de investigación que va más allá del hasta ahora familiar enfoque en los flujos internacionales de bienes, capital e información⁵.

En las dos secciones finales, desarrollo dos temas en particular que ilustran algunos de los aspectos concernientes al lugar y al espacio digital en una economía globalizada y en las redes entre ciudades.

Nuevas formas de la centralidad

Algunas de las hipótesis organizadoras del modelo de la ciudad global se refieren a las condiciones para la continuidad de la centralidad en los sistemas económicos avanzados frente a importantes nuevas tecnologías y patrones organizacionales que maximizan la posibilidad de una dispersión geográfica. Históricamente, la centralidad ha encontrado su base en el centro de la ciudad. La pregunta hoy es si las nuevas tecnologías y patrones organizacionales generan nuevos espacios de la centralidad.

5 Además, enfatizar el hecho de que los procesos globales están al menos en parte insertados en los territorios nacionales introduce nuevas variables en las concepciones actuales sobre la globalización económica y la reducción del papel regulador del Estado. (Ver Olds et. al. 1999). Esto significa que la economía espacial para los nuevos procesos económicos transnacionales diverge en forma significativa de la dualidad global/nacional presupuesta en muchos análisis de la economía global. La dualidad nacional *versus* global sugiere dos espacios mutuamente excluyentes —donde el uno comienza, el otro termina. Uno de los resultados del análisis de una ciudad global es que se pone en evidencia que lo global se materializa por necesidad en lugares específicos y organizaciones institucionales, un gran número de los cuales, si no la mayoría, están localizados en territorios nacionales.

Hoy ya no existe una relación simple y directa entre la centralidad y entidades geográficas tales como el centro de la ciudad o el distrito comercial central (DCC). En el pasado, y en realidad hasta muy recientemente, la centralidad era sinónima con el centro de la ciudad o del DCC. Hoy, la correlación espacial de la centralidad puede asumir diversas modalidades geográficas: puede tratarse del DCC, como es en alto grado el caso de la ciudad de Nueva York, o puede extenderse hacia una área metropolitana bajo la forma de una grilla de nódulos de intensa actividad comercial, como vemos en Frankfurt y Zurich (Hitz et.al. 1996). El centro de la ciudad se ha visto profundamente alterado por las telecomunicaciones y el crecimiento de una economía global, elementos éstos que se encuentran completamente entrelazados. Estos factores han contribuido a una nueva geografía de la centralidad (y marginalidad). Simplificando, yo identifico cuatro modelos que la centralidad asume en la actualidad (Sassen 2000: capítulo 4).

En primer lugar, si bien la centralidad puede asumir múltiples correlaciones espaciales, el DCC en los principales centros internacionales de negocios continúa como un sitio estratégico para las principales industrias; sin embargo, ha sido profundamente reconfigurado por el cambio económico y tecnológico (Graham y Marvin 1996; Burgel y Burgel 1996; Peraldi y Perrin 1996). Además, existen a menudo notables diferencias en los patrones asumidos por esta reconfiguración de la ciudad central en las diferentes partes del mundo (Veltz 1996; Kunzmann 1996; Sassen 2000; Hitz et.al. 1996; Ciccolella y Mignaqui 2001; Parnreiter 2001; Schiffer Ramos 2001)⁶.

6 En los Estados Unidos, importantes ciudades como Nueva York y Chicago tienen grandes centros que han sido reconstruidos muchas veces dado el brutal descuido que sufre gran parte de la infraestructura urbana y la obsolescencia impuesta, tan característica de las ciudades de los Estados Unidos. Este abandono y obsolescencia acelerada producen vastos espacios para reconstruir el centro según los requerimientos del régimen de acumulación urbana o patrón de organización espacial de la economía urbana prevalecientes en un momento dado. En Europa, los centros urbanos están mucho más protegidos y muy rara vez contienen porciones significativas de espacio abandonado. La expansión de los sitios de trabajo y la necesidad de contar con edificios inteligentes necesariamente tendrán que darse en parte fuera de los centros antiguos. Uno de los casos más extremos es el de La Defensa, el masivo complejo de oficinas, sumamente moderno, construido en las afueras de París para evitar dañar la armonía arquitectónica dentro de la ciudad. Este es un ejemplo explícito de política y planificación gubernamental dirigida a satisfacer la creciente demanda de espacio de óptima calidad para oficinas centrales. Otra variante de esta expansión del 'centro' hacia una zona periférica puede verse en el sector del puerto de Londres. Similares proyectos para recentralizar áreas periféricas fueron emprendidos en varias ciudades en Europa, América del Norte y Japón durante los años 80. En América Latina, podemos ver esto en la década de 1990, por ejemplo, el proyecto Puerto Madero en Buenos Aires.

En segundo lugar, el centro puede extenderse hacia un área metropolitana en la forma de una grilla de nódulos de intensa actividad comercial. Uno podría preguntarse si una organización espacial caracterizada por densos nódulos estratégicos diseminados en una región más amplia constituye en realidad una nueva forma de organizar el territorio del 'centro' antes que, como se considera desde el punto de vista más convencional, un ejemplo de 'suburbanización' o dispersión geográfica. Puesto que estos varios nódulos están articulados por medio de redes digitales, representan una nueva correlación geográfica para un tipo avanzado de 'centro'. Este es un espacio de centralidad parcialmente des-territorializado. Gran parte del territorio geográfico real dentro del cual existen estos nódulos, cae fuera de la nueva grilla de redes digitales y se constituye, en ese sentido, como una periferia⁷.

En mi análisis, esta grilla regional de nódulos representa una reconstitución del concepto de región. Lejos de neutralizar la geografía, es muy probable que el tejido regional esté inserto en una infraestructura de comunicación convencional, principalmente rápidas vías férreas y carreteras. En forma irónica, es probable que sea justamente la infraestructura convencional la que permita maximizar los beneficios económicos derivados de la telemática. Pienso que éste es un aspecto importante que de alguna manera se ha perdido en las discusiones sobre la neutralización de la geografía a través de la telemática.

En tercer lugar, estamos presenciando la formación de un 'centro' trans-territorial constituido parcialmente en espacio digital, a través de intensas transacciones económicas en la red de las ciudades globales. Estas redes de importantes centros internacionales de negocios constituyen nuevas geografías de la centralidad.

La más poderosa de estas nuevas geografías de centralidad a escala global conecta los principales centros financieros y comerciales internacionales: Nueva York, Londres, Tokio, París, Frankfurt, Zurich, Amsterdam, Los Angeles, Sydney, Hong Kong, entre otros. Más recientemente, esta geografía incluye a ciudades como Bangkok, Seúl, Taipei, Sao Paulo, Ciudad de México, Buenos Aires. Tanto la intensidad como la magnitud de las transacciones entre estas ciudades, particularmente a través de los mercados financieros, comercio de servicios e inversiones, se ha incrementado en forma notable. Al mismo tiempo, se ha producido una aguda desigualdad en la concentración de los recursos

7 El trabajo de Pierre Veltz es una importante contribución a este análisis. Ver también Mozere et.al. (1999)

estratégicos y actividades entre cada una de estas ciudades y otras en su país, una condición que enfatiza aún más su calidad de espacio internacional de centralidad⁸.

En el caso de una topografía compleja como la de Europa, vemos diversas geografías de centralidad, una global, otras continental y regional. Una jerarquía central urbana conecta importantes ciudades, muchas de las cuales a su vez desempeñan roles centrales en el más amplio sistema global de las ciudades: París, Londres, Frankfurt, Amsterdam, Zurich. Estas ciudades son también parte de una red de capitales europeas –en los campos financiero, cultural y de servicios, algunas de ellas solamente con una de estas funciones, otras con varias de ellas– que articulan la región europea y están, de alguna forma, menos orientadas a la economía global que París, Frankfurt o Londres. Existen también diversas geografías de la marginalidad: la división este-oeste y norte-sur en Europa, así como otras nuevas divisiones. En Europa Oriental, ciertas ciudades y regiones, principalmente Budapest, son bastante atractivas para la inversión tanto europea como no-europea, mientras que las ciudades en otros países, principalmente Rumania, Yugoslavia y Albania se desarticulan de estos procesos. Vemos una diferenciación similar en el sur de Europa: Madrid, Barcelona y Milán van ganando en la nueva jerarquía de Europa, mientras que Nápoles, Roma y Marsella lo hacen mucho menos.

En cuarto lugar, se están constituyendo nuevas formas de centralidad en espacios generados electrónicamente. Por ejemplo, ciertos componentes estratégicos de la industria financiera operan en dichos espacios. La relación entre el espacio real y el digital es compleja y varía entre los diferentes tipos de sectores económicos. No obstante, cada día se hace más evidente que las configuraciones altamente complejas para la actividad económica localizadas en el espacio digital contienen puntos de coordinación y centralización.

La industria financiera global ilustra algunos de estos aspectos sobre la centralidad y la digitalización. La siguiente sección analiza estos aspectos.

8 La pronunciada orientación hacia los mercados mundiales evidente en dichas ciudades plantea interrogantes sobre la articulación con sus naciones-estados, sus regiones y la estructura económica y social en dichas ciudades. Las ciudades han estado en general profundamente insertas en las economías de su región, muy a menudo reflejando las características de ésta última, y todavía lo hacen. Pero, las ciudades que son sitios estratégicos en la economía global tienden, en parte, a desconectarse de su región. Esto entra en conflicto con una premisa clave en la dogmática tradicional sobre los sistemas urbanos, a saber, que estos sistemas promueven la integración territorial de las economías regionales y nacionales.

En la era digital, ¿más concentración que dispersión?

Lo que realmente destaca de la evidencia sobre la industria financiera global es la dimensión de la concentración del poder económico en un número limitado de centros financieros, no obstante la participación de un creciente número de ciudades⁹. Londres, Nueva York, Tokio (no obstante su recesión económica) aparecen regularmente en la cima y representan un gran porcentaje de las transacciones globales. Londres, seguida muy de cerca por Tokio, Nueva York, Hong Kong y Frankfurt, tiene un porcentaje muy importante en toda la banca internacional. Londres, Frankfurt y Nueva York tienen un enorme porcentual mundial en la exportación de servicios financieros. Londres, Nueva York y Tokio constituían más de un tercio de las acciones de capital global institucional a fines de 1998, después de una aguda caída de los valores de Tokio en 1996. A fines de 1998, 25 ciudades representaban un 83% de los valores en el mundo bajo manejo institucional. Estas 25 ciudades también representan aproximadamente un 48% de la capitalización total del mercado mundial de la bolsa (con un valor de US\$ 20.9 billones a principios de 1999). Londres, Nueva York y Tokio representan un 58% del mercado de divisas, uno de los pocos mercados realmente globales; junto con Singapur, Hong Kong, Zurich, Ginebra, Frankfurt y París, constituyen un 80% del mismo, tan pocas ciudades en éste, el más global de los mercados.

Esta tendencia a la consolidación en unos pocos centros también es evidente dentro de los países. En los Estados Unidos, por ejemplo, Nueva York concentra a todos los principales bancos de inversión y solo existen otros dos importantes centros financieros internacionales en este enorme país, Chicago y Boston. Sydney y Toronto han ganado igualmente poder en países con tamaño continental y han asumido muchas funciones y la porcentual de mercado de las que alguna vez fueron importantes centros comerciales, a saber Melbourne y Montreal respectivamente. De igual forma lo han hecho Sao Paulo y Bombay, las cuales han ganado la participación y funciones de Río de Janeiro en Brasil y Nueva Delhi y Calcuta en la India. Todos estos son países de tamaño enorme y se podía haber pensado que ellos hubiesen podido tener múltiples centros financieros de importancia. En Francia, París concentra hoy grandes porcentuales de la mayoría de los sectores financieros, más que hace 10 años; mercados

9 Ver Sassen 2000: capítulo 3 para una más detallada presentación de datos y recursos en el tema de esta sección.

bursátiles que fueron importantes, como Lyon, se han tornado 'provinciales', si bien, Lyon es hoy en día el eje de una próspera región económica. Milán privatizó su bolsa de valores en septiembre de 1997 y electrónicamente fusionó los 10 mercados regionales de Italia. Frankfurt concentra actualmente una mayor participación del mercado financiero en Alemania de la que tenía a principios de los años 80, al igual que lo hace Zurich, la cual tuvo alguna vez a Basilea y Ginebra como importantes competidoras. Esta historia se repite en muchos países. Lo que se observa es que este patrón hacia la consolidación de un centro financiero principal es una función del rápido crecimiento del sector y no una función de la caída económica de las ciudades que pierden porcentual.

Por tanto, presenciamos, tanto la consolidación de unos pocos centros muy importantes, dentro de los países y entre ellos, como un notable crecimiento en el número de centros que llegan a formar parte de la red global a medida que los países desregularizan sus economías. Sao Paulo y Bombay, por ejemplo, se incorporaron a la red financiera global, después de que Brasil e India desregularizaron sus sistemas financieros, al menos en parte. Esta forma de incorporación a la red global se hace a menudo al costo de perder algunas de las funciones que tenían en su calidad de principales centros nacionales, cuando importantes empresas financieras, contables y de servicios legales, generalmente extranjeras, entran en sus mercados para manejar las nuevas operaciones internacionales. Esta integración, a menudo se da sin una ganancia en la participación del mercado global que pueden comandar, aún cuando ellas añadan al volumen total en el mercado global y aún cuando la capitalización en su mercado nacional pueda elevarse notablemente.

¿Por qué entonces, en un tiempo de rápido crecimiento en la red de centros financieros, en volúmenes generales, y en redes electrónicas, tenemos una concentración tan alta en los mercados de los principales centros? Tanto la globalización como el comercio electrónico suponen expansión y dispersión más allá de lo que había sido el dominio limitado de las economías nacionales y del comercio local. En realidad, dada la globalización y el comercio electrónico, uno bien podría preguntarse por qué los *centros* financieros tienen siquiera alguna importancia.

El peso cada vez mayor de los centros importantes es, podría decirse, un contrasentido. El rápido desarrollo de los intercambios electrónicos, la creciente digitalización de gran parte de la actividad financiera, el hecho que el sector financiero se haya convertido en uno de los principales sectores en un gran número de países, y el hecho que es un sector que produce un producto desmate-

rializado, hipermóvil –todo ello sugiere que la localización no debería importar. En realidad, salir de los grandes centros parecería ser una buena opción dado el alto costo de operación en los principales centros financieros. Además, los últimos diez años han presenciado una creciente movilidad geográfica de expertos financieros y de las empresas de servicios financieros.

Efectivamente, se ha dado un proceso de descentralización geográfica de ciertos tipos de actividades financieras, animado por asegurar negocios en un número cada vez mayor de países que se integran a la economía global. Muchos de los principales bancos de inversión tienen operaciones en más países de lo que tenían hace 20 años. Lo mismo puede afirmarse para importantes servicios legales y contables y otros servicios corporativos especializados. Y puede decirse para algunos mercados: por ejemplo, en la década de los 80, todas las operaciones básicas de divisas a gran escala se realizaban en Londres. Hoy, éstas están distribuidas entre Londres y algunos otros centros (aún cuando el número de estos centros es mucho menor que el número de países cuya moneda se está negociando). Empero, estas tendencias no socavan los actuales patrones de concentración antes descritos.

Desde mi perspectiva, existen al menos tres razones que explican la tendencia hacia la consolidación de unos pocos centros antes que una dispersión masiva. He tratado ya, en términos generales, algunos de estos aspectos en la sección anterior referida a las hipótesis que organizan el modelo de la ciudad global.

La importancia de la conectividad social y las funciones centrales

Primero, mientras las nuevas tecnologías de telecomunicación efectivamente facilitan la dispersión geográfica de las actividades económicas sin perder la integración del sistema, también poseen el efecto de fortalecer la importancia de la coordinación central y de las funciones de control para las empresas y para los mercados¹⁰. Los principales centros tienen concentraciones masivas de recursos con tecnología de punta que les permiten maximizar los beneficios de las telecomunicaciones y manejar las nuevas condiciones para operar globalmente. Inclusive, los mercados electrónicos como el *NASDAQ* y *E*Trade* confían en co-

10 Un creciente número de mercados financieros tienen 'dueños' en la actualidad y son operados por aliados de las empresas –de ahí que estén sujetos a las funciones centrales de la administración.

merciantes y bancos ubicados en algún lugar, generalmente en un importante centro financiero.

Un hecho cada vez más evidente es que a fin de maximizar los beneficios de las nuevas tecnología de información, se necesita no solamente la infraestructura sino también una compleja combinación de otros recursos. Gran parte del valor agregado que estas tecnologías pueden producir para las corporaciones de servicios radica en las externalidades, y esto significa recursos materiales y humanos –edificios de oficinas con tecnología de punto, máximo talento y la infraestructura de redes sociales que maximice la conectividad.

Un segundo hecho que está emergiendo con claridad se refiere al significado de 'información'. Existen dos tipos de información que tienen importancia para estas operaciones. Uno de ellos son los datos, que pueden ser complejos pero vienen como información estandarizada, fácilmente disponible para estas empresas, como por ejemplo, los detalles de una privatización en un país en particular. El segundo tipo de información es más difícil de obtener porque no está estandarizada; requiere de interpretación/evaluación/criterio; implica negociar una serie de datos y una serie de interpretaciones de una combinación de datos con la esperanza de producir información de mayor nivel. El acceso al primer tipo de información es, ahora, global e inmediato gracias a la revolución digital. Pero, es el segundo tipo de información el que requiere una complicada combinación de elementos, no sólo técnicos sino también sociales –lo que se podría considerar como la infraestructura social necesaria para la conectividad global. Es este tipo de infraestructura social la que otorga un papel estratégico a los principales centros financieros y, más generalmente, a las ciudades globales.

En principio, la infraestructura técnica para la conectividad puede ser reproducida en cualquier lugar. Singapur, por ejemplo, tiene conectividad técnica comparable con aquella de Hong Kong, ¿pero tiene la conectividad social de Hong Kong? Probablemente podríamos decir lo mismo para Frankfurt y Londres. Cuando complejas formas de información necesarias para ejecutar importantes transacciones internacionales no pueden obtenerse de las bases de datos existentes –sin importar el precio- entonces se necesita la esfera de información social y las correspondientes inferencias e interpretaciones de facto que se dan con la información que se comparte entre gente de talento e informada¹¹. El

11 Por ejemplo, es la importancia de este insumo la que ha dado un nuevo valor a las agencias de calificación de crédito. Parte de la clasificación tiene que ver con interpretación e inferencia. Cuando esta interpretación se hace 'autoritativa' se convierte en 'información' disponible para todos.

proceso de convertir inferencias-interpretaciones en 'información' requiere una combinación de talento y recursos¹². En pocas palabras, los centros financieros proporcionan el conocimiento y la conectividad social que permite a una empresa o mercado maximizar los beneficios de su conectividad tecnológica.

Redes internacionales

El sistema financiero global ha alcanzado niveles de complejidad que requieren la existencia de una red internacional de centros financieros para servir a las operaciones del capital global. Esta red de centros financieros será cada vez más diferente de las versiones anteriores del 'sistema financiero internacional'. En un mundo de sistemas financieros nacionales en su mayor parte cerrados, todos los países duplicaban la mayoría de las funciones necesarias para sus economías. La colaboración entre los diferentes mercados financieros nacionales consistía usualmente solo en la ejecución de una serie de operaciones ya dadas en cada uno de los países involucrados, tanto en cámara de compensación como en pagos. Con pocas excepciones, tales como los mercados *off shore* y algunos de los grandes bancos, el sistema internacional consistía de una cadena de sistemas domésticos cerrados. La integración global de los mercados lleva a la eliminación de varios sistemas redundantes y hace que la colaboración sea un asunto mucho más complejo, un asunto que tal vez tenga el efecto irónico de aumentar la importancia de los principales centros financieros.

Este hecho ha traído consigo una nueva clase de 'fusión' —aquellos mercados financieros conectados internacionalmente. Las dos formas más importantes son la consolidación de redes electrónicas que conectan un número muy selecto de mercados y la formación de alianzas estratégicas entre los mercados financieros. La Bolsa de Opciones de Chicago estaba conectada con la Bolsa de

12 El manejo del riesgo, por ejemplo, que cada día se hace más importante con la globalización debido a la creciente complejidad e incertidumbre que es el resultado de operar en diversos países y mercados, requiere un enorme refinamiento de las operaciones centrales. Todos sabemos que muchas, si no todas, de las mayores pérdidas en transacciones financieras durante la última década han involucrado error humano o fraude. La calidad del manejo del riesgo dependerá en gran parte de los altos mandos de una empresa antes que simplemente de condiciones técnicas, tales como la vigilancia electrónica. En la actualidad se considera como algo más efectivo, en general, la consolidación de las operaciones de manejo del riesgo en un sitio, usualmente el sitio central de la empresa. Hemos visto esto en el caso de algunos bancos importantes: Chase y Morgan Stanley Dean Witter en los Estados Unidos, Deutsche Bank y Credit Suisse en Europa.

Futuros de Frankfurt y la Bolsa Mercantil de Chicago estaba conectada al Mercado Internacional de Futuros de Francia en París. La Bolsa de Valores de Nueva York está considerando conectarse con bolsas en Canadá y América Latina y ha entrado en negociaciones con la Bolsa de París. La Asociación Nacional de Corredores de Valores adquirió la Bolsa de Valores de los Estados Unidos en junio de 1998. Esto ha producido otras combinaciones, como la posible fusión de la Bolsa de Opciones de Chicago y la Bolsa del Pacífico. *NASDAQ* está manteniendo similares conversaciones con Frankfurt y Londres. Tal vez la iniciativa más espectacular fue la ahora fallida conexión entre la Bolsa de Valores de Londres y la Bolsa Alemana de Frankfurt en el verano de 1998, realizada con el fin de atraer a las 300 principales empresas de toda Europa. París reaccionó proponiendo que algunas de las otras importantes bolsas en Europa deberían crear una alianza alterna, que ahora se ha formado.

Estos hechos evidencian una importante segunda tendencia que determina, de muchas maneras, la era global actual. Estos centros no sólo compiten entre ellos, sino que existe una colaboración y división del trabajo. En el sistema internacional de las décadas de la post-guerra, el centro financiero de cada país cubría, en principio, el universo de las funciones necesarias para dar servicio a sus compañías y mercados nacionales. Por supuesto que el mundo de las finanzas era mucho más simple entonces de lo que es en la actualidad. En las fases iniciales de la desregulación de los años 80, existió una fuerte tendencia a considerar la relación entre los principales centros como de competencia directa (por ejemplo, entre Nueva York, Londres y Tokio). Sin embargo, en mi investigación de estos tres centros, encontré clara evidencia de una división del trabajo. Lo que estamos presenciando en la actualidad es inclusive un tercer patrón en el cual esta cooperación o división de funciones está institucionalizada de alguna manera: alianzas estratégicas no solo entre empresas internacionales sino también entre mercados. En suma, existe competencia, colaboración estratégica y jerarquía.

Programas y elites desnacionalizados

En tercer lugar, la identidad y vínculos nacionales se están debilitando para estos actores globales y sus clientes. Así vemos que los principales bancos de inversión de los Estados Unidos y Europa han establecido oficinas especializadas en Londres para manejar varios aspectos de sus negocios globales. Inclusive los

bancos franceses han establecido algunas de sus operaciones globales especializadas en Londres, un hecho inconcebible hasta hace unos pocos años y todavía no manifestado abiertamente en la retórica nacional de ese país.

La desregulación y la privatización han debilitado además la necesidad de centros financieros 'nacionales'. La cuestión de la nacionalidad simplemente funciona de manera diferente en estos sectores de lo que fue el caso hace apenas una década: desde los mercados nacionales se puede acceder a los productos financieros globales y los inversionistas nacionales pueden operar en los mercados globales.

Es interesante anotar que los bancos de inversión solían dividir sus equipos de analistas por país a fin de cubrir un mercado nacional; en la actualidad lo hacen más por sector industrial. (Ver, por ejemplo *Latin American Finance*, varios ejemplares).

En mi libro *¿Perdiendo Control?*, describo este proceso como la incipiente desnacionalización de ciertos sectores institucionales. Pienso que dicha desnacionalización es una condición necesaria para la globalización económica como la conocemos en la actualidad. La sofisticación de este sistema radica en el hecho que solamente necesita involucrar áreas institucionales estratégicas –la mayoría de los sistemas nacionales pueden permanecer básicamente inalterados. Las empresas japonesas que operan en el exterior adoptaron estándares de contabilidad internacionales mucho antes de que el gobierno japonés pensara en requerirlos. A este respecto, el aspecto organizacional de la globalización es totalmente diferente al de los mercados globales del consumidor, en los cuales el éxito consiste en cambiar los gustos a escala nacional en una forma masiva.

Las ciudades globales producen una nueva 'subcultura'. La gran resistencia presentada por largo tiempo en Europa a las fusiones, especialmente a las muy agresivas, o la resistencia a la propiedad y control extranjero en el este del Asia, evidencian una cultura nacional de negocios, que es de alguna forma incompatible con el nuevo carácter distintivo de la economía global. Yo plantearía que las grandes ciudades contribuyen a desnacionalizar las elites corporativas. No se trata de que esto sea bueno o malo, sino que considero que es una de las condiciones para establecer los sistemas y 'subculturas' necesarias para un sistema económico global.

Conclusión

La globalización económica y las telecomunicaciones han contribuido a producir una espacialidad de lo urbano que oscila entre redes transnacionales parcialmente desterritorializadas y localidades territoriales con masivas concentraciones de recursos. Este no es un aspecto totalmente nuevo. A través de los siglos, las ciudades se han encontrado en las encrucijadas donde se producen importantes procesos de alcance mundial. Lo que difiere en la actualidad es la intensidad, complejidad y alcance global de estas redes; el punto hasta el cual porciones significativas de las economías están ahora desmaterializadas y digitalizadas dando como consecuencia el que ellas puedan viajar a grandes velocidades a través de algunas de estas redes; y en tercer lugar, el número de ciudades que son parte de las redes internacionales que operan a vasta escala geográfica.

La nueva espacialidad urbana producida de esta manera es parcial en un doble sentido: constituye solo parte de lo que sucede en las ciudades y de lo que representa la ciudad y, por otro lado, se instala solo en parte del espacio urbano. Esto puede entenderse en términos tan diversos como aquellos de los límites administrativos de una ciudad, o en el sentido del imaginario público de la misma. Además, algunas formas de esta nueva espacialidad urbana operan en la actualidad a escala regional.

Bibliografía selecta

Abu-Lughod, Janet L.

1999 *New York, Los Angeles, Chicago: America's Global Cities*. Minn: University of Minnesota Press.

Arrighi, Giovanni

1994 *The Long Twentieth Century. Money, Power, and the Origins of Our Times*. London: Verso.

Braudel, Fernand

1984 *The Perspective of The World- Vol.III*. London: Collins.

Brotchie, J. y M. Barry, E. Blakely, P. Hall, y P. Newton, eds.

1995 *Cities in Competition: Productive and Sustainable Cities for the 21st Century*. Melbourne: Longman Australia.

Burgel, Galia y Guy Burgel

1996 "Global Trends and City Politics: Friends or Foes of Urban

- Development?" Pp. 301-335 en Cohen et al. (eds) op. cit.
- Castells, M.
1989 *The Informational City*. London: Blackwell.
- _____
1996 *The Networked Society*. Oxford: Blackwell
- Ciccolella y Mignaqui
2001 "Buenos Aires", Saskia Sassen, op.cit. (2001b). New York and London: Routledge.
- Cohen, Michael A., Blair A. Ruble, Joseph S. Tulchin, Allison M. Garland (eds).
1996 *Preparing for the Urban Future. Global Pressures and Local Forces*. Washington D.C.: Woodrow Wilson Center Press. (Distributed by the Johns Hopkins University Press).
- Friedmann, John
1995 "Where we stand: A decade of world city research." En Knox and Taylor (eds) op. cit. pp. 21-47.
- _____ y G. Wolff
1982 "World City Formation: an agenda for research and action." *International Journal of Urban and Regional Research*, 6: 309-344.
- Graham, Stephen y Simon Marvin
1996 *Telecommunications and the City: electronic spaces, urban places*. London: Routledge.
- Gravesteijn, S.G.E., S. van Griensven y M.C. de Smidt (ed).
1998 *Timing global cities, Nederlandse Geografische Studies*, 241. Utrecht.
- Hall, Peter
1966 *The World Cities*. New York: McGraw Hill.
- Hall, Peter
1998 *Megacities, Global Cities, Technopolis*.
- Hitz, Keil, Lehrer, Ronneberger, Schmid, Wolff (eds).
1995 *Capitales Fatales*. Zurich: Rotpunkt Verlag.
- King, A.D.
1990 *Urbanism, Colonialism, and the World Economy. Culture and Spatial Foundations of the World Urban System*. The International Library of Sociology. London and New York: Routledge.
- Paul L. Knox y Peter J. Taylor (eds).
1995 *World Cities in a World-System*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.

- Kunzmann, K. R.
1994 "Berlin im Zentrum europaeischer Staedtnetze." Pp. 233-246
Werner Suss (ed) *Hauptstadt Berlin. Band 1: Nationale
Hauptstadt Europaeische Metropole*. Berlin: Berlin Verlag.
- Mozere, Liane, Peraldi, Michel, y Rey, Henri (ed).
1999 *Intelligence Des Banlieues*. La Tour d'Aigues: Editions de l'Aube.
- Olds, Kris, Peter Dicken, Philip F. Kelly, Lilly Kong y Henry Wai-Chung
Yeung (ed).
1999 *Globalization and the Asian Pacific: Contested Territories*. Lon-
don: Routledge.
- Parnreiter
2001 "Mexico City" en Saskia Sassen, op.cit. (2001b), New York
and London: Routledge.
- Peraldi, Michel y Evelyne Perrin (eds).
1996 *Reseaux Productifs et Territoires Urbains*. Toulouse: Presses Uni-
versitaires du Mirail.
- Sachar, A.
1990 "The global economy and world cities." pp. 149-60 en A.
Sachar y S. Oberg (eds) *The World Economy and the Spatial
Organization of Power*. Aldershot: Avebury.
- Santos, Milton; Souze, Maria Adelia A. De, y Silveira, Maria Laura (ed).
1994 *Territorio Globalizacao e Fragmentacao*. Sao Paulo: Editorial
Hucitec.
- Sassen, Saskia
1996 *Losing Control? Sovereignty in an Age of Globalization*. Colum-
bia University Press.
-
- 2000 *Cities in a World Economy*. California: Pine Forge Press/Thou-
sand Oaks London, New Delhi (Edición actualizada; original-
mente publicada en 1994).
-
- 2001a *The Global City: New York, London, Tokyo*. Princeton Univer-
sity Press. (Edición actualizada; originalmente publicada en
1991). (Traducción castellana en Eudeba, Buenos Aires, 2001).
-
- 2001b *Cities and their Cross-Border Networks*. New York and London:
Routledge.

- Schiffer, Sueli Ramos
2001 "Sao Paulo", en Saskia Sassen, op.cit. (2001b) New York and London: Routledge.
- Short, John R. and Y.Kim
1999 *Globalization and the City*. Essex: Longman.
- Scott, A.J., ed.
2000 *Global -City Regions*. Oxford: Oxford University Press.
- Stren, Richard
1996 The Studies of Cities: Popular Perceptions, Academic Disciplines, and Emerging Agendas. pp. 392-420 in Cohen et al. (eds), op.cit.
- Veltz, Pierre.
1996 *Mondialisation Villes et Territoires: L'Economie d'Archipel*. Paris: Presses Universitaires de France

El ecúmene global como paisaje de la modernidad

Ulf Hannerz*

La teoría de la modernización en la versión de hace unos treinta o cuarenta años - es decir, en los años cincuenta y sesenta- no resultaba muy atractiva para los antropólogos en comparación con lo que ocurría con otros científicos del campo social. Esta teoría partía de la premisa, más o menos etnocéntrica, de un único camino hacia el progreso, con tendencia dominante hacia las abstracciones analíticas tanto desde el punto de vista psicológico como estructural. Todo esto no resultaba atractivo para aquellos que estaban dispuestos a valorar la diversidad cultural por derecho propio, y que se especializaban en su descripción, análisis y teorización. Dejando aparte lo que acabo de decir, es cierto que incluso hoy, cuando el concepto de modernidad ha vuelto poco más o menos al centro del pensamiento social, todavía puede parecernos poco manejable como un todo y sometido, mucho más que otros conceptos, a las tensiones entre los usos analíticos y los usos retóricos.

Pero los tiempos actuales nos invitan a ver la modernidad -por lo menos bastante más que hasta ahora- desde el punto de vista de lo cultural; y algunos de los comentaristas más importantes sugieren que la modernidad, en sus manifestaciones concretas, puede implicar tanto la continuidad como el cambio.

S. N. Eisenstadt -*decano* de los sociólogos teóricos- es uno de ellos. Eisenstadt ha tenido la suerte de ser testigo de los cambios que han ocurrido en el pensamiento sobre la modernidad y la modernización a lo largo de los años; pero no sólo esto, sino que además ha participado activamente en la historia de estas ideas. En sus escritos recientes (v.g. 1987, 1992), ha defendido la vuelta a lo que podríamos describir como una comprensión de la expansión de la modernidad, que atiende a la civilización, a la historia y a la difusión. Esta civilización, que tiene su origen en Europa, se ha extendido al resto del mundo; y en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, llegó a abarcarlo prácticamente por completo.

* En: Ulf Hannerz, *Conexiones transnacionales. Cultura, gente, lugares*. Cátedra Ediciones-Universitat de Valencia, Madrid, 1998, Cap. 4, pp. 77-95.

La cristalización de esta nueva civilización comparte algunos aspectos con algunos fenómenos históricos anteriores (la expansión de las grandes religiones y de los grandes imperios). Sin embargo, es mucho más compleja y su impacto abarca un espectro mucho más amplio ya que compagina dimensiones ideológicas, económicas y políticas, y quizá otras. Eisenstadt subraya que no hay que entender la naturaleza de esta expansión global como si fuera un asunto exento de complicaciones. Cuando la civilización de la modernidad entra en contacto con otras culturas, se producen cambios y refracciones que unas veces nos la muestran como una civilización cada vez más diversa internamente, y otras, como múltiples modernidades.

Podemos valorar este enfoque general (y quizás encontrar paralelismos en las obras de los antropólogos de la generación anterior que estaban embarcados en el estudio comparativo de las civilizaciones y de los procesos históricos a gran escala, relacionados a su vez con la expansión cultural)¹. Con todo, el trabajo teórico nunca se puede dar por acabado; siempre hay nuevas ideas, replanteamientos y cosas desconocidas que nos están esperando a la vuelta de la esquina. Los antropólogos que disfrutaban recordando que la difusión era el hazmerreír de las clases teóricas -la última referencia la encontramos en los heliocentristas británicos y en el *Kulturkreislehre* de Viena, en los años veinte poco más o menos- puede que se sientan algo inquietos al descubrir que la globalización nos lleva de nuevo al tema de la difusión y que incluso otros colegas han continuado trabajando en este tema².

Hay, además, otros muchos conceptos básicos que parecen reclamar un examen más preciso. Mi condición de escandinavo me hace sentir bastante a mis anchas con el concepto que Eisenstadt tiene de la modernidad. No pretendo justificar sus detalles, pero, en mi opinión nos muestra unas sociedades con unas élites ciudadanas (y a veces contra-élites) que otorgan a los ideales de modernidad una capacidad de actuación que

¹ Pienso principalmente en la obra de Kroeber y Redfield.

² Pero puede que las Ideas de los antiguos difusionistas no sean tan irrelevantes para el pensamiento contemporáneo como creíamos hasta ahora. Véase Vincent (1990: 125): "Lo que distinguía a los difusionistas como Rivers, Hocart, Wheeler, Perry y Elliot Smith, era que insistían, sin posibilidad de transigencia, en que la antropología estudiase no sólo a los pueblos primitivos o salvajes sino al mundo entero, antiguo y moderno, con toda su complejidad histórica." (Strathem 1995: 24) en su discurso inaugural en la Universidad de Cambridge, observa que, debido a que vuelve a haber un interés por la tecnología y la cultura material y que el interés por la globalización revitaliza la difusión, a veces tenemos la impresión que en el terreno de la antropología "estamos más próximos a los comienzos de siglo que al periodo medio". Pero señala que esos intereses de los inicios hay que reconducirlos y encaminarlos hacia los de finales de siglo, a través del interés por las relaciones sociales que había a mediados de siglo.

se combina con sus propias premisas, y lo hacen sin ser muy conscientes de las diferencias culturales; y si ha habido alguna consideración en este sentido, quizá no haya sido más que una reacción retrospectiva. Pero no por ello la especificación cultural es menos real. Por otra parte, las élites en cuestión controlan una maquinaria organizativa de amplio espectro, con fuerza suficiente para que la comprensión que ellas tienen de la modernidad se infiltre en la vida cotidiana de los ciudadanos de a pie. Todo esto nos puede hacer pensar en 105 países escandinavos y su marcha por la modernidad durante, digamos, la primera mitad del siglo XX³.

Precisamente esto es lo que puede hacerme pensar una vez más en la conceptualización -pues sospecho que no todo el mundo es Escandinavia y, como nativo de estas tierras, tengo experiencia en cuanto a los aspectos engañosos de los términos que estamos barajando. (En Suecia, y desde hace mucho tiempo, la expresión "sociedad fuerte" quiere decir un estado fuerte; y "la sociedad tiene que hacer algo" quiere decir que el estado tiene que estar obligado a intervenir.) (Eisenstadt 1992: 414-415) dice que, por un lado, "la construcción de los límites de los sistemas colectivos y sociales, y sobre todo los políticos, es un componente o aspecto básico de la vida social humana"; pero, por otro, argumenta que estos límites tienden a ser frágiles, permeables y a depender de las épocas y los contextos. Lo que quiero hacer ahora es considerar, una vez más, la cuestión de los límites de las entidades sociales y culturales frente al entorno de las interconexiones globales actuales, y el papel que tienen en la expansión de la modernidad.

Por otra parte, me ocuparé especialmente de una cuestión general: cómo la modernidad acompaña a la diferencia cultural. ¿En qué sentido el conjunto de las maneras de comprender la modernidad, y el manejo de significado que implican, canaliza el flujo cultural a través del ecúmene? ¿Cuáles son las diversas formas de entender la diferencia cultural que existen actualmente? En parte, todo esto es materia para una investigación pormenorizada de lo teórico y de lo cultural. No obstante -tal como apuntan

³ Véase, por ejemplo, Hannerz y Löfgren (1994: 205): "A diario, y cada vez más, el ciudadano se encuentra en el buzón un montón de mensajes, reclamaciones y obsequios del estado, explicándole cómo hacer la declaración de impuestos o cómo solicitar un préstamo para la casa, recordándole el código de circulación para el permiso de conducir, las revisiones médicas, encuestas escolares acerca de sus hijos con respuestas modelo, etc. Resulta que las personas comparten nuevas identidades y rutinas y viven escenarios similares, tanto si son ciudadanos adultos en una residencia de la tercera edad como si son niños que van a la guardería. Durante los últimos cincuenta años el estado ha proporcionado gran parte de la nueva estructura de la vida cotidiana... Este proceso ha producido un hábito nacional más que una retórica nacional". Según el enfoque que se expone a continuación, este aparato estatal es el que construye los rasgos importantes del hábitat moderno

algunos teóricos-, la reflexión es un aspecto primordial de la modernidad; y las ciencias sociales, en su continuo examen de la práctica y del discurso, tal vez avancen soslayando la vida normal y corriente -los académicos sólo un paso por delante del ciudadano de a pie (v.g. Giddens 1990: 36 y ss.). A veces ni siquiera eso. Creo que este embrollo de reflexiones quedará claro a continuación.

La modernidad en Malabo

La etnografía me prestará algunos materiales que necesito para ilustrar al menos una parte de lo que quiero decir. No se trata de antropología académica, sino del libro titulado: *Tropical Gangsters: One Man's Experience with Development and Decadence in Deepest Africa* (1990). Se trata del relato de Robert Klitgaard, un economista americano del desarrollo, sobre su experiencia de vida y de trabajo durante dos años y medio en Guinea Ecuatorial, una pequeña república africana. Creo que el título procede de una melodía de Kid Creole and the Coconuts, y el libro trata de una manera muy personal y atractiva la interacción de Klitgaard con la administración ecuatoguineana, su participación en la vida nocturna y en la cultura popular de la capital -Malabo- y su búsqueda, como surfista empedernido, de la ola perfecta a lo largo de toda la costa.

Elegí el libro de Klitgaard porque ofrece una visión de una muestra del ecúmene global, que se extiende, y no menos a través del autor, desde el centro de este ecúmene hasta una de las periferias más distantes. Klitgaard había sido miembro del Kennedy School of Government en la Universidad de Harvard; había escrito un libro sobre cómo elegir las élites y otro sobre el control de la corrupción. Estaba en Guinea Ecuatorial trabajando en un proyecto patrocinado por el Banco Mundial "para rehabilitar la infraestructura maltrecha del país y para poner la economía en marcha". Según explica Klitgaard, las cuatro quintas partes de la población viven de la agricultura. El cacao ha sido el único producto exportable importante, pero ha decaído después de la época colonial; de modo que puede haber un proceso de desglobalización en marcha.

La imagen que el mundo exterior tiene de este país es en extremo desfavorable. Después del dominio colonial español, el país se vio sometido a una de las dictaduras más brutales y crueles de África, sólo que menos conocida que otras. La dictadura fue derrocada, pero al frente del nuevo régimen estaba el sobrino del anterior tirano y su reputación no era mejor que la de su tío. Parecía que Guinea Ecuatorial estaba situada en los suburbios de la modernidad. Los teóricos que consideran la "confianza en los sistemas abstractos" como una de las características centrales de la vida moderna, y que

ven el sistema bancario como un claro ejemplo, quizá tomen nota del informe de Klitgaard sobre la situación que se produjo en Malabo cuando quebró el banco local:

La gente honrada no puede retirar sus ahorros ni sacar dinero de su cuenta corriente. No se pueden pagar los impuestos. Como consecuencia, los negocios renquean y el gobierno va a rastras. Ahora bien, hay una sucursal francesa que está abierta y te cambia los *travelers* o te abre una cuenta que realmente funciona, cargándote una comisión abusiva. Mal asunto si necesitas divisas [...] cuando buscaba francos franceses para un viaje a Europa, el banco me dijo sencillamente que no tenía bastante reserva de divisas y que no podía ayudarme.

(Klitgaard 1990: 2.)

Durante el día, y a veces por la tarde, Klitgaard trabajaba con los funcionarios de la administración estatal, o trataba (lo intentaba y lo volvía a intentar) de fijar una hora para una entrevista. Entre sus colaboradores estaban Don Bonifacio, Ministro de Economía, licenciado en económicas en España, y Don Constantino, Ministro de Planificación, que se había especializado en la reparación de maquinaria pesada en la Unión Soviética. Otro de ellos era Don Milagroso; tenía fama de ser el director más joven del mundo de un banco central y de tener "misteriosas fuentes de poder" en cierto modo relacionadas con la brujería. En la administración central había muy pocos ecuatoguineanos con una formación profesional y, en conjunto, no había muchos en todo el país que la tuvieran; a éstos era más fácil encontrarlos en Madrid que en Malabo.

Por otra parte, resulta que había en la ciudad una población bastante considerable y variada de expertos expatriados, la mayoría sudamericanos -probablemente procedentes de países de lengua española-. Los ecuatoguineanos tenían sus dudas acerca de estos extranjeros, y algunos de esos expertos se mostraban a su vez escépticos respecto a los otros expertos: "Planean un montón de proyectos descabellados cuyo principal objetivo es darles un empleo a ellos y a otros como ellos" (Klitgaard 1990: 77).

Más tarde, o a la hora de comer, Klitgaard iba a veces al restaurante "Beirut". Las gallinas andaban sueltas y correteaban entre las mesas protegidas por grandes sombrillas con anuncios de cerveza Kronenbourg; el tocadiscos alternaba entre una guitarra eléctrica africana, lamentos libaneses y un viejo álbum de Abba. Después, tal vez, iba a alguna fiesta donde había más música. Klitgaard le había enseñado a Maele, la estrella número uno del rock de Guinea Ecuatorial, una canción antigua de Creedence Clearwater Revival, y ahora se había convertido en una melodía local -"Oh, Señor, estoy

atrapado otra vez en Malabo". Maele quería dos solos instrumentales uno al estilo occidental, tal como Klitgaard le había sugerido, y otro africanizado.

Uno de los funcionarios que trabajaban con Klitgaard desapareció durante un tiempo. Cuando reapareció, resultó evidente que lo habían encarcelado y torturado, siguiendo un método conocido localmente como "Etiopía" -durante la dictadura anterior, el gobierno revolucionario y fraterno de este país les había cedido a sus instructores para que lo instauraran. Corrían rumores de que había malestar político. Al parecer, el poder real del país estaba en manos del clan Mongomo, del pueblo de los Fang, situado en una región alejada⁴. Los patriarcas del clan, en su ciudad de origen, tomaban la mayoría de las decisiones políticas importantes, favoreciéndose a sí mismos, a su clan y a su región. El presidente, igual que Don Constantino y Don Milagroso, era Mongomo. A veces otros ecuatoguineanos conspiraban contra el clan, pero parece que la inquietud que se respiraba en los círculos gubernamentales de Malabo procedía de las discordias internas entre los Mongomo. ¿Gángsteres tropicales -políticos locales voraces, imbuidos tal vez de ideologías importadas? ¿Empresas multinacionales? ¿Agencias de desarrollo con sus consultores nómadas? Parece que Klitgaard deja la cuestión abierta.

"Sociedad" y "Cultura"

Parece, pues, que Guinea Ecuatorial se encuentra en el margen de la modernidad. Sin embargo, lo que Klitgaard nos describe, y no menos el hecho de que el país esté involucrado en estructuras internacionales, nos permite una posición ventajosa para ver ese paisaje más amplio y relativamente abierto por el que actualmente se abre camino la modernidad; y nos permite, una vez más, pensar acerca de las herramientas conceptuales con las que intentamos dibujarla. Para expresar la visión de la modernidad como un complejo de civilizaciones, que se extiende globalmente, que afecta a la cultura de un número cada vez mayor de sociedades y que al mismo tiempo adquiere otra forma en esos lugares, sobre todo a través de la acción de las élites sociales (y de las contra-élites), utilizamos un vocabulario que es convencional en las ciencias sociales desde hace mucho tiempo. Pero ¿qué representan los términos "sociedad" y "cultura" hoy día en términos generales y en el contexto actual de Guinea Ecuatorial?

⁴ Incluso dentro de los modelos generalizados del África postcolonial, Guinea Ecuatorial destaca como un estado de construcción artificial. Consta básicamente de una franja en la costa de África Central y una Isla (la antigua Fernando Poo actualmente Bioko) en el Atlántico, más próxima a Nigeria y a Camerún. Malabo está en la isla, mientras que los Fang proceden de la zona continental.

Vuelvo a algunas cuestiones planteadas en el capítulo 2. La idea de que las "sociedades" existen como unidades relativamente autónomas, como totalidades sistemáticas que ejercen una poderosa influencia sobre sus partes, y que esas "sociedades" pueden identificarse con naciones-estados es propiamente una concepción bastante moderna, que actualmente se considera cada vez más problemática (vease Giddens 1987: 32 y ss; Wallerstein 1991: 64 y ss; Bauman 1992: 56 y ss) No todos los estados son naciones-estado en sentido estricto (y Guinea Ecuatorial parece ser un buen ejemplo de ello). Vuelve a haber un interés por el factor agente, y esto, al menos, recalifica la visión de la sociedad como un sistema; además, los que escriben sobre globalización y sobre el sistema mundial sostienen que, debido a las crecientes interconexiones de diversos tipos, las naciones-estado son cada vez menos satisfactorias como unidades de análisis⁵.

Si, por un lado, evito la compañía de los abolicionistas thatcheristas por lo que respecta al concepto de "sociedad" en su forma abstracta singular, por otro, y por las mismas razones, me inclino a ser más escéptico con respecto a la expresión en plural. Por mucho que uno esté de acuerdo con Eisenstadt en que la construcción de límites es un ingrediente básico en la vida humana y en que las entidades políticas juegan un papel importante en ello, la idea misma de la modernidad como civilización expansiva parece entrar en conflicto, en cierto modo, con la de unidades delimitadas de manera distintiva. Un sentido claro de qué es lo que penetra, atraviesa o sustituye esos límites, tiene que ser, como mínimo, un complemento importante para comprender cómo funcionan internamente esas unidades, sea cual sea su funcionamiento. Obviamente, no quiero decir con esto que haya que descartar o subestimar el papel de los estados en la organización del ecúmene global -un escandinavo probablemente no lo haría. Más bien, el punto está en llamar a cada cosa por su nombre- una pala, es una pala. Cuando lo que está en juego es la relación específica entre los aparatos del estado (más que las "sociedades") y los territorios y las personas que hay en ellos, eso es exactamente lo que debemos decir.

¿Qué ocurre con las alternativas conceptuales? En el capítulo 2 he hecho referencia a la propuesta de Zygmunt Bauman (1992: 190-191): el "hábitat" en que el factor agente opera podría tomarse como una idea clave para una renovación de la teoría social. Puede que nos sorprenda la resonancia metafórica que se establece con la noción del ecúmene global entendido como un paisaje abierto. El hábitat ofrece a la vez recursos

⁵ El debate de Smelser (1992) sobre la internacionalización esclarece este punto.

y limitaciones; al definirlo, se hace referencia a agentes concretos, de modo que los hábitats de agentes diferentes pueden solaparse, más o menos, dentro del paisaje considerado como un todo; y el hábitat es emergente y transitorio. No está vinculado por definición a un territorio concreto. El grado real de vinculación dependerá de la conducta de los agentes implicados. Para expresarlo en términos más sociológicos, se podría decir que el hábitat de un agente consiste en una red de relaciones directas e indirectas, que se extienden por dondequiera que se extiendan, dentro o más allá de los límites nacionales⁶.

Como hemos visto en el capítulo anterior, también el concepto de cultura está sometido a reconsideración; y en el tema que ahora nos ocupa también hay abolicionistas. Son especialmente críticos con la importancia que se da a los límites y a la diferencia. Como alternativa, una vez más, podemos pensar que hay como un fondo común de cultura que más o menos se comparte dentro del ecúmene global; y entonces podemos considerar como una cuestión abierta la forma en que los individuos o los diferentes tipos de colectividad montan sus repertorios concretos a partir de este fondo común. Es decir, los agentes (y repito un punto que he tratado en el capítulo 2) también tienen sus hábitats de significados y de formas significativas; sus propias perspectivas de trabajo, con unos horizontes situados quizá a distancias diferentes.

Bajo este punto de vista, veamos ahora la descripción que Klitgaard hace de Guinea Ecuatorial -o más bien la descripción que hace de sí mismo y de los expatriados más o menos como él, y su interacción con ciudadanos ecuatoguineanos de diversa índole. El hábitat de Klitgaard no se restringe solamente al territorio del estado de Guinea Ecuatorial, a la gente de allí o a los significados locales a su alcance. En conjunto, pasa más de dos años en Malabo; pero sabemos que entretanto estuvo en Costa Rica, en la escuela de administración de empresas de América Central con el objetivo de dedicar unos meses a escribir, y que luego trabajó durante un par de meses en Bolivia, estuvo dos veces en Panamá para consultas, hizo su segundo viaje a Nicaragua en dos años, y terminó un libro sobre las élites en los países en desarrollo (Klitgaard, 1990: 52). Y lo que sin duda es aún más importante, su hábitat eran los despachos del Banco Mundial y las conexiones con el mundo académico de Estados Unidos, además de la familia y de los amigos de casa.

⁶ Para la noción de relaciones que utilizo aquí, véase Calhoun (1991, 1992) a la luz de lo que se expone en el capítulo 8.

Por otra, parte, en Malabo además de la conexión manifiesta con el Banco Mundial, Klitgaard formaba parte del hábitat de personas como Don Bonifacio y Don Constantino, los ministros. Los hábitats de estos dos habían incluido, al menos en otra época, instituciones y espacios locales en España y en la Unión Soviética, respectivamente, y era de suponer que esta circunstancia habría dejado alguna huella en sus repertorios culturales. Para Don Constantino y Don Milagroso, el director del banco de Malabo miembro del clan Mongomo, era con toda seguridad una parte significativa de su hábitat personal. En cambio, para Maele, la estrella de rock, las conexiones de Klitgaard con el Banco Mundial probablemente significaban muy poca cosa. Para él, Klitgaard era una fuente de conocimientos musicales y una ayuda para transformar una melodía de Creedence Clearwater Revival en una canción con un toque local. Sin embargo, y por supuesto, Maele para renovar su repertorio, no dependía exclusivamente de sus encuentros personales con expatriados ilustrados. Podrá ir, por ejemplo, al restaurante "Beirut" y escuchar el álbum de Abba.

Para el colectivo del clan Mongomo, el aparato del estado de Guinea Ecuatorial era, sin duda, un recurso importante en su hábitat emergente -un hábitat que se estaba ensanchando, desde el punto de vista espacial, desde su remota región de origen hasta Malabo, la capital, donde eran como extranjeros. Era una maquinaria que en cierto modo habían heredado del régimen colonial español. Sin embargo, para que les fuera útil, necesitaban tanto del Banco Mundial como de las técnicas violentas conocidas como "Etiopía". En cambio, ese mismo aparato estatal podía crear serios problemas (aunque imprevisibles y sólo presentes de manera intermitente) en el hábitat de otros ecuatoguineanos y, como consecuencia, a veces estos hábitats tenían que exiliarse a España.

Podríamos continuar trazando las conexiones y los entrecruces de los hábitats de la gente de Malabo y rastreando el alcance de estos hábitats lejos de allí, en el ancho mundo. Pero lo que me importa subrayar es que si las observamos de cerca, este tipo de conexiones consideradas en conjunto son las que convierten el ecúmene global contemporáneo en un paisaje abierto, a partir de las relaciones sociales y de los flujos de cultura. Pensar en algunas de ellas como "dentro de una sociedad" y en otras como "entre sociedades" puede que no nos ayude en absoluto si resulta que estos términos llevan una excesiva carga teórica.

Modernidad y Diferencia

Cuentan de un viajero que iba por Irlanda -no recuerdo de dónde saqué la historia ni tampoco estoy seguro de los detalles- que un día le preguntó a un lugareño que estaba junto al camino cómo podía llegar a un pueblo con un nombre gaélico de esos tan difíciles. El lugareño pasea la mirada por el entorno, piensa, se rasca la cabeza y le dice: "Sabe usted, no creo que pueda llegar desde aquí hasta allí."

La noción de cultura, en singular, como un fondo común global de significados y de formas significativas, sugiere que en principio, por lo menos, cualquier cosa cultural puede moverse desde un lugar cualquiera hasta otro lugar cualquiera, desde una persona cualquiera hasta otra persona cualquiera. Sin embargo, tal como sugiere la respuesta del irlandés, esta movilidad de las cosas culturales puede que en algunos casos sea excepcional, que se encuentre con diversos obstáculos y que no sea muy deseable. Entonces uno puede buscar principios que permitan una organización de la diversidad en donde no todo esté en todas partes.

Esto parece estar en la línea de lo que defiende el sociólogo Roland Robertson (1992: 34, 41): prestar más atención a la "metacultura". A mi modo de entender, este término sugiere que las personas tienden a apoyarse en algunas concepciones que son más englobadoras y de acuerdo con las cuales se interpretan y se organizan en la vida humana los materiales de las minucias culturales. Puede que estas concepciones no se detecten, que no estén directamente disponibles para reflexionar sobre ellas; o puede que los profanos o los especialistas reflexionen sobre ellas. Se entiende que estas concepciones metaculturales englobadoras no están "por encima de la cultura" sino que ellas mismas son necesariamente culturales, en cualquiera de los sentidos descritos en el capítulo 1; es obvio que tienen una relación con cualquiera de las concepciones de cultura "como un todo" se desarrollan y se aprenden en la vida social, y pueden variar.

Siguiendo en esta misma línea, lo que diría es que hay dos grandes metaculturas coexistentes y que, bien impulsando bien constriñendo el flujo cultural, desempeñan un papel en la globalización actual de la modernidad. Citaré a continuación algunos comentaristas recientes.

Por una parte, tenemos a los sociólogos David Strang y John W. Meyer (1993). Les interesa una comprensión general de las condiciones necesarias para la difusión de las prácticas sociales. En cierto modo, a ninguno de los dos les gusta el enfoque que se

centra únicamente en los aspectos de relación, según el modelo de las enfermedades infecciosas. No hay duda que la existencia y la relativa intensidad de las relaciones juega un papel importante en la difusión. (Por esto he subrayado, en parte, la noción del ecúmene global como un paisaje abierto y poblado con un sistema de redes bastante denso.) Pero, además, la comprensión que los participantes tienen de sí mismos y unos de otros, y las prácticas que están en juego, tienen una gran importancia para Strang y Meyer. Para que la gente haga suya una forma de hacer que otra persona muestra, tienen que tener una idea aproximada de cómo se ajustaría esa práctica en su propia vida; y puede que esto implique un análisis de las diferencias y semejanzas entre las respectivas situaciones, y de las diferencias y semejanzas entre ellos y el otro.

Strang y Meyer defienden que la teorización -obviamente una forma de reflexión- tiene un papel muy importante en la vida contemporánea. Las categorías abstractas y las relaciones que siguen un patrón, se formulan por medio de la teorización, elevándose así por encima del tumulto de la diversidad cotidiana. La teorización tiende a favorecer la semejanza por encima de la diferencia; no todo es totalmente único y singular, pero las situaciones, las prácticas y las personas más bien tienden a convertirse en ejemplos de una clase, en variaciones ligadas a un tipo ideal. Al hacerlo, la teorización estimula también la difusión, ya que los participantes se vuelven homogéneos aunque en distintos grados.

Esta teorización puede ocurrir a pequeña escala, a nivel interpersonal; pero lo que realmente importa es que también ocurre en el plano de las grandes instituciones y organizaciones. Strang y Meyer (1993: 500) señalan que el ejemplo más destacado "donde la teorización es clave para la construcción tanto de las unidades como de los elementos específicos, donde las teorizaciones parciales se articulan unas con otras, y donde una red de teorías congruentes forma un marco cultural hegemónico [...] es la modernidad misma".

De modo que aquí tenemos una metacultura contemporánea de gran importancia; una metacultura que subraya la semejanza. En la medida en que las teorías modernas favorecen un orden moral universal, un análisis científico y normalizado de las relaciones medios-fines y de la naturaleza, y una amplia visión ahistórica de la naturaleza humana y de la sociedad, los participantes se construyen en torno a estos enfoques para que resulten más parecidos unos a otros. En la modernidad las cosas correctas, al menos, pueden ir desde un lugar cualquiera hasta otro lugar cualquiera (aunque la tendencia es desde el centro hacia la periferia). Una vez establecida firmemente la premisa de que la

vida social se ha de organizar en torno a las nociones de progreso y de justicia, y que los seres humanos tienen que ser autónomos, racionales y ciudadanos deliberadamente individuales, entonces surge una amplia gama de otras cosas que parecen derivarse lógicamente de lo anterior y que al mismo tiempo consiguen el respaldo de las organizaciones para una mayor expansión. Sin embargo, y por supuesto, no se trata de un proceso sencillo en el que la premisa general aparecería primero, plenamente desarrollada, y a continuación seguirían los casos específicos. Lo que ocurre, más bien, es que a medida que estos últimos se acumulan, el principio general se alimenta de ellos y establece su fuerza.

Al final, Strang y Meyer llaman la atención sobre una anomalía. La modernidad celebra al actor autónomo y competente. Sin embargo, son esta autonomía y esta competencia las que tienden a estar sometidas a las fuerzas modernas de la generalización a través de la difusión. De una forma un tanto paradójica, tal vez podríamos decir que lo que aquí vemos es la difusión de una idea en evolución: la concepción metacultural de la modernidad, tal como la describen Strang y Meyer, parece más bien la de la teoría de la modernización de hace unas décadas en vez de la que presenta Eisenstadt, cuya teoría es el punto de partida de este capítulo.

Por otra parte, veamos cómo dos antropólogos de Chicago identifican otro tipo de metacultura. Marshall Sahlins (1993), interesado desde hace mucho en la formación cultural de la razón, se apoya en Terence Turner, igual que Turner (1993) se apoya en Sahlins⁷. Si los teóricos de la modernidad (como Anthony Giddens por ejemplo) han hecho hincapié en la discontinuidad, y alguien como Eisenstadt ha tratado de combinar la continuidad con la discontinuidad en una sola visión, parece que a Sahlins, después de todo, le interesa más la continuidad cultural y la diversidad. Lo que defiende es que dado que la cultura occidental es tan obvia para nosotros -para los que pertenecemos al mundo occidental-, nos inclinamos a pensar que nuestra "razón práctica" es algo que está más allá de la cultura. Los demás tienen también su razón práctica; en sus dialectos culturales particulares, igual que nos ocurre a nosotros. Cuando tienen nuevos recursos a su alcance, como consecuencia por ejemplo de nuevas conexiones globales, tienden a apoyarse en sus propias tradiciones para razonar si un cambio puede ser aceptable o deseable.

⁷ Robertson (1992: 34) también hace referencia a Sahlins (1985) cuando discute la metacultura.

De este modo la cultura continúa, se adapta a nuevas circunstancias. En las tierras altas de la Papúa de Nueva Guinea, esto puede traducirse en más fiestas del cerdo, o en una nueva casa para los hombres. El incentivo "no [es] convertirse en algo exactamente igual a nosotros sino más bien a ellos" (Sahlins 1993: 17). Si revisamos la historia de los países alejados de Occidente, no fue la llegada del Primer Hombre Blanco lo que comportó una ruptura sino el establecimiento del poder colonial, porque representaba una pérdida de control. Pero lo que había era dominio, no hegemonía, ya que el estado colonial hacía continuas concesiones a las particularidades culturales del lugar.

De modo que puede haber diferentes establecimientos culturales⁸. Sin embargo, ahora somos testigos de otro paso más -y creo que esto es lo que Sahlins quiere decir. Por todas partes la gente manifiesta un nuevo grado de conciencia en lo que respecta a la cultura; y en este contexto, significa poner un acento especial de la diferencia. Algunas cosas no debieran llegar hasta aquí, y otras, sin lugar a dudas, debieran quedarse donde están. Sahlins toma nota de lo que observa Turner (1991) a finales de los años ochenta en la selva tropical de Brasil: los indios Kayapo, que por lo demás eran monolingües en su propia lengua materna, utilizaban el término portugués cultura cuando se referían a las costumbres tradicionales. Además, esta conciencia de sí mismos se integraba en un intento desafiante para mantener su autonomía frente al estado y al mundo que los rodeaba. De modo que vemos "la formación de un Sistema Mundial de culturas, una Cultura de culturas" (Sahlins 1993: 19).

Cuando Turner habla de esto (1993: 24), advierte que aquí hay una transformación histórica importante. La Cultura como una categoría universal, diferente de, pero incluyendo culturas específicas, se ha convertido precisamente en una "metacultura" -vuelve a aparecer este término. Es un "espacio de derechos colectivos para la autodeterminación", "una fuente de valores que pueden convertirse en activos políticos, a la vez como base de partida para la solidaridad y la movilización del grupo en el ámbito interior, y como petición de respaldo a otros grupos, a otros gobiernos y a la opinión pública de todo el mundo en el ámbito exterior". Turner lo explica en el contexto del crecimiento del multiculturalismo y de la política de identidad en Estados Unidos, otro de los escenarios para esta metacultura donde la diferencia es una premisa en sí misma⁹.

⁸ Véase Dahl y Rabo (1992), en cuanto a otras opiniones sobre este tema.

⁹ Del mismo modo, Robertson (1992: 83) observa que el crecimiento del ámbito de los estudios culturales parece estar en la misma línea que el punto de vista de Wallerstein (1990) sobre la cultura, entendida como un campo de batalla ideológico del sistema mundial.

Los espacios de los compromisos metaculturales

Las metaculturas de la diferencia y de la modernidad (donde modernidad sugiere semejanza) se distribuyen de manera diferente entre los agentes de la vida social y en el paisaje del ecúmene global. Una de las características más importantes de finales del siglo XX es que la metacultura de la semejanza se apoya sólidamente en la organización política formal. Cuando los exploradores europeos empezaron a viajar a tierras lejanas, se encontraron con muchas formas políticas diferentes -reinos divinos, repúblicas gerontocráticas, anarquías estructuradas, bandas de saqueadores. Sin embargo, después de la época colonial y del advenimiento de la independencia en muchos países tras la Segunda Guerra Mundial, encontramos poco más o menos el mismo tipo de organización estatal en todo el mundo. Las reflexiones de Strang y Meyer (1993: 491) nos dicen: "Pensemos en lo mucho que se habría retardado la difusión si lo primordial hubieran sido las naciones-estado o si éstas hubieran ocupado anteriormente unas posiciones diferenciadas dentro de una estructura política global jerarquizada." El hecho es que, a pesar de las enormes disparidades reales, todo el mundo admite que los estados poseen un mismo status legal y que, al menos oficialmente, todos apuestan por los mismos objetivos de modernidad. Y esto es una premisa fundamental para todas las organizaciones internacionales, que proliferan en este final de siglo XX, que establecen conexiones entre los estados, y que, por supuesto, lo hacen entre centro y periferia. Un buen ejemplo es la presencia constante, o intermitente, en Malabo de AID, ILO, UDEAC, IMF, el Banco Mundial y la UNESCO, en un verdadero carnaval de siglas.

Hasta cierto punto al menos, la metacultura de la modernidad parece que tiende a moverse de arriba abajo. Podría decirse también que parte de unas categorías muy académicas. Los científicos de lo social son los que han llevado a cabo la mayor parte de la teorización de la modernidad. De hecho, las metaculturas de la modernidad puede que hayan tenido lugar históricamente en una diversidad -recuerdo haber visto descrita la antigua estructura de los pueblos de la India como un "orden nominativo" (Marriot 1959: 67). Sin embargo, en su versión actual, esta metacultura tiende a presentar una oposición, aunque no siempre se mueva literalmente de abajo arriba. Cuando uno aboga por la diferencia cultural, establece unos derechos especiales, al menos el derecho a quedar excluido del campo donde los otros ejercen el poder. (Volveré a este punto en el próximo capítulo.)

Pero decir esto es decir muy poco. Marshall Sahlins observa igual que otros, que los líderes del resurgimiento cultural, los que más aplauden la diferencia, se encuentran con frecuencia entre los que llevan una vida de mucho éxito en los hábitats donde predomina la modernidad, personas que, sin duda, han adquirido habilidades importantes muy extendidas. Podríamos considerar todo esto del mismo modo que lo hace Sahlins y decir que es una "indigenización de la modernidad" -es decir, que de los materiales de importación y de todos los productos relativos a las ideas, uno se apropia de aquella parte que es válida para su propio punto de vista. Al mismo tiempo, no obstante, se diría que hay una modernización de lo indígena, una domesticación de la diferencia; es decir, "la Cultura de las culturas" también comporta una tendencia a afirmar la diferencia a lo largo de unas líneas en cierto modo normalizadas. Y puesto que esta metacultura es en sí misma, obviamente, un elemento de difusión -no fueron los propios indios Kayapo quienes inventaron el concepto cultura-, no ha de sorprendernos que surja esta tendencia. Por otra parte, si -tal como señala Turner- lo que se pretende al afirmar la diferencia es requerir y movilizar el apoyo de los que se hallan a distancia (la opinión pública general, pongamos por caso), es probable que ayude a ello el hecho de que estos otros puedan reconocer fácilmente su propia diferenciación por medio de criterios establecidos. Sentir al otro como alguien demasiado ajeno y diferente puede que no resuelva nada.

Y volviendo a donde estábamos ¿qué tiene que ver Malabo con todo esto? Es evidente que Klitgaard y sus colegas, conectados todos ellos con diversas instituciones internacionales, son agentes de la modernidad, es decir, trabajan en los supuestos de esta metacultura de la modernidad. Pero esto no quiere decir, ni mucho menos, que las teorizaciones de esta metacultura les resulten de gran ayuda. Klitgaard (1990: 197) dice que "a diario, mi ignorancia de la economía y de la política local me obligaban a ser humilde; me sentía frustrado, hasta la desesperación, por todo lo que podía salir al revés. En Guinea Ecuatorial la Ley de Murphy sería una enciclopedia legal". Strang y Meyer (1993: 500) no están en absoluto convencidos de que la teorización abstracta sea siempre una buena cosa y comentan que "la teorización global desenfoca la variabilidad individual, asumiendo equivalencias que son a todas luces inexactas según la información local...". El observador no ilustrado no verá más que un isomorfismo ritualizado en la difusión que se deriva de las teorías. La modernidad apadrinada internacionalmente tal vez llegue aquí a un punto muerto, pues en la práctica los clientes quizá no estén dispuestos a que se especule con ellos.

Cabe sospechar que los jefes del poderoso y misterioso clan Mongomo del pueblo de los Fang, gobiernan sus asuntos, como dice Sahlins para convertirse "más en ellos mismos", desarrollando sus propias tradiciones en el nuevo hábitat. Tener a su disposición un aparato estatal que les sirva para estos fines parece que es como una ventaja maravillosa. Por otra parte, y en lo que se refiere a la metacultura de la diferencia, parece que ésta, según la descripción sucinta de Turner no se ha establecido realmente en Malabo -al menos esto es lo que se deduce del informe de Klitgaard, (Si buscamos "diferencias culturales" en el índice temático de *Tropical Gangsters*, encontraremos una entrada que remite a un par de párrafos sobre las relaciones entre los maridos y las esposas de Guinea Ecuatorial, y otra que lo hace a unas pocas páginas sobre la competencia entre las mujeres locales, como aspectos a los que Klitgaard presta atención.)

Volviendo a lo que ya he dicho, teorizar la modernidad como semejanza ha sido obra en gran parte de los científicos de lo social (casi siempre economistas, sociólogos y científicos de la política). Cabe, pues, preguntarse si la teorización de la diferencia no tiene a su vez una base académica. De quienes más podemos sospechar es de los antropólogos dada su inclinación a exaltar la diferencia y dado que, siguiendo una moda, han dado cobijo al relativismo cultural.

De hecho, la metacultura de la diferencia probablemente se ha inspirado, al menos hasta cierto punto, en la difusión extramuros de una tendencia de larga existencia entre los antropólogos. Con todo, parece que merece la pena señalar que el debate actual acerca del concepto de cultura en el mundo de la antropología -debate que he tratado en el capítulo 3- se produce precisamente porque esta metacultura está emergiendo como una corriente más o menos mundial en el plano intelectual-ideológico-político.

Marshall Sahlins, en el artículo al que ya me he referido extensamente, ilustra la intensidad de la diferencia cultural (la "casilla 4" del capítulo 3) de una manera compleja y extraordinariamente explícita. Además, y como ya hemos visto, hay ahora otros antropólogos que prefieren centrar la atención en la continuidad de entendimiento, fundamentándola en la naturaleza humana compartida, las condiciones de la vida humana que se repiten, o, de una manera más específica, las negociaciones o superposiciones entre los individuos con los repertorios culturales constituidos por sus propias biografías. Volvamos a Malabo. Si hablamos de las categorías sociales que establecen la pertenencia a un clan y a una etnia, Don Milagroso será siempre un

Mongomo y un Fang; pero después de haber cursado estudios y una vez entra en el grupo internacional de Malabo, ¿continuará siendo para siempre y de manera fundamental un receptáculo de la cultura Fang? Y Klitgaard el ciudadano norteamericano ¿continúa siendo de una manera igualmente fundamental un fruto de la cultura americana, prescindiendo de su curriculum vitae de trotamundos? A estas alturas puede que Don Milagroso entienda bastante mejor a sus mayores de lo que ellos le entienden a él, y, gradualmente, él y Klitgaard puede que se comprendan mejor el uno al otro. En el paisaje del ecúmene global puede haber espacios de comprensión compartida, o una serie de puentes.

La controversia en torno al concepto de cultura sugiere que actualmente la antropología tal vez sólo puede facilitarnos una base académica ambivalente e incómoda para la metacultura contemporánea de la diversidad, tal como ha quedado definida más arriba. Algunos profesionales y teóricos están más próximos a la idea de que, después de todo, los seres humanos son similares. Incluso se podría apuntar que, en principio, no hay nada que impida que este concepto de cultura, que subraya la adquisición en la vida social, coexista hasta con la metacultura de la modernidad como semejanza -si en última instancia toda la humanidad escoge el mismo *software*, como si dijéramos, pues que así sea. Pero a duras penas es ésta la situación actual. Las personas pueden parecerse en algunos aspectos y ser diferentes en otros, y lo que hace falta en el ecúmene global es más bien un estudio teórico de dos cosas que ocurren a la vez: la apertura y la variación.

Conclusión: Diversidad dentro de la interconexión

Ahora que la modernidad vuelve a ser un foco de atención en la teoría de las ciencias sociales, se tiende frecuentemente a tratarla en abstracto. No obstante, aunque la globalización se identifica como una parte importante de la modernidad, a menudo resulta obvio, aunque sea implícitamente, que el área donde los teóricos se mueven a sus anchas continúa siendo el Mundo Occidental: Europa Occidental y Norteamérica. Es posible que Japón haya pasado ahora a esa área, pero en conjunto los teóricos son todavía occidentalistas. Los que tratan la modernidad en general -o ideas abstractas relacionadas con ella, tales como la "sociedad del conocimiento" o la "sociedad de la información", quizá debieran imponerse como una obligación el tratar de prestar un poco de verdadera atención a las implicaciones que tiene lo que ellos dicen para las personas situadas en los límites del ecúmene global: no sólo limitarse a ver si sus propuestas se confirman, sino sopesar también las consecuencias de las desigualdades de distribución que están surgiendo.

Una de las grandes ventajas de la concepción de la modernidad como civilización expansiva es que presta atención a las asimetrías globales, a las relaciones centro-periferia. Al principio la modernidad no estaba en todas partes, y si bien se ha extendido por todas partes, o por lo menos hace que su presencia se sienta en todas partes, las condiciones bajo las que se produce esta presencia son muy variables.

El viaje a Malabo nos permite ver algunos aspectos de la diversidad de la civilización en cuestión. En algunos lugares de la periferia puede que la élite indígena comprometida con la modernidad sea muy reducida, la nación-estado en tanto que comunidad es algo que casi no se ha imaginado aún y el aparato estatal puede que fluctúe entre la debilidad y el terror. En los intersticios que quedan entre lo que es moderno y lo que no lo es, puede que surjan, no obstante, unos intentos espontáneos de crecimiento desde las bases culturales autóctonas con muy poco interés por los modelos metropolitanos. Puede que se hagan, tal vez no en Malabo pero sí en otros lugares, tímidos esfuerzos más o menos logrados para cerrar un trato entre metaculturas opuestas, en un esforzado intento de ser a la vez modernos y diferentes. Klitgaard y compañía nos enseñan algo acerca de la desigual distribución de la reflexión organizada y a gran escala que hay en el mundo. En la periferia, el examen sistemático y la teorización, de acuerdo con la forma legitimada, suelen importarse del centro y estar controlados por el centro, con todas las consecuencias políticas y culturales que esto implica.

Referencias Bibliográficas

Bauman, Zygmunt

1992 *Intimations of Postmodernity*, Londres, Routledge

Dahl, G. y Rabo, A. (eds.)

1992 *Kamp-ap or Take-off*, Stockholm Studies in Social Anthropology, 29, Estocolmo, Almqvist & Wiksell International

Eisenstadt S.N

1992 "A reappraisal of theories of social change and modernization" En: H. Haferkamp y N.J Smelser (eds.), *Social Change and Modernity*, Berkeley, University of California Press

Giddens, A.

1987 *Social theory and Modern Sociology*, Cambridge, Polity Press. [Trad. Esp.: *La Teoría Social Hoy*, Madrid, Alianza, 1980]

1990 *The consequences of Modernity*, Cambridge, Polity Press. [Trad. Esp.: *Consecuencias de la Modernidad*, Madrid, Alianza, 1994]

Hannerz, U. y Löfgren, O.

1994 "The Nation in the Global Village" *Cultural Studies* 8, pp. 198-207

Klitgaard, R.

1990 *Tropical Gangsters*, Nueva York, Basic Books.

Marriott, M.

1959 "Changing Channels of Cultural transmission in Indian civilization" en V. F. Ray (ed.), *Intermediate Societies, Social Mobility, and Communication*, Proceedings of the 1959 Annual Spring Meeting of The American Ethnological Society, Seattle, American Ethnological Society/ University of Washington Press.

Robertson, R

1992 *Globalization*, Londres y Newbury Park, Sage.

Smelser, N. J.

1992 "External and Internal factors in theories of social change". En: Hans Haferkamp y Neil J. Smelser (eds.), *Social Change and Modernity*, Berkeley, University of California Press.

Sahlins, M.

1993 "Goodbye to *tristes tropes*: Ethnographic in the context of modern world history", *Journal of Modern History*, 65, pp. 1-25.

Strang, D. y Meyer, J. W.

1993 "Institutional Conditions for diffusion", *Theory and Society*, 22, pp. 487-511.

Turner, T.

1993 "Anthropological and Multiculturalism: what is anthropological that multiculturalism should be mindful of it?", *Cultural Anthropology*, 8, pp. 411-429.

Wallerstein, I.

1991 *Unthinking Social Science*, Cambridge, Polity Press.

Ciudades y globalización: un enfoque teórico

Gerardo del Cerro Santamaría
New School for Social Research

1. HACIA UNA COMPRENSIÓN RELACIONAL DE LA GLOBALIZACIÓN¹

El concepto de globalización es quizá uno de los más controvertidos en ciencias sociales actualmente, aunque no es mi propósito exponer en detalle esa controversia en estas páginas.² Me centraré en una discusión del concepto en su relación con el fenómeno urbano y el desarrollo de las ciudades contemporáneas en el sistema mundial. «Globalización» es una idea que se puede definir como la formación de redes en tiempo y espacio a una escala transnacional. Más específicamente, la globalización hace sentir sus efectos cuando se da un proceso de transformación local y regional por medio de una expansión transnacional y en virtud de conexiones internacionales. De ahí que el concepto de globalización pueda entenderse con ayuda de la idea de «acción a distancia»³, en la medida en que esa acción involucre actores o procesos en territorios nacionales diferentes. La globalización consiste, en suma, en un distanciamiento espacio-temporal desplegado a nivel mundial⁴. La formación del sistema mundial en el siglo XVI, documentada de forma excepcional por Immanuel Wallerstein⁵, o incluso el desarrollo

¹ Agradezco a Miguel Beltrán sus comentarios a una versión anterior de este artículo.

² Remito al lector a la síntesis de la literatura ofrecida por Mauro F. Guillén, en Guillén, M. F., «Is Globalization Civilizing, Destructive or Feeble? A Critique of Five Key Debates in the Social Science Literature,» *Annual Review of Sociology* 27, 2001, pp. 235-60.

³ Véase, para una discusión de este concepto, Malpas, J., «Acting at a Distance and Knowing From Afar: Agency and Knowledge on the Internet», en Goldberg, K. (ed.) *The Robot in the Garden. Telerobotics and Telepistemology in the Age of the Internet*, Boston, Ma.: The MIT Press, 2000. Y también Law, John, «On the Methods of Long Distance Control: Vessels, Navigation and the Portuguese Route to India,» in J. Law (ed.) *Power, Action and Belief: a New Sociology of Knowledge?* London: Routledge and Kegan Paul, 1986, pp. 234-63.

⁴ Como es sabido, el concepto de distanciamiento espacio-temporal ha sido propuesto Anthony Giddens. El argumento de Giddens es que las transformaciones en métodos de transporte y tecnologías de la información han incrementado la rapidez con la que el capital, las mercancías, las personas y la información se mueven alrededor del mundo, empequeñeciéndolo, y, como consecuencia, alteran-

de un sistema transnacional de comercio en los siglos XIII y XIV, tal y como ha sido analizado por Janet Abu-Lughod⁶, constituyen ejemplos históricos de procesos de globalización, un fenómeno que dista de ser exclusivamente contemporáneo.

La globalización está íntimamente relacionada con las transformaciones estructurales locales que ocurren en las ciudades cuando se dan procesos de acción a distancia. Los movimientos estructurales por parte de regiones y Estados nacionales para hacer frente al despliegue de fuerzas que acompaña a la extensión mundial de los mercados puede considerarse una parte significativa de los procesos de globalización. Las transformaciones regionales en la esfera de la política económica y en los modos en que tal política se implementa también constituyen síntomas, en parte indirectos, de la globalización. No se trata, por tanto, de entender la globalización como una mera expansión del «espacio de los flujos» castellsiano⁷, sino más bien de desarrollar un análisis en el que los procesos de acción a distancia se comprendan en su contexto estructural y territorial. Desde esta perspectiva, las trayectorias históricas de desarrollo local, las negociaciones y conflictos entre los dominios local-regional y nacional de la acción social con el fin de extraer los beneficios del crecimiento económico, los cambios en políticas urbanas, y en general una aproximación contextualizada a los lugares donde ocurre la acción social contribuyen a esclarecer cómo y por qué se estructura y se transforma ese espacio de los flujos.

Ya en 1991, Janet Abu-Lughod advertía en contra de desarrollar explicaciones de la globalización que se limitaran a reconocer la dimensión espacial transnacional del concepto, señalando además el riesgo de caer en lo que denominaba una cierta «cacofonía global» de escaso interés explicativo⁸. De acuerdo con esta advertencia, el carácter «totalizante» de la globalización y la aceptación del concepto entre los científicos sociales durante los últimos quince años, han contribuido a la aparición de una infinidad de explicaciones, la mayoría de las cuales no ofrecen distinciones precisas entre las causas y los efectos del proceso, en buena parte debido a que tales análisis no están basados en suficiente evidencia empírica y en un estudio cuidadoso de rasgos específicos y variaciones en tiempo y espacio. ¿Hemos superado ese estado de «cacofonía global»? La respuesta a esta pregunta es seguramente un matizado «no», y de ahí que el significado

do nuestra percepción del espacio y el tiempo. Véase, por ejemplo, Giddens, A., *Modernity and Self-Identity*, Stanford, CA: Stanford University Press, 1991, pp. 21-22. Y Giddens, A., *A Contemporary Critique of Historical Materialism, vol. I, Power, Property and the State*, London: Macmillan, 1981, pp. 91-97.

⁵ Wallerstein, Immanuel, *The Modern World-System, Vol. I*, New York: Academic Press, 1974.

⁶ Abu-Lughod, Janet, *Before European Hegemony. The World System A. D. 1250-1350*, New York: Oxford University Press, 1989.

⁷ Véase Manuel Castells, *The Rise of the Network Society*, Cambridge: Blackwell, 1996, pp. 376-429. Castells introdujo el concepto de «espacio de los flujos» en una obra anterior, *The Informational City. Information Technology, Economic Restructuring, and the Urban-Regional Process*, Oxford: Blackwell, 1989, pp. 126-172.

⁸ Véase Janet Abu-Lughod, «Going Beyond the Global Babble,» en King, Anthony (ed.), *Culture, Globalization and the World-System: Contemporary Conditions for the Representation of Identity*, Binghamton, NY: Dept. of Art and Art History, 1991.

específico y el alcance real de los procesos de globalización aún constituyan temas de intenso debate. Michael Storper, por ejemplo, señala que «el significado teórico y el impacto práctico de la globalización económica siguen siendo oscuros»⁹. Sin duda, los urbanistas y científicos sociales dedicados al estudio de las ciudades y su desarrollo disfrutaban de una perspectiva privilegiada para entender el significado específico de la globalización (¿o quizá deberíamos decir «globalizaciones»? en los albores del siglo XXI, simplemente porque la ciudad ofrece un referente empírico adecuado, que ayuda a equilibrar el interés por la teoría general y la necesidad de estudiar peculiaridades basadas en casos concretos, en su desarrollo temporal específico. He aquí, pues, algunas proposiciones teóricas que pretenden avanzar nuestra comprensión del fenómeno de la globalización desde una perspectiva urbana:

- a) La globalización no es simplemente una fuerza «externa» que determina el destino de localidades y territorios autocontenidos espacialmente. Antes bien, la globalización está compuesta por las relaciones de esos territorios en diferentes escalas espaciales. De ahí que las localidades y ciudades siempre han sido construidas en una relación específica con la escala global y, por lo tanto, se puede decir que siempre han sido «globales», al menos desde la formación del sistema mundial en el siglo XIII (según Abu-Lughod) o en el siglo XVI (según Wallerstein).
- b) La globalización es un fenómeno político (no exclusivamente económico) en constante fluctuación y abierto al debate y al conflicto. No se trata de un fenómeno natural e inevitable, puesto que un vistazo a la historia y a las contribuciones de la macrosociología histórica nos enseña que puede haber un final para la hipermovilidad de los flujos de capital, de comercio, y de migración transnacionales.
- c) La globalización no es un fenómeno universal y global. La geometría de redes que constituye la globalización está desigualmente extendida en todo el mundo, puesto que tal geometría relacional depende de condiciones materiales pre-existentes que son específicas de unos lugares y no de otros (lo cual es testimonio de la relevancia de la historia y del lugar en su análisis).
- d) En este sentido, la globalización consiste en una interacción entre, al menos, fuerzas globales y condiciones locales que produce resultados específicos. Tal interacción continua nos lleva a caracterizar la globalización no como una causa o un efecto, sino más bien como un proceso en formación con resultados abiertos y no predeterminables. En ciertos casos, las condiciones locales contribuirán a dar forma al proceso de globalización (y en tales casos la globalización deviene efecto); en otros casos, la globalización afectará localidades específicas y contribuirá a su transformación (y en estos casos la globalización es sin duda una fuerza causal). En todo caso, sin embargo, la globalización es un proceso contingente en formación y, como tal, sujeto a conflicto y oposición.

⁹ Citado en Dicken, P., Kris Olds and Henry Wai-Chung Yeung, «Chains and Networks, Territories and Scales: Towards a Relational Framework for Analysing the Global Economy.» *Global Networks* 1 (2), 2001, pp. 89-112.

- e) El resultado de todo lo anterior es que la globalización solamente puede constituir una explicación *parcial* del desarrollo urbano, porque no todas las interacciones entre las diversas escalas espaciales producen resultados globalizantes. Las redes que conectan un lugar a la economía global no son suficientes para explicar la evolución y el destino de tal lugar. Se da, por tanto, una asimetría entre ciudades y globalización, puesto que, por un lado, la globalización no siempre explica (o no explica totalmente) la evolución fundamental de las formaciones socioespaciales locales, mientras que, por otro, el propio fenómeno de la globalización ha de ser explicado en relación con tales formaciones socioespaciales locales. Esto convierte a la globalización —y sus explicaciones— en un proceso «dependiente» de la ciudad, pero no subsume completamente el análisis de ciudades al proceso de globalización.
- f) La idea de «espacio», por tanto, es fundamental para analizar la globalización. Es fundamental en dos sentidos: (a) entendido como «posicionalidad» en la economía global¹⁰ y (b) entendido como lugar y sus contingencias que interactúan con la globalización a nivel local.
- g) La idea de «agencia» también resulta crucial para estudiar procesos de globalización puesto que la dualidad agencia-estructura es parte de un todo analítico que puede entenderse en términos de redes que actúan en diversas escalas espaciales. Los actores locales participan en los procesos de globalización construyéndolos, negociándolos y también sufriendolos, de tal forma que el concepto de globalización pierde su carácter de constructo abstracto.

Incluso dentro de un espacio o lugar específico, la globalización nos muestra su carácter variable y caótico en el tiempo. Esta es la razón por la que cualquier análisis de una ciudad específica debería tener en cuenta la formación de procesos de globalización de formas diversas y en tiempos diferentes, y debería discutir por tanto una variedad de procesos que pueden calificarse como globales. De ahí mi referencia anterior al plural del concepto, puesto que resulta más apropiado hablar de «globalizaciones» que de una única idea universal que trasciende tiempo y espacio¹¹. En ocasiones, la globalización se mostrará en forma de expansión de redes internacionales de comercio; en ocasiones constituirá procesos de desarrollo e industrialización guiados a la exportación, y por supuesto procesos de reestructuración industrial global. Incluso puede constituirse en catalizador simbólico en las diatribas de planeadores y administradores sobre el llamado marketing urbano¹². En todos esos casos, sin embargo, la globalización resulta ser un proceso de interacción con pre-condiciones locales que produce resultados específicos. Debemos resistirnos a seguir lo que llamaría «versión fuerte» de la tesis de la globalización, esto es, el impacto unilineal y no mediado de fuerzas globales en territorios

¹⁰ Ver Sheppard, E., «The Spaces and Times of Globalization: Place, Scale, Networks and Positionality,» *Economic Geography* 78 (3), 2002, pp. 307-330.

¹¹ A este respecto es indicativo el volumen editado por Peter Berger y Samuel Huntington, titulado *Many Globalizations. Cultural Diversity in the Contemporary World*, London: Oxford University Press, 2002.

¹² Este es precisamente el argumento de Machimura sobre la ciudad de Tokio, en Machimura, T., «Symbolic

específicos y contextos diferentes a nivel mundial. En lugar de asumir causalidad unilineal desde el nivel global al local, debemos intentar establecer una conexión de múltiples nodos entre las teorías abstractas de la globalización y los procesos específicos que involucran a actores sociales en lugares concretos. Tal conexión múltiple puede establecerse a través de niveles de análisis.

2. NIVELES DE ANÁLISIS

Tales niveles de análisis pueden contribuir a mitigar lo que podríamos llamar «el caos y la complejidad» de la globalización. Para este propósito es crucial cuestionar la universalidad de la hipótesis de la «ciudad global» y someter esta hipótesis a una crítica relacional y basada en casos específicos. Davis and Tajbakhsh, por ejemplo, niegan la universalidad de la ciudad global, y la atribuyen a un rasgo específico de las ciudades en las regiones avanzadas del planeta¹³. Tal ha sido el caso del paradigmático estudio de Saskia Sassen sobre Nueva York, Londres y Tokio¹⁴. Pero la crítica también puede hacerse desde la óptica del llamado primer mundo, puesto que los análisis sobre la ciudad global excluyen la mayor parte de urbes en los Estados Unidos, Europa y Asia. En efecto, una observación incluso superficial de casos en contextos diferentes nos lleva necesariamente a cuestionar que la «ciudad global» sea un proceso universal del capitalismo contemporáneo basado en unos pocos casos ejemplares. Algunos globalistas como Sassen, Gereffi, Dicken o Giddens no se hacen eco del argumento sobre los «límites de la globalización»¹⁵ avanzado por geógrafos (en su mayor parte) como Cox, Storper o Young, o por estudiosos de la economía política global como Hirst y Thompson, Abu-Lughod, Davis y Beauregard. Los globalistas consumados, muy frecuentemente, nos proporcionan teorías generales de aplicación universal sin contextualizar sus hipótesis en lugares específicos. Me atrevería a decir que de lo que se trata es, en cambio, de proporcionar análisis de la globalización fundamentados empíricamente, basados en múltiples escalas espaciales, y sensibles a la variedad de estructuras y procesos relacionales que dan forma a la propia globalización en su desarrollo espacio-temporal.

Si tomamos en serio la idea de los niveles de análisis podremos efectuar una

Use of Globalization in Urban Politics in Tokyo.» *International Journal of Urban and Regional Research* 22 (2), 1998, pp. 183-94.

¹³ Davis, D. and Kian Tajbakhsh «Are We All Globalized Now.» Introduction, Symposium on Globalization and Cities in Comparative Perspective, *International Journal of Urban and Regional Research*, de próxima publicación.

¹⁴ Sassen, S., *The Global City. New York, London, Tokyo*, Princeton: Princeton University Press, 2001 (primera edición de 1991).

¹⁵ La literatura sobre los «límites» de la globalización ha proliferado recientemente. Véanse, inter alia, Jessop, B., «The Crisis of the National Spatio-Temporal Fix and the Tendential Ecological Dominance of Globalizing Capitalism.» *International Journal of Urban and Regional Research* 24 (2), 2000. Y también Machimura, T., «Symbolic use of globalization in urban politics in Tokyo.» *International Journal of Urban and Regional Research* 22 (2), 1998, pp. 183-94; Cox, K. R. (ed.), *Spaces of Globalization*.

deconstrucción de la dualidad «local-global». Numerosos autores han presentado el fenómeno de la globalización compuesto de estas dos categorías analíticas claramente delineadas ¹⁶. De acuerdo con esta perspectiva, lo global es activo y poderoso, mientras que lo local es pasivo y débil. Aunque estas afirmaciones pueden resultar útiles desde un punto de vista heurístico, propongo que no se considere a las ciudades como sujetos meramente pasivos que simplemente «reaccionan» a las fuerzas de la globalización (recordemos que estos procesos de globalización no explican en su totalidad lo que sucede en lugares concretos). Esta ha sido la posición hegemónica en las investigaciones sobre ciudades globales hasta ahora: la globalización se produce en unas pocas ciudades llamadas globales y el resto de lugares en el mundo reaccionan al proceso ¹⁷. Pero la respuesta local a las fuerzas globales no puede resumirse en una mera reacción pasiva; antes bien, se producen fenómenos de negociación, de resistencia, y finalmente de adaptación mediante transformación local. Robert Beauregard lo ha explicado con mucha claridad: «aunque las fuerzas globales afectan a las ciudades, lo hacen de formas variadas, en ocasiones siendo resistidas y transformadas, a veces sobrepasando a los actores y condiciones locales, y a veces siendo claramente aceptadas» ¹⁸. Numerosas ciudades constituyen ejemplos de lugares que participan *activamente* en los procesos de globalización, en las que las estructuras locales favorecen o inhiben el impacto de las fuerzas globales, y en las que las transformaciones locales influidas por fuerzas globales sobrepasan el mero impacto de la globalización en sentido estricto. La globalización, pues, «se fabrica» en lugares específicos, y no solamente en aquellas ciudades (Nueva

Reasserting the Power of the Local, New York: The Guilford Press, 1997; Amin, Ash, «Spatialities of globalization,» *Environment and Planning A*, Vol. 34 (3), 2002, pp. 385-99; Beauregard, R. and J. Pierre, «Disputing the Global: A Sceptical View of Locality-based International Initiatives,» *Policy and Politics* 28 (4), 2000, pp. 465-78; Hirst, P. and G. Thompson, *Globalization in Question*, Cambridge: Polity, 1996; Knox, P. L. and P. J. Taylor (eds.), *World Cities in a World System*, Cambridge: Cambridge University Press, 1995; Smith, M. P. *Transnational Urbanism: Locating Globalization*, Malden, MA: Blackwell, 2001; Scott, Alan, ed., *The Limits of Globalization: Cases and Arguments* London: Routledge, 1997; Wade, Robert, «Globalization and its Limits: Reports on the Death of the National Economy are Greatly Exaggerated,» in Suzanne Berger and Ronald Dore, (eds.), *National Diversity and Global Capitalism*. Ithaca and London: Cornell University Press, 1996, pp. 60-88.

¹⁶ Así lo han hecho, por ejemplo, Jordi Borja y Manuel Castells en *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*, Madrid: Taurus, 1997.

¹⁷ Lo que llamaría «posición hegemónica» en las investigaciones sobre ciudades globales estaría representada por autores y obras que inicialmente contribuyeron a asentar el paradigma. Véanse, por ejemplo, Sassen, S. *The Global City. New York, London and Tokyo*, Princeton: Princeton University Press, 1991; Sassen, S. *Cities in a World Economy*, Thousands Oaks, CA: Pine Forge Press, 1994; Sassen, S. *Losing Control? Sovereignty in an Age of Globalization*, New York: Columbia University Press, 1996; Sassen, S., *Globalization and its Discontents*, New York: The New Press, 1998. Los inicios de la llamada «hipótesis de la ciudad global» pueden encontrarse en varios artículos de John Friedmann y Goetz Wolff, «World City Formation: An Agenda for Research and Action,» *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 6, no. 3, 1982, pp. 309-331; Friedmann, J., «The World City Hypotheses,» *Development and Change* 17, 1986, pp. 69-83; Friedmann, J. And G. Wolff, «Where we stand: a decade of world city research,» chap. 2 in P. L. Knox and P. J. Taylor (eds.) *World Cities in a World System*, Cambridge, UK: Cambridge University Press, 1995.

¹⁸ Beauregard, R., «Theorizing the Local-Global Connection,» en P. Knox and P. Taylor (eds.) *World Cities*

York, Londres, Tokio) que constituyen los nodos centrales en la red económica global.

Mediante la deconstrucción analítica del par local-global facilitamos la caracterización de la globalización como una explicación *parcial* del desarrollo urbano. En efecto, mediante la consideración de niveles de análisis otorgamos importancia explicativa a ciertas unidades analíticas que median activamente entre las ciudades y las fuerzas globales, como es el caso de las regiones y los Estados nacionales. Resultará útil recordar que no toda la economía global está organizada en redes puramente globales; más bien sucede que la globalización actúa de forma selectiva, sobrepasando lugares y zonas específicas y actuando sobre otros; y sucede que las ciudades se involucran en los procesos de globalización selectivamente también, de forma que frecuentemente cohabitan en la misma ciudad estructuras y procesos claramente globalizados con otras estructuras y procesos que obedecen a lógicas distintas (lógicas regionales o nacionales) a la de las fuerzas globales. Así pues, la globalización solamente explica una parte de las transformaciones que ocurren en las ciudades. Resultaría poco efectivo analíticamente tratar de subsumir las explicaciones sobre el desarrollo urbano en la globalización, puesto que estaríamos ignorando así otros niveles de análisis de excepcional importancia.

Por otro lado, el problema de la dualidad local-global no es solamente que relega las ciudades a un papel políticamente irrelevante frente a las fuerzas de la globalización, sino también que reifica las escalas espaciales como unidades auto-contenidas. En su lugar, propongo una comprensión de la globalización que sobrepase las reificaciones de las escalas espaciales. Una consideración de lo que he denominado «niveles de análisis» puede resultar útil para trascender tales escalas y para acercarnos a los procesos globalizantes entendidos como flujos entre nodos que existen en diferentes escalas espaciales. Debemos, por tanto, articular tales escalas y observar los posibles procesos causales que pudieran ocurrir entre varios niveles de análisis. Sin duda, muchos estudios sobre globalización presentan este fenómeno como un proceso que ocurre exclusivamente en el nivel global, y solamente de forma implícita dejan entrever las transformaciones geográficas, regionales y nacionales, que lo acompañan y que lo influyen. El análisis de ciudades en el contexto de la globalización podría comenzar, sin embargo, por una consideración de los vínculos entre la ciudad (o la ciudad-región) y el Estado nacional en el tiempo, lo que algunos autores han denominado el «nexo local-nacional»¹⁹.

La problematización de los «niveles de análisis» nos proporciona, en fin, una visión más realista de ciudades en transformación. Los urbanistas que tratan la cuestión de la globalización son normalmente cuidadosos en lo que se refiere a la especificación de ciertas escalas geográficas, como la ciudad o la ciudad-región²⁰. En tales análisis se observa un interés en mostrar cómo cambian tales escalas geográficas en el contexto de la globalización. Sin embargo, la literatura producida por urbanistas sobre este fenómeno raramente se ocupa de especificar y analizar todas las escalas espaciales que cambian a medida que la globalización se expande y se contrae. Sin duda, la influencia del paradigmático estudio de Sassen sobre Nueva York, Londres y Tokio es muy clara. En *in a World-System*, Cambridge: Cambridge University Press, 1995, p. 237.

¹⁹ Por ejemplo Davis, Diane, *Urban Leviathan: Mexico City in the Twentieth Century*, Philadelphia: Temple

el análisis de Sassen, fundamentado en una lógica estructuralista y presentista, las ciudades se vinculan a la economía global sin la mediación de formaciones sociales que pudieran influir en procesos específicos a nivel local. Tal es así que el argumento de Sassen consiste en demostrar que las ciudades globales se vinculan *directamente* a la economía global y, como consecuencia, se asemejan más unas a otras que a sus respectivos territorios regionales o nacionales. Este argumento ha sido extrapolado por Scott *et al.* terreno de las ciudades-regiones globales, modificando la unidad de análisis. En ambos casos, el núcleo de la investigación reside en descubrir las conexiones entre lo local y lo global, de tal forma que se omiten todas las posibles covariaciones de otras unidades de análisis entre ambos extremos.

Tal perspectiva analítica no deja de ser arriesgada, puesto que con ella olvidamos cualquier explicación contextualizada de las trayectorias específicas, políticas e históricas, que pueden explicar de forma procesal cómo un lugar particular se vincula, en efecto, a la economía global. De hecho, tal perspectiva analítica nos puede llevar a una completa desatención a la idea de lugar como instancia relevante para la acción social, como así se observa en la afirmación de Castells de que las ciudades globales no son lugares sino «procesos»²¹. Para entender mejor este punto, consideremos el papel de los Estados en los procesos de globalización. Somos testigos en todo el mundo de una cierta «reterritorialización»²² de los Estados y de la transformación de los sistemas de Estados como reacción a los procesos globalizantes, tanto dentro de los confines de lo que tradicionalmente ha sido considerado el dominio «nacional» como en el contexto de los Estados que desarrollan agendas geopolíticas²³. No escapa al observador que los Estados (tanto nacionales como regionales) desempeñan un papel fundamental en la reconfiguración de procesos locales, no solamente porque aquéllos reaccionan a los procesos que ocurren a nivel global, sino también porque toman la iniciativa y movilizan recursos con el fin de conectar ciudades y naciones a la economía global²⁴. El propósito de esas maniobras es fundamentalmente adquirir ventajas económicas frente a otras regiones y Estados que ejercen una poderosa competencia, pero es igualmente notable la dimensión política de tales estrategias, en lo que constituye un vínculo (no excesivamente sorprendente) entre geopolítica y globalización. La naturaleza multidimensional de la globalización, como proceso económico y político (y también cultural y tecnológico), y las interrelaciones entre esas dimensiones, no pueden ser ignoradas.

Así pues, existen múltiples escalas (o niveles de análisis) para explicar la economía global. En la medida en que aceptemos que las escalas son constituidas y reconstituidas

University Press, 1994.

²⁰ Respecto a las llamadas «ciudades-regiones globales» una buena fuente es Scott, A. J. *Global City-Regions: Trends, Theory, Policy*, Oxford: Oxford University Press, 2002.

²¹ Ver Castells, M., *The Rise of the Network Society*, p. 380.

²² El concepto de «reterritorialización» ha sido desarrollado por Neil Brenner, en «Globalization as Reterritorialization: the Re-scaling of Urban Governance in the European Union,» *Urban Studies* 36, 1999, pp. 431-51.

²³ Véase Evans, P. D. Rueschmeyer y T. Skocpol, *Bringing the State Back In*, Cambridge: Cambridge

en la dualidad agencia-estructura, la partición entre los niveles local, regional, nacional e internacional es simplemente una herramienta heurística. Si centramos el análisis en el proceso mediante el cual las escalas se constituyen a partir de la dualidad agencia-estructura, es relativamente obvio que estamos proponiendo la idea de red para entender la economía global, tal y como se entiende en la teoría del actor-red²⁵. Los niveles local, regional, nacional, internacional constituyen nodos en redes que están constantemente reinscribiéndose y en constante flujo, constantemente expandiéndose y contrayéndose o, podríamos decir, constantemente globalizándose y desglobalizándose. En este proceso lo que se produce es una mezcla de niveles y un flujo entre ellos, al mismo tiempo que una fragmentación de los intereses del actor-red. Caeríamos en un error, sin embargo, si negáramos el efecto de las propiedades emergentes y afirmáramos que todo lo que existe es acción local por parte de actores locales. Se podría adoptar, como solución a esta diatriba, la posición de que los procesos de globalización ocurren en todas y cada una de las escalas espaciales que predeterminemos en el análisis. Pero conviene primeramente ahondar un poco más en el problema de la dualidad agencia-estructura y su relación con los procesos de globalización.

3. AGENCIA, ESTRUCTURA, REDES Y GLOBALIZACIÓN

Hasta ahora he sugerido un análisis relacional de las ciudades en el contexto de la globalización. En efecto, el carácter relacional de tal análisis estriba en el hecho de concebir los lugares como redes en formación, y en entender también la globalización como una red en la que los lugares se inscriben. Los lugares, es preciso recordarlo, no son unidades de análisis auto-contenidas espacialmente. Antes bien, la ciudad es siempre, en palabras de Brian Berry, un nodo en una red, «una ciudad en un sistema de ciudades»

University Press, 1985.

²⁴ Esta parece ser la idea sugerida por globalistas como Sassen en sus investigaciones más recientes. Ver Sassen, S. «Territory and territoriality in the global economy,» *International Sociology*, 15, 2000, 372-93; Sassen, S., «Cracked Casings: Notes Toward an Analytics for Studying Transnational Processes,» in Janet Abu-Lughod (ed.) *Sociology for the Twenty-First Century. Continuities and Cutting Edges*, Chicago» Chicago University Press, 1999, pp. 134-46; Sassen, S., «New frontiers facing urban sociology at the Millenium,» *The British Journal of Sociology* 51 no.1, 2000, pp. 143-159; Sassen, S., «Servicing the global economy: reconfigured states and private agents,» in K. Olds et al *Globalization and the Asia-Pacific: Contested Territories*, London: Routledge, 1999; Sassen, S., *De-Nationalization*, Princeton, NJ: Princeton University Press, 2003.

²⁵ La teoría del actor-red está estrechamente relacionada con la obra de Bruno Latour. A este respecto, véase Latour, Bruno, *We Have Never Been Modern*, Hemel Hempstead: Harvester Wheatsheaf, 1993. Y también Law, John, «On the Methods of Long Distance Control: Vessels, Navigation and the Portuguese Route to India,» in J. Law (ed.) *Power, Action and Belief: a New Sociology of Knowledge?* London: Routledge and Kegan Paul, 1986, pp. 234-63; Hassard, J., J. Law and N. Lee «Special Themed Section On Actor-Network Theory and Managerialism,» *Organizations*, 6, 1999, pp. 423-37; Thrift, N., *Spatial Formations*, London: Sage, 1996.

²⁶ Brian Berry, «Cities as Systems Within Systems of Cities,» in John Friedmann and W. Alonso (eds.),

²⁶ (y, añadiríamos, en un sistema de regiones y Estados), aunque tales sistemas reticulares no siempre sean de naturaleza global. Es preciso, por tanto, preguntarse qué parte de la explicación, cuando se trata de ciudades, puede atribuirse a los sistemas reticulares que dan forma a la globalización. Cualquier sistema reticular, tal y como se entiende aquí, está formado por relaciones, estructuras y territorios. Asimismo, toda red contiene nodos y flujos, y las conexiones entre nodos trascienden las escalas espaciales que podamos predeterminar. Además, toda estructura se forma dentro de un sistema reticular, a través de los procesos de distanciamiento espacio-temporal y también porque los actores sociales siempre son actores-en-redes. Y los territorios (incluidas las ciudades) están inscritos en redes también, puesto que no están espacialmente contenidos, a pesar que décadas de pensamiento tradicional en geografía económica nos hagan pensar que ésta sea una afirmación contra-intuitiva.

Tal sistema reticular transnacional está localizado en todas las escalas espaciales que predeterminemos en el análisis, tanto en lo que se refiere a las transformaciones estructurales que se dan en los lugares a medida que avanza (o se contrae) la globalización como en la capacidad de los actores-en-redes para influir en esas transformaciones estructurales. Por decirlo de otra manera, tanto la agencia como la estructura juegan un papel decisivo en la formación de la globalización, a través de dos procesos fundamentales y paralelos: (a) la comprensión espacio-temporal (Harvey) ²⁷ y (b) el distanciamiento espacio-temporal (Giddens). Ambos procesos contribuyen a explicar la arquitectura y el funcionamiento de las redes globales y su interacción con las unidades territoriales de análisis. Por supuesto, las escalas median en este proceso. De hecho, podríamos proponer que la agencia es más visible en el nivel local mientras la estructura opera de forma más clara en el nivel global, con efectos intermedios entre ambos extremos. Es preciso insistir, sin embargo, que cualquier reificación de niveles de análisis juega en contra de una perspectiva que propone los sistemas reticulares operando en varias escalas espaciales. Como se mencionó anteriormente, la solución a este problema es considerar los niveles de análisis solamente como herramientas heurísticas que contribuyen a entender el proceso pero no tienen existencia real. La idea de red, de sistemas reticulares y la perspectiva relacional en el análisis de ciudades y globalización es perfectamente coherente con los procesos de comprensión espacio-temporal y distanciamiento espacio-temporal descritos por Harvey y Giddens. En cierto sentido, se trata de un único proceso de constitución espacio-temporal de las relaciones sociales: Harvey comienza su análisis con una consideración de las estructuras del capitalismo avanzado en su desarrollo temporal y propone la idea de «comprensión», mientras que Giddens toma como punto de partida la constitución de la sociedad desde sus unidades más básicas y sugiere «distanciamiento». Michael Peter Smith lo ha resumido diciendo que «las conexiones locales, nacionales y transnacionales que participan en la formación

Regional Development and Planning: A Reader, Cambridge: MIT Press, 1964.

²⁷ El concepto de «comprensión espacio-temporal» ha sido desarrollado por el geógrafo David Harvey en una obra excelente, *The Condition of Postmodernity*, Cambridge, MA: Blackwell, 1990 (especialmente las páginas 240-2, 276-8, y 305-8).

de un urbanismo transnacional son mutuamente constitutivas»²⁸.

Así pues, a través de la comprensión espacio-temporal las redes globales impactan en los lugares, y a través del distanciamiento espacio-temporal los lugares construyen redes globales. En la medida en que estos procesos están mediados cultural e históricamente, el resultado es la no esencialización de «lo local» y «lo global», categorías que dejan de tener referencia empírica como unidades autocontenidas espacialmente y se convierten en simples herramientas heurísticas. Tenemos, por lo tanto, ciudades inscritas en redes que funcionan como nodos en la producción y reproducción de tales redes y de la materia, energía, capital e información que transmiten. Si la globalización es una red, las ciudades son también redes de relaciones, estructuras y territorios. Y en este contexto, en lugar de considerar la agencia del individuo aislado, lo que proponemos son las prácticas de los actores-en-redes.

Los modelos históricamente específicos de política, cultura y vida económica que encontramos en lugares particulares median de forma significativa en los flujos transnacionales de personas, recursos, ideas e información. Cualquier ciudad que recibe flujos transnacionales económicos, políticos o culturales específicos provee una configuración específica de oportunidades y limitaciones potenciales en la que se insertan los inmigrantes, los inversores o los intermediarios políticos o culturales. Así, la agencia opera de forma diferente entre lugares e incluso de forma diferente dentro del mismo lugar en tiempos diferentes. Debido a los diferenciales de poder que existen entre las distintas redes que interactúan en lugares específicos en tiempos concretos, el contexto local de esas interacciones se encuentra en un flujo constante²⁹.

Es necesario precisar que para que la intencionalidad humana tenga efecto ha de ser mediada a través de redes de actores heterogéneas, puesto que las redes reconstituyen la agencia en la estructura. Agencia y estructura pueden verse así como un todo analítico, una unidad integrada de procesos reticulares espacio-temporales constituida por nodos y flujos. Tal es así que llevar el análisis más allá de cualquier presuposición topológica no implica olvidar el papel de instituciones quasi-territoriales como la región o el Estado nacional. Como ya se ha dicho, las redes están inscritas territorialmente, y los territorios están inscritos en redes. Por supuesto, la noción de red nos lleva por encima de las distinciones tradicionales en ciencias sociales entre micro y macro procesos. Las metáforas escalares desde el individuo a la nación, de la familia a los grupos e instituciones, son reemplazadas por una metáfora de conexiones reticulares. En lugar de tener que escoger entre una perspectiva local y una global, la noción de red nos permite pensar la globalización como un proceso continuamente localizado. En vez de oponer la agencia a la estructura, simplemente observamos cómo un elemento dado se convierte en relevante mediante el número de conexiones de que forma parte y cómo pierde tal relevancia al perder sus conexiones. Lo que podríamos llamar «alcance global»³⁰ de las ciudades (el proceso de conexión a la globalización en lugares específicos) constituye

²⁸ Smith, M. P. *Transnational Urbanism: Locating Globalization*, Malden, MA: Blackwell, 2001, p. 168.

²⁹ *Ibid.*, pp. 168-9.

un fenómeno elaborado, incierto y contradictorio de acción a distancia. Se propone aquí, pues, un análisis sensible con el nivel descriptivo de actores-en-redes actuando a distancia, y un análisis que atribuye poder causal a las estructuras e instituciones. Desde este punto de vista, cualquier concepción reticular de los procesos de globalización ha de considerar estructuras de gobernabilidad, marcos institucionales y contextualización territorial para explicar la economía global.

La globalización es, por tanto, un proceso mediado localmente de formas diversas, no una fuerza homogénea y preexistente en el vacío. La globalización da forma a ciudades, regiones y Estados, los transforma y los reconfigura, según ha indicado acertadamente Roger Kiel³¹, y yo añadiría que, a su vez, las ciudades, regiones y Estados articulan los procesos de globalización y los dan forma, en un movimiento dialéctico y mutuamente constitutivo. En esto consiste, en definitiva, la interrelación entre fuerzas globales y condiciones locales que se ha mencionado anteriormente, y que produce resultados específicos. La globalización es un proceso de acciones y reacciones en cadena, o una multiplicidad de procesos, como apunta Bob Jessop³². Habitualmente es complicado decidir cuáles son sus causas iniciales, a menos que se adopte la perspectiva de un lugar particular y definamos lo global como lo externo al lugar, esto es, como flujos transnacionales originados en otros lugares. En la definición original de Friedmann y Wolff³³, las ciudades globales quedan especificadas por sus funciones en la división internacional del trabajo, caracterizada por la dispersión espacial y la integración global. Las ciudades globales, en tal descripción, constituyen nodos organizacionales del capital global con funciones esenciales de control global. Debido a estas funciones globales, se asume que las ciudades globales convergen en torno a un mismo modelo urbano. Sin embargo, los rasgos propios de las ciudades globales también son visibles en grados diferentes en la mayoría de las ciudades que están conectadas a la economía global, como han ido poniendo de manifiesto numerosos estudios³⁴. La cuestión fundamental para el análisis empírico es explorar las formas específicas en que ocurre tal conexión con la economía globalizada. Como ya se ha dicho, esos procesos obedecen solo en parte a una lógica global, precisamente porque están constituidos y contextualizados en las trayectorias políticas e históricas de los lugares particulares. Vista así, lo que se denomina habitualmente «globalización económica» rara vez implica una completa integración estructural y una coordinación estratégica en todo el planeta.

4. EL ESTADO Y LA GLOBALIZACIÓN

³⁰ La noción de «alcance global» de las ciudades la ha desarrollado Henry Wai-chung Yeung en su estudio sobre Singapur. «Global Cities and Developmental States: Understanding Singapore's Global Reach», Second GaWC Lecture on March 7 2000, Loughborough University, UK.

³¹ Roger Keil, «Globalization Makes States: Perspectives of Local Governance in the Age of the World Cities,» *Review of International Political Economy*, 5 (4), 1998, pp. 616-646.

³² Jessop, B., «Reflections on globalization and its (il)logic(s),» en Olds et al (eds.) *Globalization and the*

Las relaciones de las ciudades con la economía globalizada están aún parcialmente mediadas por el Estado. Algunos de los primeros análisis de la globalización la describían como la creación de un mundo sin fronteras en el que la soberanía y la influencia de los Estados nacionales desaparecía por completo.³⁵ Pero algunos correctivos a esta perspectiva un tanto exagerada han comenzado a aparecer, para insistir en que debemos cuestionar lo que Michael Peter Smith ha denominado «el discurso post-nacional»³⁶. Los Estados, en efecto, y a pesar de un cierto debilitamiento, continúan teniendo la capacidad de actuar de forma relativamente independiente en el contexto de la globalización progresiva del planeta. Los procesos de política local y doméstica tienen su importancia en las formas particulares que adopta la globalización en territorios específicos, de ahí que podamos hablar tanto de «niveles de análisis» al estudiar la globalización, como también de «globalizaciones», usando el plural del concepto. Aunque podría argumentarse que este poder de los Estados es más visible en sus dimensiones política y cultural que en su dimensión económica, lo cierto es que aún estamos lejos de una completa desaparición del Estado nacional como formación social significativa.

Asia-Pacific: Contested Territories, London: Routledge, 1999, pp. 19-38.

³³ John Friedmann y Goetz Wolff, «World City Formation: An Agenda for Research and Action,» *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 6, no. 3, 1982, pp. 309-331; Friedmann, J., «The World City Hypotheses,» *Development and Change* 17, 1986, pp. 69-83; Friedmann, J. And G. Wolff, «Where we stand: a decade of world city research,» chap. 2 en P. L. Knox and P. J. Taylor (eds.) *World Cities in a World System*, Cambridge, UK: Cambridge University Press, 1995.

³⁴ Véanse, inter alia, Baum, S., «Sydney, Australia: a global city? Testing the social polarization thesis,» *Urban Studies* 34 (11), 1997, pp. 1881-1902; Cochrane, A., and A. Jonas, «Reimagining Berlin: world city, national capital or ordinary place?», *European Urban and Regional Studies*, 6 (2), 1999, pp. 145-64; Douglass, M., «The NEW Tokyo story: Restructuring space and the struggle place a world city,» chapter 4 in Fugita, K. And R. Hill (eds.) *Japanese Cities in the World Economy*, Temple University Press, 1993; Elmhorn, C. «Brussels in the European Economic Space: the emergence of a world city?» *Tijdschrift van de Belgische Vereniging voor Aardrijkskundige Studies* 67, 1998, pp. 79-102; Fujita, K. «A world city and flexible specialization: restructuring of the Tokyo metropolis,» *International Journal of Urban and Regional Research*, 15 (2), 1991, pp. 269-284; Gritsai, O., «Moscow under globalization and transition: paths of economic restructuring,» *Urban Geography* 18 (2), 1997, pp. 155-66; Gritsai, O., «The economic restructuring of Moscow in the international context,» *GeoJournal* 42 no.4 1997, pp. 341-8; Jiménez, M. Bo-Sin Tang, Murat Yalcintan and Ertan Zibel, «The Global-City Hypothesis for the Periphery: A Comparative Case Study of Mexico City, Istanbul and Guangzhou,» in A. Thornley and Y. Rudin (eds.) *Planning in a Globalized World*, London: Ashgate, 2001; Keil, R. and K. Ronnenberger, «Going up the country: internationalization and urbanization on Frankfurt's northern fringe,» *Environment and Planning D* 12, 1994, pp. 137-66; Klostermas, R. And H. Priemus (eds.) «The Hague: A Dual City? Causes and Policy Responses,» *Built Environment* 17 (3), 2001; Machimura, T., «The urban restructuring process in Tokyo in the 1980s: Transforming Tokyo into a world city,» *International Journal of Urban and Regional Research* 16 (1), 1992, pp. 114-28; Rimmer, P. J. «Japan's World Cities: Tokyo, Osaka, Nagoya or Tokaido Megalopolis?» *Development and Change* 17(1), 1986, pp. 121-157; Shachar, A., «Randstad Holland: "A World City"?» *Urban Studies* 31 (3), 1994, pp. 381-400; Smith, P., «The making of a global city: the case of Vancouver 1943-1992,» *Canadian Journal of Urban Research* 1 (1), 1992, pp. 90-112; Stilwell, F., «Globalization and cities: an Australian perspective,» *The Review of Radical Political Economics* 30 (4), 1998, pp. 139-68; Wu, F., «The global and local dimensions of place-making: remaking Shanghai as a world city,» *Urban Studies* 37 (2), 2000, pp. 1359-77.

³⁵ Véase, por ejemplo, el caso de Kenichi Ohmae en su estudio sobre *The Borderless World. Power and Strategy in the Interlinked Economy*, New York: Harper Business, 1999.

De hecho, el caso español muestra que los Estados no «pierden control» de forma total al enfrentarse a la globalización y que no sucede, contrariamente a lo que señalara Ohmae, que las regiones se expanden porque los Estados se contraen³⁷. En efecto, la evolución de las relaciones entre las regiones y el Estado español nos muestra el desarrollo de algunas de las regiones más autónomas, política y económicamente, de Europa (y quizá del mundo) en el contexto de un Estado nacional que no ha reducido su papel internacional en los últimos años sino que, al contrario, lo ha acrecentado. No estoy sugiriendo que no haya incompatibilidades políticas o de otra índole entre el regionalismo y el Estado. Mi argumento simplemente se limita a cuestionar la perspectiva de aquéllos que sostienen que no es posible contemplar la posibilidad de regiones que se expanden globalmente en el contexto de Estados que se expanden internacionalmente también. Dicho de otro modo, las relaciones estructurales entre los niveles regional y nacional en el contexto de la globalización no obedecen a un juego de suma cero, de tal forma que la existencia y la expansión de un nivel se produzca por efecto de la contracción del otro nivel. De hecho, se podría argumentar que, en el caso español, uno de los motivos de confrontación y de incompatibilidad es el deseo de ciertas regiones de convertirse en actores globales en un nivel hasta ahora solo reservado al Estado nacional. Así pues, lo novedoso no es que los Estados dejen de jugar ese rol global que siempre ha estado inscrito en sus agendas geopolíticas, sino más bien que ahora cuentan con posibles competidores sub-nacionales que cuestionan su exclusividad para relacionarse con las instituciones globales.

Que el Estado no pierde totalmente sus funciones en estos tiempos de globalización se puede observar también en el caso de los llamados «Estados desarrollistas» (*developmental states*), cuyos ejemplos más característicos y más estudiados se encuentran en Asia y el Extremo Oriente, aunque naturalmente también podemos encontrar casos más cercanos. Los Estados (y regiones) desarrollistas se caracterizan por implementar estrategias de crecimiento basadas en el desarrollo económico con un importante componente de coordinación estatal. A menudo, tales estrategias son implementadas mediante lo que se ha llamado «máquina del crecimiento» (*growth machine*)³⁸, una coalición de intereses políticos y empresariales cuya prioridad esencial en términos de política económica es el crecimiento, la productividad y la competitividad. En algunos casos, tal compromiso con el crecimiento puede incluso verse reflejado en las leyes locales, que sancionarían así, con la legislación de este importante componente económico, la necesidad del crecimiento debido a, por ejemplo, una ancestral carencia de recursos alimenticios y de agricultura. Los Estados desarrollistas, en general, acometen de forma sistemática una política centrada en el desarrollo, basada en la comparación con otros Estados que se toman como modelos a los que emular. Sería desacertado

³⁶ M. P. Smith, op. cit., pp. 172-174.

³⁷ Ohmae, K. *The End of the Nation-State: the Rise of Regional Economies*, London: Harper Collins, 1995.

³⁸ Ver, por ejemplo, Logan, John and Harvey Molotch, *Urban Fortunes. The Political Economy of Place*, Berkeley, CA: University of Chicago Press, 1987.

afirmar, a la vista del comportamiento de estos Estados desarrollistas, que la globalización ha hecho desaparecer el poder del Estado en estos albores del siglo XXI.

Hay una razón adicional que explicaría la pujanza global de los Estados desarrollistas, Estados que históricamente se han enganchado de forma tardía a los procesos de industrialización. Estos Estados se encuentran con el reto de tener que forjar sus propias instituciones de desarrollo y sus ideologías, puesto que habitualmente se enfrentan a problemas distintos (y posibilidades distintas también) que los experimentados por sus predecesores. Así pues, las naciones (y regiones) que desean superar los problemas intrínsecos del desarrollo tardío tienden a construir fuertes instituciones estatales que concentran recursos y coordinan las políticas encaminadas a superar la situación de retraso estructural. Hay casos en que el Estado desarrollista se construye en el nivel de la ciudad-región en clara interacción con el Estado nacional, con el fin de obtener los beneficios de un mercado protegido aunque, naturalmente, la ideología preponderante sea la de convertir al Estado regional en un efectivo competidor global a través del comercio internacional y la exportación.

Se da el caso, también, de ciudades y regiones con un fuerte componente de identidad étnica o cultural que se relacionan con la economía global con fines adicionales al de la pura eficacia del mercado y la competitividad. La finalidad adicional sería, en estos casos, la de afirmar y preservar autonomía regional en el contexto global frente a Estados nacionales que la limitan o socavan. El «alcance global» de estas ciudades y regiones se fundamenta, tal y como ocurriera en el caso de Estados desarrollistas, en poderosas burocracias estatales en cercana relación estratégica con las élites de negocios. Así, mientras que tanto la atracción de inversión extranjera como la internacionalización de empresas locales son objetivos prioritarios de la política económica, no se puede olvidar el factor de visibilidad política y cultural global que influye en cómo se conectan estas regiones a la economía globalizada. En resumen, la base económica, la organización espacial y la estructura social de las ciudades mundiales está fuertemente influida por los modelos de desarrollo regional (y nacional) en que participan dichas ciudades. A menudo, las ciudades y regiones limitadas por sus Estados nacionales buscan su re-identificación en la arena global.

Desde el punto de vista de las llamadas ciudades-regiones globales y el debate sobre el nuevo regionalismo³⁹ es preciso decir que de la misma manera que la globalización no está causando la total desaparición de fronteras y estructuras nacionales, tampoco la regionalización se produce a expensas del Estado nacional necesariamente. Ya se ha mencionado el caso español, en el que a una estructura estatal regionalizada o federalizada acompaña la expansión global del Estado nacional en las últimas décadas. Valga recordar aquí que la expansión regional puede deberse a causas (como la devolución de poder a las regiones) que no obedecen fundamentalmente a fuerzas globales, sino que tienen más bien un componente doméstico. Se dijo anteriormente que la globalización explica

³⁹ Ver, inter alia, Aldecoa, F. and M. Keating (eds.) *Paradiplomacy in Action. The International Relations of Subnational Governments*, London: Frank Cass, 1999; Amin, A. and N. Thrift (eds.) *Globalization, Institutions and Regional Development in Europe*, New York: Oxford University Press, 1994; Harvie,

solamente una parte del desarrollo de ciudades y regiones y aquí vemos reforzado este argumento, pues los lugares se inscriben en los procesos de globalización de forma selectiva y no necesariamente en detrimento de sus relaciones estructurales con otros subniveles de acción. Así pues, y a diferencia del argumento desarrollado por Brenner, no parece que la expansión de las regiones y las ciudades-regiones constituya una reterritorialización del poder del Estado nacional, particularmente en casos de Estados multinacionales o multiregionales.

Por tanto, hablar de la pérdida total de poder de los Estados en virtud de los procesos de globalización no parece ajustarse a la realidad. Lo que ocurre, más bien, es que aquéllos se reconfiguran para poder participar y competir en esos procesos globales de forma efectiva, aunque para ello hayan de formar parte de organizaciones supra-estatales que puedan limitar su soberanía. Saskia Sassen, en sus investigaciones más recientes, se ha convertido en una firme defensora de esta idea, al proponer que tal reconfiguración consiste en una «desnacionalización» de las estructuras estatales que interaccionan directamente con la globalización⁴⁰. Sassen parece referirse, en particular, a las transformaciones en la legislación local que se producen a medida que se adoptan estándares globales de contabilidad y de arbitraje, necesarios para el correcto funcionamiento de la economía globalizada. Son precisamente las instituciones y los actores locales los que efectúan esas transformaciones normativas, de ahí que Sassen nos recuerde acertadamente que la globalización ocurre «en territorios nacionales» y, añadiríamos, en territorios regionales y urbanos también.

5. EL PAPEL DE LA HISTORIA

No parece haber un auténtico debate sobre qué hay de novedoso en la globalización en estos comienzos de milenio debido a que la mayoría de autores que afirman que la globalización es un fenómeno radicalmente nuevo en la historia mundial no se detienen a examinar procesos históricos posiblemente similares, mientras que los autores que centran sus esfuerzos en comprender la historia afirman con pocas dudas que la globalización actual presenta escasas novedades. Parece, pues, conveniente trazar puntos

Christopher, *The Rise of Regional Europe*, Routledge, 1994; Keating, M., *The New Regionalism in Western Europe. Territorial Restructuring and Political Change*, Edward Elgar, 1998; Keating, M., *The Political Economy of Regionalism*, Frank Cass, 1997; LeGales, P. and C. Lequesne (eds.), *Regions in Europe*, London: Routledge, 1998; Marston, S.A. P.L. Knox and D.M. Liverman, *World regions in global context: people, places and environments*, Prentice Hall: Saddle River, NJ, 2002; Martin, Ron, «EMU versus the regions? Regional convergence and divergence in Euroland,» *Journal of Economic Geography* 1, 2001, pp. 51-80; Storper, M., «The Resurgence of Regional Economies, 10 Years Later,» *European Urban and Regional Studies* 2 (3), 1995; Storper, M., *The Regional World. Territorial Development in a Global Economy*, Guildford, 1997.

⁴⁰ Ver Sassen, S., «Globalization or denationalization?», *Review of International Political Economy*, 10 (1), February 2003, pp. 1-22, y también Sassen, S., *Denationalization*, Princeton: Princeton University Press, en preparación.

de contacto entre las aportaciones de la macrosociología histórica y las investigaciones sobre ciudades globales. La cuestión es cómo enriquecer nuestra comprensión de la globalización estableciendo posibles continuidades con ciclos de globalización anteriores y sin perder, al mismo tiempo, la perspectiva de los rasgos distintivos del ciclo actual. ¿Es la compresión espacio-temporal sugerida por Harvey una ruptura con el pasado o se trata meramente de la aceleración de una tendencia histórica hacia el desarrollo tecnológico? Asimismo, ¿es el espacio de los flujos castellsiano un fenómeno radicalmente nuevo o se trata de una versión espacio-temporal comprimida de las redes transnacionales presentes en el sistema mundial durante siglos? La evidencia sobre un sistema mundial interconectado nos lleva prácticamente al siglo XIII y, por otro lado, la sincronización internacional de ciclos de globalización y desglobalización nos muestra la realidad de un sistema mundial con anterioridad al ciclo actual: las tasas de crecimiento de las economías nacionales muestran una alta correlación especialmente en dos períodos de intensa globalización, entre 1913 y 1927 y después de 1970⁴¹.

Se podría argumentar que el espacio de los flujos no es un fenómeno realmente novedoso. Castells ha afirmado que lo específico de las actuales transformaciones globales consiste en que estamos siendo testigos de la formación de un sistema económico internacional que opera como una unidad en tiempo real en una escala global⁴². Y, sin embargo, podemos preguntarnos si la supuesta novedad de las transformaciones actuales se debe a un desarrollo cuantitativo consistente en la extensión de la creatividad tecnológica y el desarrollo económico o, como afirman los globalistas convencidos, a una profunda transformación cualitativa del sistema mundial. Según han señalado algunos autores, la evidencia no parece ser concluyente respecto a si el ciclo de globalización actual está integrando el sistema económico en un grado superior a como estaba integrado en anteriores períodos históricos⁴³.

Una importante voz en el debate sobre ciudades y globalización, Saskia Sassen, insiste en que el proceso es radicalmente nuevo porque está ocasionando una importante transformación y reconfiguración de los Estados y sistemas de Estados para hacer frente a las fuerzas y cambios globales. Esta profunda transformación estatal nos daría, pues, la clave para entender que el ciclo de globalización actual aporta novedades importantes. Sassen nos ofrece un análisis en el que, además de señalar con detalle cómo están ocurriendo estos cambios estatales, cuestiona la idea intuitiva de la globalización como un fenómeno propio del nivel «global». En efecto, los Estados se reconfiguran y promueven cambios que afectan los modos en que las leyes son legisladas y aprobadas, que influyen en las formas concretas que adopta la idea de ciudadanía, y que sobre todo influyen en los procesos de arbitraje y negociación entre las instituciones locales y las fuerzas globales que pretenden operar en territorios específicos. Desde esta perspectiva, es sencillo observar que la globalización se materializa en territorios particulares y afecta poderosamente a los enclaves locales tanto como afecta a la configuración de la formación

⁴¹ Ver Chase-Dunn, C., «Globalization and World-System Perspective,» *Journal of World-Systems Research*, Vol V, 2, 1999, pp. 165-185.

⁴² Castells, M., *The Rise of the Network Society*, Oxford: Blackwell, 1996, pp. 376-429.

⁴³ Christopher Chase-Dunn, op. cit.

socio-histórica que hemos dado en llamar Estado nacional. Desde su óptica de urbanista, Sassen nos recuerda que son las ciudades globales las formaciones que concentran la mayoría de procesos que están cambiando el paisaje económico en este cambio de siglo. No puede negarse que las ciudades globales entendidas de este modo hayan experimentado profundas transformaciones que no pueden compararse cuantitativamente con los procesos socio-económicos que experimentan la mayoría de las ciudades en el sistema mundial. Dista de estar claro, sin embargo, si las ciudades globales «à la Sassen» constituyen, por efecto de sus conexiones con la economía globalizada, formaciones sociales únicas en el capitalismo de principios de milenio o más bien se trata de importantes «concentraciones» de procesos generales que ocurren en todas las ciudades conectadas con la globalización. Si esto último resulta ser cierto, bien podemos denominar «globales» a todas esas ciudades conectadas globalmente. La cuestión es, pues, si estamos siendo testigos de transformaciones cualitativas en el sistema mundial o simplemente sentimos los efectos de una compresión espacio-temporal generalizada que afecta a la economía global, y a las ciudades vinculadas a estos procesos, en todo el mundo.

La idea de que el sistema mundial no está siendo transformado cualitativamente por efecto del ciclo actual de globalización es la hipótesis que desarrolla otra destacada urbanista norteamericana, Janet Abu-Lughod. En su extraordinario estudio comparativo sobre Nueva York, Chicago y Los Ángeles ⁴⁴, Abu-Lughod argumenta de forma convincente que las semillas de los procesos que hoy consideramos globales estaban ya plantadas en esas tres ciudades hace muchas décadas, aunque de forma embrionaria, y comenzaron a desarrollarse entonces. El desarrollo de estas urbes, por otra parte, no obedece exclusivamente a causas globales, externas al territorio en que se formaron y al contexto nacional en que se encuentran. De ahí que la globalización, en un argumento que comparto plenamente, no pueda ser responsable más que de una parte de la explicación del desarrollo urbano y que, como consecuencia, pueda cuestionarse que las fuerzas globales sean tan poderosas como para transformar cualitativamente el sistema mundial, tal y como parecen entender algunos globalistas.

Si no se da tal transformación cualitativa afectando de forma irreversible al sistema mundial bien podemos pensar que el actual ciclo de globalización pueda tener un final. Esta parece ser la postura del historiador Harold James, que sugiere que la mayor parte de los análisis sobre globalización tienden a confundir las causas y los efectos del proceso ⁴⁵. La apertura internacional, según James, no es la causa de la expansión tecnológica, como se asume habitualmente. Más bien son los cambios tecnológicos y las eficiencias de escala los que ocasionan que los mercados nacionales se queden literalmente pequeños, forzando a las empresas a expandirse más allá de sus fronteras. Tal argumento contribuye a explicar por qué la globalización y la inercia de las conexiones transnacionales tienden a operar a pesar de las convulsiones y contracciones del sistema financiero internacional.

⁴⁴ Abu-Lughod, J. *New York, Chicago, Los Angeles. America's Global Cities*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 1999.

⁴⁵ James, Harold, *The End of Globalization: Lessons from the Great Depression*, Cambridge: Harvard University Press, 2001.

Quizá se podría asumir que en la medida en que los estados propusieran regulaciones locales para proteger sus economías de las turbulencias globales, los flujos de personas, bienes y servicios se verían estancados. Sin embargo, las fronteras abiertas no son la causa de la globalización sino más bien su efecto, y este proceso, según James, comenzó en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial y continúa hoy.

Ciertamente, la integración global hace a los territorios más vulnerables a «shocks» externos y, aunque podría sugerirse que tal vulnerabilidad acentúa la disposición y la capacidad de Estados y regiones para vérselas con situaciones de crisis, no deja de ser menos cierto que la globalización muestra tensiones intrínsecas que pueden provocar el final del ciclo actual. James nos recuerda que algo similar ya ocurrió durante la llamada «Gran Depresión» en los Estados Unidos a partir de 1929. Frente a la creencia de que la Gran Depresión, que efectivamente acabó con el primer ciclo de globalización del siglo XX, fue un resultado directo de la Primera Guerra Mundial, James sugiere tres factores inherentes a los procesos de globalización que causaron su autodestrucción: la inestabilidad propia del sistema capitalista, la reacción de aquellos sectores que no se beneficiaron de la integración global, y la imposibilidad o incapacidad para crear instituciones que contribuyeran a regular un mundo interconectado.

Naturalmente, estos factores pueden repetirse en la actualidad y, de hecho, hay signos muy visibles de una creciente ansiedad frente a un mundo «desbocado»⁴⁶ en el que las desigualdades sociales se acrecientan. Por otro lado, como muestran algunos indicadores que tratan de medir el grado de integración global⁴⁷, la globalización continúa su camino incluso en países en los que los niveles de integración pueden considerarse mínimos. El compromiso político hacia la integración parece expandirse, a la vista de los potenciales beneficios de la cooperación multilateral, aunque algunas importantes excepciones recientes tiendan a indicar lo contrario. Pero los partidarios de la globalización no deberían olvidar las preocupaciones de los que se sienten marginados en el proceso, a menos que la reacción contra la globalización pueda convertirse en una profecía que se auto-cumple. De lo que podemos estar seguros, en cualquier caso, es de que la globalización no ha sido históricamente un proceso irreversible, sino un fenómeno cíclico en el que períodos de contracción o desglobalización siguen a otros de expansión e integración mundial. Aquéllos son períodos en los que el desarrollo urbano se explica con mayor efectividad por medio de fuerzas no globales, fuerzas nacionales y regionales que, a pesar de la cacofonía global que nos acompaña, no han perdido su plena relevancia para el análisis científico-social.

⁴⁶ Tomo la expresión de la obra de Giddens, *Runaway World. How Globalization is Reshaping Our Lives*, New York: Routledge, 2000.

⁴⁷ Véase, por ejemplo, el de la revista *Foreign Policy*, <http://foreignpolicy.com>

perifèria

Número 10, Junio 2009

www.periferia.name

Ciudad y vida urbana: un esbozo teórico

Martha Cecilia Cedeño Pérez

Instituto Catalán de Antropología¹

Resumen

En este artículo se retoman algunos elementos teóricos fundamentales que ayudan a comprender la noción de ciudad y vida urbana, entendida ésta como el conjunto de relaciones de carácter efímero y fragmentario que se establece entre individuos que ocupan, se desplazan, utilizan los espacios públicos de las grandes ciudades. Y para ello se recurre a los planteamientos básicos de los precursores de una ciencia que se preocupa por estudiar los fenómenos sociales que tienen lugar en el seno de las urbes modernas en donde se desarrolla y manifiesta un modo de vida singular. Se trata de hacer un esbozo general de los principales planteamientos que aportan luces en la comprensión de la ciudad y la vida que contiene, desde aquellos paradigmáticos de la Escuela de Chicago hasta tendencias teóricas más recientes que aportan nuevas perspectivas en el estudio del hecho urbano.

Palabras clave: ciudad, vida urbana, espacio público.

Abstract

This article presents some of the most fundamental theoretical elements that allow understanding concepts such as Urban Life and City; places and relationships made out of ephemeral and fragmental interactions among individuals that occupy, move and use Public Spaces in the city.

In order to explain this phenomenon, authors that have established fundamental knowledge on how relationships and movement determine this Life Style in big cities are visited. In that sense, this work presents and overview that travels since the Chicago School through contemporary perspectives on that matter.

Key words: City, urban life, public space.

¹ Enviar correspondencia a: lunera2107@gmail.com

perifèria

Número 10, Junio 2009

www.periferia.name

1. Algunos elementos iniciales

Los teóricos de la Escuela de Chicago de la segunda y tercera década del siglo pasado, marcaron un hito en el estudio de la ciudad y esas formas sociales singulares que en ella se pueden percibir. Pero ellos no partieron de cero.² Antes Georg Simmel había desarrollado un trabajo casi silencioso en Alemania intentando esbozar los argumentos de una sociología que diera cuenta también de esas agitaciones visibles en las grandes urbes y es poco lo que se puede decir que no se sepa ya con respecto a la importancia de sus hallazgos, su incidencia y vigencia para explicar la vida que surge en las ciudades. Gabriel Tarde también ha sido evocado como precursor de unas ciencias sociales de esa inestabilidad crónica que caracteriza la vida urbana.³ Luego, Park, Thomas, Burgess, Thrasher, Wirth y los demás chicaguanos hicieron una serie de aportes valiosos sin los cuales hoy no se podrían comprender algunos fenómenos propios de las sociedades urbanícolas. Sin embargo, se les critica un cierto determinismo en su visión acerca de la forma en que las urbes como Chicago estaban condenadas a mantener relaciones de marginación hacia los sectores más desfavorecidos, quizá por su misma concepción de desarrollo de la ciudad a partir de la competitividad ecológica propia del darwinismo social en que se inspiraban. No obstante, a partir de trabajos como los de aquellos primeros discípulos de William H. Thomas en Chicago se empiezan a desmadejar nociones fundamentales que contribuyen a la comprensión de ese

² En algunos textos se presenta ese recorrido de una manera sistemática y clara, como, entre otros, los de Ulf Hannerz, *Exploración de la ciudad*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986; Gianfranco Bettin, *Los sociólogos de la ciudad*, Gustavo Gili, Barcelona, 1982; Jean Remy y Liliane Voyé, *La ciudad y la urbanización*, Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid, 1976.

³ Isaac Joseph elabora una analogía interesante entre algunos presupuestos teóricos sobre el público y la muchedumbre desarrollados por Gabriel Tarde en su psicología social y los trazados por Park en su artículo "The Crowd and the Public", sobre la dimensión efímera de las conductas colectivas. Allí muestra algunos rasgos coincidentes de los dos estudiosos a la hora de comprender ciertos comportamientos sociales en marcos urbanos. Véase "Tarde avec Park. A quoi servent les foules?", 2001, http://multitudes.samizdat.net/article.php3?id_article=76

perifèria

Número 10, Junio 2009

www.periferia.name

fenómeno social urbano, en especial por lo que hace a singularidades y regularidades visibles en el comportamiento de las personas en el medio citadino:

Gran parte de los habitantes de la ciudad, incluidos aquellos que viven en viviendas populares y apartamentos (...) se cruzan, pero no se conocen entre ellos (...) Esto permite a los individuos pasar rápidamente y fácilmente de un ambiente moral a otro, y alienta el fascinante aunque peligroso experimento de vivir al mismo tiempo en mundos diversos contiguos y sin embargo completamente separados. Todo ello tiende a conferir a la vida ciudadana un carácter superficial y casual, a complicar las relaciones sociales y producir nuevos y divergentes tipos de individuos...⁴

La ciudad no sólo hace posible que distintas personas tengan a la vez distintas relaciones, sino que éstas posean un carácter de extrañamiento, superficialidad y transitoriedad. Esa idea de la dislocación y heterogeneidad en las relaciones sociales urbanas, tema recurrente en Park, es sin duda una deuda con algunos trabajos de Simmel, que años antes había percibido cómo en la ciudad se daba una "acrecentación de la vida nerviosa", una excitación de los sentidos -especialmente de la vista, producto de la sobreexposición a estímulos de toda laya a que se ven sometidos los habitantes de la urbe. En esas condiciones de lo que podríamos llamar irritación anímica surgen ciertos comportamientos y actitudes propias de la vida en la metrópoli que son justamente las que permiten vivir en ella sin sobresaltos mayores, pues

... si al contacto constantemente externo con innumerables personas debieran responder tantas reacciones internas como en la pequeña ciudad, en la que se conoce a todo el mundo con el que uno se tropieza y se tiene una relación positiva con cada uno, entonces uno se atomizaría

⁴ Robert E. Park, "The city: suggestions for the investigation of human behavior in the urban environment", en *The city: suggestions for the investigation of human behavior in the urban environment*, Midway Reprint, pp. 40-41. Sobre este tema véase también Hannerz, *Exploración de la ciudad*, pp. 35-37

perifèria

Número 10, Junio 2009

www.periferia.name

internamente por completo y caería en una constitución anímica inimaginable. En parte esta circunstancia psicológica, en parte el derecho a la desconfianza que tenemos frente a los elementos de la vida de la gran ciudad que nos rozan ligeramente en efímero contacto, nos obligan a esta reserva, a consecuencia de lo cual a menudo ni siquiera conocemos de vista a vecinos de años y que tan a menudo nos hace parecer a los ojos de los habitantes de las ciudades pequeñas como fríos y sin sentimientos.⁵

Esa combinación entre proximidad y distanciamiento marca de manera importante el carácter del urbanita sobre el que Simmel desvela dos actitudes fundamentales que son internalizadas por aquél: la actitud *blasé* y la reserva. La actitud *blasé* (de indiferencia o desgano frente a las cosas) es la respuesta del individuo a la rapidez y las contradicciones de la estimulación nerviosa y está asentada en la relación de los sujetos con los objetos. La reserva es necesaria para sobrellevar el anonimato de la calle, constituyéndose también en la base para la libertad del individuo, puesto, asentada dentro de las relaciones entre los sujetos, consiste básicamente no en ocultar las identidades sino más bien en disimularlas, en mantenerlas protegidas en todo momento por una especie de película que permita salir airoso de las situaciones comprometidas que puedan sobrevenir en la calle. El hombre y la mujer metropolitanos aspiran en principio, en efecto, a ser tomados por lo que pretenden parecer y eso garantiza al menos en la teoría que, cuando se cruzan con alguien por la calle, se reserven el derecho de mostrarse como realmente consideran que son; en eso radica la fuerza de su libertad. Esto no significa que los urbanitas no experimenten todos los matices de la vida emocional, pero se escamotean a la atención ajena. Esas actitudes corresponden a la "inatención de urbanidad" de la que habla Goffman, aquel mecanismo conductual que hace posible

⁵ Georg Simmel, "Las grandes urbes y la vida del espíritu", en *El individuo y la libertad*, Península, 2da. Edición, Barcelona, 1998, p. 253

perifèria

Número 10, Junio 2009

www.periferia.name

las relaciones en público y que también deja traducir la confirmación de una confianza mutua basada en una política de la cortesía y la indiferencia.⁶

En ese sentido la figura del extranjero simmeliano reflejaría muy bien la esencia de la vida urbana, sobre todo en lo que se refiere a la movilidad, a esa relación de distancia/proximidad que, por otra parte, se podría interpretar también como una metáfora de la modernidad, pues ésta se enraíza y se relaciona fuertemente con la vida metropolitana. El extranjero es “el emigrante en potencia, que, aunque se haya detenido, no se ha asentado completamente”,⁷ de ahí que su esencia sea “movible, entra ocasionalmente en contacto con todos los elementos del grupo, pero no se liga orgánicamente a ninguno por la fijeza del parentesco, de la localidad o la profesión”. Es, en cierto modo, un ser que, aunque percible, es inasible, o mejor, incalificable dentro de unos parámetros dados, pues es “más que un tipo social que pudiera circunscribirse de una vez por todas (...) es una forma de socialidad misma como relación más allá del vagabundeo”.⁸ Está ahí, pero de algún modo pertenece al afuera. Es su carácter ambiguo lo que le permite desplazarse con soltura por las distintas superficies de la ciudad; son el urbanita y la urbanita avezados en el arte de los tránsitos y las interacciones efímeras, que no pierden la coraza que los resguarda del tumulto y las miradas de los demás y que los mantiene en todo momento a una prudente distancia en la proximidad física que impone el hecho de compartir un espacio altamente denso. Así, el extranjero es el ciudadano por excelencia en una doble acepción: representa una experiencia

⁶ La inatención de urbanidad “consiste en mostrarle al otro que se lo ha visto y que se está atento a su presencia (él mismo debe hacer lo propio) y, un instante más tarde, distraer la atención para hacerle comprender que no es objeto de una curiosidad o de una intención particular. Al hacer este gesto de cortesía visual, la mirada del primero puede cruzarse con la del otro, sin por ello autorizarse un ‘reconocimiento’. Cuando el intercambio se desarrolla en la calle, entre dos transeúntes, la inatención de urbanidad toma a veces la siguiente forma: miramos al otro a dos metros aproximadamente; durante ese tiempo, se reparten por gestos los dos costados de la calle, luego se bajan los ojos en el momento en que el otro pasa, como si se tratara de un intercambio de semáforos. Éste es, probablemente, el menor de los rituales interpersonales, pero el que regula constantemente nuestros intercambios en sociedad”. Goffman en Isaac Joseph, *Erving Goffman y la microsociología*, Gedisa, Barcelona, 1999, p. 77-78

⁷ Georg Simmel, *Sociología 2. Estudios sobre las formas de socialización*, Revista de Occidente, Madrid, 1977, p. 716-717.

⁸ *Ibidem*, p. 717

perifèria

Número 10, Junio 2009

www.periferia.name

compartida de esos trazos de vida urbana, pero también es una individualidad excepcional que acumula y particulariza esas experiencias urbanas.⁹

Es también el *flâneur* de Baudelaire que surge en el París decimonónico y que Benjamín recuperó para mostrar ese carácter ambiguo y perspicaz del paseante que se desplaza con liquidez por las calles de la ciudad;¹⁰ paseante que se convierte en voyeurista del espectáculo de la calle, observando su movimiento incesante y confundiéndose entre la multitud sin despertar sospechas, justamente porque conoce como nadie el arte de la representación y la máscara.¹¹ Se mueve a través de calles, plazas, arcadas experimentando en cierta medida ese mundo de significados alegóricos de las grandes ciudades; sus políticas de paseo de algún modo instauran el nacimiento de una nueva subjetividad urbana. Este *flâneur* moderno sin embargo no encuentra las connotaciones del peripatético de Sócrates, pues no busca un público que escuche sus diálogos -de hecho no tiene nada que contar, se limita a mirar-, su lucha particular parece consistir en ser uno más dentro de la muchedumbre de la calle. Es, si se quiere, un paradigma de lo que pudiera ser ese derecho a la indiferencia, a que cualquier persona pueda trasegar por donde quiera sin que se le tenga en cuenta. Ambos, el extranjero y el *flâneur*, representan en definitiva una misma cosa: un tipo de actor social que se constituye en una forma de sociabilidad emblemática de la ciudad, la personificación de un modo de ser móvil, individual, cosmopolita, excéntrico, que navega dentro de relaciones contingentes, cambiantes, transitorias y frecuentes, dentro de espacios igualmente móviles y en constante transición.

⁹ Lorenza Mondada, *Décrire la Ville. La construction des savoirs urbains dans l'interaction et dans le texte*, Anthropos, París, 2000, p. 52.

¹⁰ Véanse Walter Benjamín, *Historias y relatos*, Muchnik Editores, Barcelona, 2000, y Graeme Guilloch, *Myth and Metropolis (Walter Benjamin and the City)*, Polity Press, London, 1996

¹¹ La figura del *flâneur* aún continua siendo polémica y contradictoria, y plagada de un cierto carácter etnocéntrico y sexista en el sentido de que pareciera que esa figura inaugurada por Baudelaire, y luego retomada con tanta lucidez por Benjamín, presentara una experiencia urbana exclusivamente masculina, una encarnación de la mirada del varón sobre la ciudad. Pues en el siglo XIX la mujer no tenía la misma libertad de movimientos en los espacios públicos que los hombres y aún hoy, pese a la introducción definitiva de la mujer en la esfera laboral que la ha sacado de las paredes de la casa para adentrarse definitivamente en el reino público, sus tránsitos fluidos por cualquier espacio-tiempo de la ciudad constituyen, al menos en principio, una cuestión de fe. Así que la construcción de un abordaje de la ciudad desde una mirada femenina, la de la *flâneuse*, es un proceso que apenas comienza.

perifèria

Número 10, Junio 2009

www.periferia.name

2. La ciudad desde la filosofía

Antes de proseguir con las implicaciones de la vida en la ciudad, parece al menos sugerente hacer una digresión en torno a la manera cómo está ha sido percibida por la filosofía sin otra pretensión mayor que no sea la de mostrar esas visiones generales en torno a la misma. De hecho, en pensadores como Rousseau o Nietzsche, por citar sólo dos ejemplos, se pueden encontrar algunas alusiones literales a la vida en la ciudad, si bien desde perspectivas distintas, pero que de alguna manera aportan algunas luces para entender lo que hoy se considera como vida urbana. En sus *Carta a D'Alembert* Rousseau hace una crítica a la vida metropolitana a través del rechazo al mundo de apariencias que se da en las grandes ciudades junto con la pérdida de los sentimientos morales.¹² Por ello alaba la vida de los pueblos donde la gente se muestra tal como es, en una perfecta combinación con los sentimientos morales: lo uno refleja lo otro. Para entender esta posición del autor del *Emilio* es necesario tener en cuenta su percepción del declive de la cultura de los tiempos modernos, particularmente porque ésta ha sido presa del poder del dinero. El hombre ha perdido su estado natural y nunca puede recuperarlo. La única posibilidad para enriquecerlo consiste en un equilibrio entre el estado perdido de la naturaleza y el estado de la cultura por el otro. Tal estado de equilibrio no puede darse en los escenarios urbanos presos de la especulación económica y de la apariencia social. Solo puede ser vivido, mantenido y corporizado en un pueblo pequeño que tenga una constitución republicana y donde reine la transparencia en las relaciones sociales. Este tipo de consideración pudo tener cierta influencia en la forma como se desarrolló el urbanismo en épocas posteriores que de alguna manera se refleja en la preocupación por el tremendo crecimiento de la ciudad y por el rechazo a los daños ecológicos y las devastaciones que las ciudades industriales podrían llegar a causar. En ese sentido la *Garden City* de Howard está muy próxima a los planteamientos de Rousseau, lo mismo que la *cité radiéuse* de Le Corbusier. Otros, como Mumford, no rechazaban ninguna institución

¹²Jean-Jacques Rousseau, *Carta a D'Alembert*, Tecnos, Madrid, 1994.

perifèria

Número 10, Junio 2009

www.periferia.name

urbana, pero si propugnaban por poner límite al crecimiento desaforado de las ciudades pues a la larga éste significaría su declinación, su muerte.¹³

Nietzsche, mientras tanto, en su *Así habló Zaratustra*, de 1880, hace una crítica aguda a la metrópoli y al dinero que la corrompe.¹⁴ El héroe nietzschiano circula por los alrededores de la gran ciudad evitando entrar en ella, quizá para no contaminarse con ese mundo abyecto aplastado por un signo económico que marca los cuerpos y las conciencias. "Oh, Zaratustra, aquí está la gran ciudad: aquí no tienes nada que buscar y todo que perder"¹⁵ advierte el necio a Zaratustra mientras le dice, "El dios de los ejércitos no es el dios de las barras de oro; el príncipe propone pero ¡el tendero dispone! (...) escupe a la ciudad de las almas aplastadas y de los pechos estrechos, de los ojos afilados, de los dedos viscosos (...) en donde todo lo podrido, desacreditado, lascivo, sombrío, superputrefacto, ulcerado, conjurado supura todo junto...". Y entonces Zaratustra contempla la ciudad y reflexiona: "¡Ay de esta gran ciudad! ¡Yo quisiera ver ya la columna de fuego que ha de consumirla!".¹⁶ Y pasa de largo. El aire corrosivo lo envuelve todo; allí los placeres y los vicios tienen su casa, y eso significaría su destrucción por eso Nietzsche saca a su héroe de la ciudad y su cultura y lo envía a la montaña donde es posible vislumbrar ese superhombre, que es la negación de Dios. Con esto se da por descartado que la modernidad pueda encontrar su origen en el reino de la metrópolis y que allí pueda surgir el hombre que se trascienda así mismo. "Donde no se puede continuar amando se debe -¡pasar de largo!".

Pero esas no son las únicas alusiones filosóficas a la vida urbana; de hecho en un interesante ensayo, Hainz Paetzold atiende a algunas de ellas -literales y metafóricas- que van de Descartes a Lefebvre, mostrando tres líneas generales a

¹³ Sobre la tradición antiurbana que se desarrolla a lo largo del siglo XIX, véase Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire: la experiencia de la modernidad*, Siglo XXI, Madrid, 1988.

¹⁴ Friedrich Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, Alianza Editorial, Madrid, 1998, p. 273

¹⁵ *Ibidem*, p. 275

¹⁶ *Ibidem*, p. 277

perifèria

Número 10, Junio 2009

www.periferia.name

través de las cuales se conciben la ciudad y la vida urbana.¹⁷ Una línea a la que se podría denominar como de rechazo a la vida en la ciudad, en donde ésta es vista como un ser superficial y siempre bajo el influjo de la mentalidad intolerante de los comerciantes (allí estarían Nietzsche, Oswald Spengler y Martin Heidegger).¹⁸ Una segunda línea esbozada combina de un lado el rechazo a la gran ciudad y, del otro, una exaltación de la vida tranquila de los pueblos o ciudades pequeñas por considerar que sólo allí se puede encontrar un alto grado de transparencia en la vida social que no es posible hallar en las grandes metrópolis, línea comenzada por Rousseau y desarrollada de alguna u otra manera por Howard, Mumford y otros urbanistas contemporáneos que ven el “peligro” en que se convierte una ciudad que se sale de sus cauces. La tercera tendencia considera a la ciudad como un marco de posibilidades contradictorias, pues en el seno de una disposición plena a la utopía también puede viajar el gusano de la catástrofe. Dentro de esta tradición, la ciudad y los procesos de modernización tienen una doble faz, pues por un lado el abrupto e incontrolado proceso de urbanización produce graves consecuencias sociales y ambientales y un predominio de la ciudad sobre el campo, y, por el otro, la enorme cantidad de comodidades que se concentran dentro del espacio urbano sólo pueden ser apropiadas en su interior. Lo cual implica en principio una relación dialéctica entre ambos elementos en el seno de la vida urbana. A esta línea inaugurada de alguna manera por Marx y Engels y Weber muchas nuevas ideas han sido añadidas, desde las Simmel o Walter Benjamín, hasta H. Lefebvre, entre otros.

3. Ciudad y vida urbana

Los planteamientos anteriores sugieren de antemano la asunción de una noción de ciudad que supera aquella relacionada con la disposición espacial, es decir, como un mero lugar físico donde se asientan los distintos sistemas de poder y se encaminan más bien a considerarla como un modo de vida, esto es, como un espacio donde surgen y se desarrollan maneras vitales de características singulares. Y no podría

¹⁷ Heinz Paetzold, “The philosophical notion of city”, (from the *City Life*), en *The city cultures readers*, Malcom Miles, Tim Hall and Lain Borden, (eds), Routledge, Londres, 2000.

¹⁸ *Ibidem*, p. 208.

perifèria

Número 10, Junio 2009

www.periferia.name

ser de otra manera si se tienen en cuenta algunos rasgos fundamentales de las grandes metrópolis ligados a las nociones de dimensión, densidad y heterogeneidad, a partir de las cuales la ciudad sería una composición espacial definida por el asentamiento de un amplio conjunto de construcciones estables en la que reside una colonia humana conformada más bien por desconocidos entre sí. Ahora bien, desde la perspectiva de aquella primera ciencia social de la ciudad, ésta deja de ser un mero objeto y se convierte en una manera de vivir marcada por “la aglomeración, esto es, densidad de población, de objetos producidos y de símbolos”, que “condiciona la interacción de los individuos y de los grupos que viven en ella...”.¹⁹ Esta acepción señala un punto de inflexión en el estudio de la ciudad que se sale de los marcos de esa ecología espontánea tan importante para la Escuela de Chicago y se adentra en esas formas sociales urbanas registrables que se reproducen en un contexto diverso y heterogéneo y en las que cada cual vive indefectiblemente inmerso en un mundo de extraños plagado de relaciones - nunca mejor dicho- *sobre la marcha* y por lo tanto superficiales.

Esa distinción entre ciudad y vida urbana sugerida implícitamente por Wirth, es formalizada por Henri Lefebvre, quien dilucida la primera como “una realidad presente, inmediata, dato práctico sensible, arquitectónico”, y la segunda como “una realidad social compuesta por relaciones a concebir, a construir o reconstruir”. En tal sentido la ciudad es un sitio y lo urbano “algo parecido a una ciudad efímera”, pues es ante todo “una forma radical de espacio social, escenario y producto de lo colectivo haciéndose así mismo, un territorio desterritorializado en que no hay objetos sino relaciones diagramáticas entre objetos, bucles, nexos sometidos a un estado de excitación permanente”.²⁰ Estos planteamientos no entrañan una separación, confusión o reducción a la “inmediatez sensible” de las relaciones existentes entre ambas dimensiones, pues lo urbano, la vida urbana, no

¹⁹ Louis Wirth, “El urbanismo como forma de vida”, en M. Fernández Martorell (ed.), *Leer la ciudad*, Barcelona, Icaria, 1988. Véase también Richard Sennet, *Vida urbana e identidad personal*, Península, Barcelona, 1975, pp. 95-104

²⁰ Manuel Delgado, “De la ciudad concebida la ciudad practicada”, *Archipiélago*, 62 (septiembre 2004), pp. 7-13.

perifèria

Número 10, Junio 2009

www.periferia.name

puede prescindir de una base práctico-sensible, de una morfología en la cual se origina y cobra sentido. Desde esa perspectiva, los elementos de la espacialidad urbana se pueden ver desde dos puntos significantes: por un lado las calles pueden ser percibidas como un lugar de encuentro, como un espectáculo diverso, en el cual se es actor y espectador al mismo tiempo, en una ejecución casi coreográfica (la calle es la ejecución de un ballet, dice Jane Jacobs²¹); pero, del otro lado, los espacios urbanos actuales, en cuanto formalizaciones arquitectónicas, son también colonizados por la economía del consumo y la ostentación de comodidades. Sea como fuere, la ciudad implica la síntesis y la multiplicación de lo divergente y lo dispar; pero la cosa más importante es la apropiación de todos sus productos y su uso. Como escribe Lefebvre: “El derecho a la ciudad (...) sólo puede formularse como derecho a la vida urbana, transformada, renovada. Poco importa que el tejido urbano encierre el campo y lo que subsiste de vida campesina, con tal que ‘lo urbano’, lugar de encuentro, prioridad del valor de uso, inscripción en el espacio de un tiempo promovido al rango de bien supremo entre los bienes, encuentre su base morfológica, su realización práctico-sensible”.²²

Para matizar lo dicho hasta aquí, está claro que la ciudad no se reduce a la vida urbana y viceversa, pues podría haber ciudades con características no urbanas (o pueblos grandes que sí las tengan), y elementos urbanos más allá de las ciudades. Ese “poco importa que lo urbano encierre el campo” de la cita anterior ya intenta problematizar una relación que no es estática, ni definitiva, sino que se va construyendo a partir de las prácticas y los usos, de un estar dentro de las urbes. No obstante, se puede decir que posiblemente algunas características de la ciudad incidan de manera importante en el surgimiento de lo urbano, tal como lo intuyó Louis Wirth, pero sin que esas sean determinantes o condición *sine quanon* para

²¹ Jacobs, *Muerte y vida de las grandes ciudades*, p. 17

²² Henri Lefebvre, *El derecho a la ciudad*, Península, Barcelona, p. 138. Ese derecho a la ciudad se aleja por supuesto del urbanismo de Haussman y el funcionalismo de Le Corbusier, que excluyen a los menos privilegiados de los centros urbanos, así como de cualquier otro intento de domesticar el espacio urbano poniendo cortapisas a las apropiaciones no controladas de calles y demás lugares de encuentros y tránsitos. Jane Jacobs habla de esta “programación urbanística anti-ciudades que podía dar lugar a reales y verdaderas ciudadelas de iniquidad y perfidia”, cuyo promotor fue Le Corbusier y su ciudad radiante. *Muerte y vida de las grandes ciudades*, p. 25

perifèria

Número 10, Junio 2009

www.periferia.name

que éste se produzca. En ese sentido su importancia radica en que facilitan la irrupción de una forma social visible en ciertas partes de la ciudad, esto es, en los lugares públicos o semipúblicos, como calles, plazas, parques, bares, centros comerciales y en todos aquellos escenarios en que pueda observarse lo que Jean Remy llamaba *urbanización*, "ese proceso consistente en integrar crecientemente la movilidad espacial en la vida cotidiana, hasta un punto en que ésta queda vertebrada por aquélla".²³

En términos generales lo urbano es sólo una forma de vida más que se origina y se visibiliza preferentemente, pero no exclusivamente, en la metrópoli. La complejidad de ésta reside justo en que allí se establecen de manera permanente y rutinaria los tres reinos sociales de los que habla Lyn H. Lofland: el reino privado, el comunitario y el público, cuyas fronteras se pueden percibir líquidas y difusas.²⁴ El reino privado (*the private realm*) tiene que ver con los lazos que se establecen entre miembros de un grupo primario que pueden estar localizados dentro de la casa y las redes personales (el mundo de la casa y los amigos); el reino comunitario (*the parochial realm*) se caracteriza por el sentido de concordancia o pertenencia entre conocidos y vecinos que se involucran en redes interpersonales localizadas dentro de comunidades (el lugar de trabajo, asociaciones o las redes de conocidos); el reino público (*the public realm*), por su parte, es el mundo de extraños y de la calle, que sólo surge a partir de la invención de la ciudad. Éste únicamente puede darse en el espacio público cuyos perfiles configurantes lo hacen distinto de las otras esferas de la actividad social, de los otros territorios sociales, básicamente porque en él los individuos en copresencia tienden a ser personalmente desconocidos o sólo categorialmente conocidos los unos con los otros. Estos reinos, como territorios sociales, están localizados dentro del marco material de las ciudades pero no se definen por ese espacio físico, sino por las formas relacionales

²³ Jean Remy y Liliane Voyé, *La ville : vers une nouvelle definition?*, L'Harmattan, Paris, 1992, p. 14.

²⁴ Mediante la distinción de esos tres "reinos" (*private realm, parochial realm, public realm*) Lyn H. Lofland trasciende la dicotomía público/privado para explicar el fenómeno urbano y enunciar los diferentes tipos de vida que allí pueden darse. Véase su *The Public Realm. Exploring the city's quintessential social territory*. Aldine de Gruyter, Nueva York, 1998, pp. 10 -12

perifèria

Número 10, Junio 2009

www.periferia.name

predominantes. De esa manera un reino privado existe cuando la forma relacional dominante que se encuentra en algún espacio físico es la intimidad; un reino comunitario, cuando la forma dominante de relación es comunal, y un reino público, cuando la forma dominante es entre extraños o conocidos categoriales.²⁵ Así que, como se advirtió antes, la forma de relación que interesa en este esbozo teórico es justamente aquella que se manifiesta entre desconocidos o conocidos de vista cuyo espectro parece recorrer los espacios públicos y no otras enmarcadas dentro del vecindario, asociaciones, familias y otras corporaciones. Desde esa perspectiva, se apuesta por una mirada a las minucias cotidianas, detritus de una sociedad que parece des-bordarse a sí misma.

Aunque sería reduccionista decir que la ciudad como tal es sólo lo urbano, también está claro que sin esa agitación constante producida por los habitantes en sus formas de hacer, en los tránsitos y recorridos a través de los múltiples espacios, la ciudad, en su sentido pleno, no existiría. Pues, como se ha visto, ella no es sólo la forma ni las líneas que señalan su perfil (un objeto), sino la marejada de seres que la viven, la sueñan, la evocan, la re-memoran y la transitan, en un constante cruce de experiencias y sentidos. Allí la vida social hierve y se corporeiza en cientos de movimientos, prácticas y apropiaciones de su espacio público: la materia primigenia de lo urbano. Este espacio social es permanentemente construido a través de las vivencias y de las prácticas que son el reflejo de muchas realidades, inmersas en, retomando una expresión de Borges, un infinito juego de azares y que aluden a ciertas regularidades inestables esbozadas por Lefebvre en torno al espacio social: "Los grandes movimientos, los ritmos vastos, las grandes olas se interfieren, se chocan. Los pequeños movimientos se compenetran; cada lugar social no puede, por lo tanto, comprenderse sino a través de su doble determinación: empujado, arrastrado, a veces fracturado por los grandes movimientos -aquellos que producen

²⁵ *Ibidem* pp. 12-15.

perifèria

Número 10, Junio 2009

www.periferia.name

las interferencias-; pero al mismo tiempo atravesado, penetrado por los pequeños movimientos, los de las redes y los renglones".²⁶

En resumen, la vida urbana, en el sentido que se ha venido exponiendo aquí, sólo se produce y visibiliza con todos sus matices en el espacio público de las grandes ciudades. Éste se convierte en el escenario no de una sociedad estructurada, hecha, sino en una superficie en que se desliza y actúa el "animal limitado de las ciudades", los hombres y mujeres de una "comunidad estructuralmente inconclusa" tal como lo advirtiera Joseph, es decir de una sociedad forjándose constantemente, de la cual sólo se perciben esas formas efímeras, fragmentarias que parecen estar en un constante hacer y deshacer y que son el reflejo de una realidad pixelada al infinito.²⁷ Y acerca de esas formas lábiles y esos personajes anónimos de la calle, cuerpos que se desplazan de manera concertada incluso en las ocasiones más polémicas, es que este desglose teórico cobra sentido.

4. Lo urbano y el espacio público

Como se ha venido diciendo, la ciudad es más que un territorio desproporcionado y conflictivo y puede ser pensada como un escenario de donde surge y en que se desarrolla preferentemente un tipo de vida singular marcada por la tendencia a la dislocación y la desafiliación, eso que hemos convenido en llamar *lo urbano*. No de otra forma se entiende la convivencia más o menos feliz -en términos de tránsitos y desplazamientos- de esa concentración de extraños que allí se manifiesta, una concentración cuya organización mínima sería imposible sin los requerimientos básicos que permiten la emisión y recepción de señales casi siempre fugaces, que deben decodificarse al instante; de ahí las estrategias, negociaciones, pactos surgidos de manera imprevista e imprevisible, pero en la mayoría de las veces a tono con la situación. Emergencias válidas para ordenar una textura urbana cuya esencia se condensa en un marco al que podemos acordar llamar *espacio público*.

²⁶ Henri Lefebvre, *La production de l'espace*, 2eme édition, Editions Anthopos, París, 1981, p. 105

²⁷ Isaac Joseph, *Retomar la ciudad, el espacio público como lugar de la acción*, Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín, 1999, p. 3.

perifèria

Número 10, Junio 2009

www.periferia.name

Así pues, el espacio público de las ciudades se constituye por antonomasia en el lugar de lo urbano como urdimbre de relaciones efímeras y superficiales entre desconocidos o conocidos "de vista", centro de prácticas y movimientos fragmentarios y difícilmente asibles, pero casi siempre visibles. Es principalmente en el centro de las ciudades -entendido no en un sentido meramente geográfico, sino como el lugar de la centralidad urbana, lugar en que, parafraseando a Virginia Wolf, "las cosas se juntan"- donde se produce esa concentración de extraños que comparten temporalmente un espacio, en que, a través de la gestión de la mirada y el lenguaje corporal, comunican sus intenciones prácticas inmediatas, intenciones que aluden en principio a las formas de tránsito, esto es, a los desplazamientos y a la ocupación espacial. Por tanto una calle se constituye en un escenario idóneo para toda clase de eventos, para interacciones efímeras y situaciones a veces insospechadas. Desde ese punto de vista el espacio público es ante todo un espacio social potencial, en el sentido de que se llena y cobra sentido en y por las prácticas y usos que allí se vertebran. Pero, ¿qué se entiende aquí por *espacio público*?

Dado que existen distintas definiciones de esa noción y de los términos que la componen, se hace precisa en este punto una toma de posición clara a la hora de establecer su significado aquí. El valor *espacio* se adopta asumiendo tanto su acepción kantiana, recogida por Simmel en tanto que "posibilidad de juntar", como la inspirada en Marx de Henri Lefebvre en tanto que *producción*, es decir como trabajo, labor de transformación por lo demás siempre inconclusa. El calificativo de *público* remite a lo que se somete al juicio y la contemplación de los demás, lo accesible a la mirada y a la opinión ajenas y tiene como antónimo lo *privado*, entendido como lo que se oculta, lo no mostrado, aquello que se sustrae a la consideración de los otros

Por *espacio público* se podría entender igualmente *espacio de titularidad pública*, noción que aquí se descarta. *Espacio público* es también uno de los conceptos que más se emplean en los discursos ideológicos hegemónicos y se refiere a lo que se imagina como escenario y concreción a la vez de aquellos principios de *ciudadanía* y *civilidad* en que en buena medida se basan, con voluntad legitimadora, ciertas

perifèria

Número 10, Junio 2009

www.periferia.name

políticas de control y exclusión socio-espaciales. En un sentido parecido, el urbanismo se refiere a los espacios públicos como uno de los escenarios predilectos en los que ejecutar la voluntad de los planificadores por apaciguar o mantener a raya lo urbano, identificado con la tendencia de la vida urbana a la inorganicidad y al enmarañamiento. Esa visión, que comparten de manera articulada tanto las instituciones políticas como el diseño urbano a su servicio, interpreta el espacio público como ese ámbito arquitecturizado y transparente, naturalmente abierto y democrático, en que es posible la ciudadanía universal, que habla del derecho de acceso y por tanto del derecho de uso sin ningún tipo de restricción a quien se demuestre competente para ello. Las fuentes teóricas de esa concepción tienen que ver con la filosofía política y la teoría comunicativa, para las cuales se trata de un espacio de debates, de controversia y de revelaciones que evocan el dispositivo democrático por excelencia; ahí está la esfera de la publicidad, en el sentido que, inspirándose en el republicanismo kantiano, le dieran Hannah Arendt y Habermas en sendos textos ya clásicos,²⁸ esfera regida, según Joseph, "por el placer sociable de hablar, de conversar libremente y sin esfuerzo, apelando en estos discursos voluntaristas regularmente a la virtud de la concertación".²⁹

La noción de *espacio público* que aquí se asume, en cambio, deriva de unas ciencias sociales que conceden primacía a las formas de vivir y al análisis de los espacios intersticiales y los vínculos escasamente estructurados que en ellos tienen lugar. Tal construcción está ligada entonces a los movimientos de la calle, vista como espaciamento, como espacio social regido por la distancia dentro de la copresencia, sin que ello niegue la predisposición a una solidaridad básica.³⁰ Espacio público viene a ser así una manera de aludir a un campo ampliado de la calle como institución social y lugar para la acción, de tal forma que abarque otros marcos emparentados con ella, a la par que diferenciables, a la manera de las

²⁸ Hanna Arendt, *La condición humana*, Paidós, Barcelona, 1998; Jürgen Habermas, *L'espace public. Archéologie de la publicité comme dimension constitutive*, Payot, París, 1978.

²⁹ Isaac Joseph, "Introduction", I. Joseph (ed.), *Prendre place. Espace public et culture dramatique*, Colloque de Cerisy, Editions recherches, París, 1995, p. 11.

³⁰ *Ibidem*, p, 12

perifèria

Número 10, Junio 2009

www.periferia.name

plazas, los vestíbulos de las estaciones, los centros comerciales, los transportes colectivos y, por supuesto, los parques urbanos, todos ellos espacios dispuestos para el encuentro, socialmente autoorganizados a partir de rituales de exposición y evitamiento.

Esta forma de concebir el espacio público -cuya génesis es por lo demás inequívocamente moderna-³¹ podría comprenderse también a partir de la conjunción de dos nociones que lo involucran y a las que ya se ha aludido: el espacio como producción -o mejor como coproducción- social y lo público como lugar de las visibilidades, de las puestas en común, donde tiene lugar una forma de interacción basada en lo superficial -lo que flota en la superficie- y lo visible, ámbito en que los copresentes han de confiar en la apariencia de los demás y dejarse guiar por los indicios de que son vehículo. Ello implica que ese espacio no es una realización en sí mismo, sino que está constituido -o mejor, en constitución- por prácticas, por representaciones simbólicas y discursos. En otras palabras, que es resultado interminable de vivencias y utilizaciones concretas, pues, como dice Lefebvre, una existencia social que no produzca su propio espacio no es más que una abstracción que no puede superar la esfera de lo ideológico o de lo cultural.³² Ello sugiere además que el espacio público es un ámbito virtual, por cuanto se puede ordenar de distinta manera según los movimientos, recorridos, usos de quienes lo viven y experimentan cotidianamente. En ese sentido, no sólo actúa como un marco material -fuente y recurso a la vez- sino que comprende las relaciones que allí establecen los individuos como usuarios-productores a partir de sus prácticas espaciales específicas, pues...

³¹ No voy a detenerme en esos orígenes de la noción de *espacio público* que aquí se maneja en la irrupción de la sociedad moderna, en oposición a la sociedad tradicional, en la línea del contraste canónico entre *Gemeinschaft* y *Gesellschaft* propuesta por Tönnies o entre *sociedad urbana* y *sociedad folk* de Robert Redfield y la Escuela de Chicago. Se asume aquí el axioma según el cual tal génesis se enraíza en profundas transformaciones culturales que afectaron, a partir de la revolución calvinista y el nuevo paradigma cartesiano, a la división entre lo interior y lo exterior, entre el mundo y las nuevas ideas sobre la subjetividad y el sujeto. Nada nuevo al respecto luego que Richard Sennett nos proveyera de la crónica crítica de tal proceso, a cuyas conclusiones me atengo. Véase al respecto, entre otras obras suyas, el fundamental *El declive del hombre público*, Península, Barcelona, 1974.

³² Lefebvre, *La producción de l'espacio*, p.131

perifèria

Número 10, Junio 2009

www.periferia.name

El espacio (social) no es una cosa entre las cosas, un producto cualquiera entre los productos, pues envuelve las cosas producidas, comprende sus relaciones en su coexistencia y su simultaneidad: orden (relativo) y\o desorden (relativo). Es el resultado de un conjunto de operaciones, y no puede reducirse a un mero objeto (...) Efecto de acciones pasadas, permite acciones, las sugiere o prohíbe. Entre estas acciones, unas se producen, otras se consumen, es decir son fruto de la producción. El espacio social implica múltiples conocimientos.³³

Esas prácticas espaciales también subvierten con frecuencia el orden establecido por los planificadores de espacio. En ese sentido Certeau ofrece una explicación casi lírica de cómo los comportamientos en el espacio público de la ciudad no se atienen a las intenciones de sus diseñadores, no se someten a ellas. Las ideologías dominantes y las fuerzas de poder -la *polis*- pueden ser subvertidas efectivamente por miríadas de microprácticas, de actos intencionales o de lecturas paralelas que los individuos hacen en la vida cotidiana y que retan efectivamente los modos dominantes de interacción. El paseo por la ciudad ocupa una posición particular en esas prácticas a través de las cuales es posible desafiar el orden urbano establecido. Las prácticas del caminante se constituyen en el eje sobre el cual se crea y se re-produce el espacio y que también vienen a metaforizar la realidad dinámica, fluida y casi incognoscible de la ciudad.

Cuando se escapa a las totalizaciones imaginarias del ojo, hay una extrañeza de lo cotidiano que no sale a la superficie, o cuya superficialidad es solamente un límite adelantado, un borde que se corta sobre lo visible. (...) Estas prácticas del espacio remiten a una forma específica de *operaciones* (de 'maneras de hacer'), a 'otra espacialidad' (una experiencia 'antropológica', poética y mítica del espacio), y a una esfera de influencia *opaca* y *ciega* de la

³³ *Ibidem*, pp. 88-89.

perifèria

Número 10, Junio 2009

www.periferia.name

ciudad habitada. Una ciudad *trashumante*, o metafórica, se insinúa así en el texto vivo de la ciudad planificada y legible.³⁴

Por otro lado, como lugar de visibilidades, el espacio se constituye en una clase de territorio social de publicidad y publicación inmediata y efímera. Se aparece ante los demás y éstos ante los otros, en acciones que muestran una labor práctica nunca acabada, es decir, en un continuo presente. En ese contexto se da una preeminencia de la vista sobre los otros sentidos, pues ésta no sólo es un instrumento para la acción sino que es la acción misma. A través de la mirada se percibe la "identidad social" del otro, quedan al descubierto sus intenciones inmediatas, sus trayectorias y en consonancia con eso se sabrá como actuar.³⁵ De ahí ese tipo de interacción que se da en los espacios públicos y que Goffman distinguió entre *no focalizada* y *focalizada*, formas de comunicación interpersonal que resultan de la simple copresencia y que se constituyen como tales aun si la reciprocidad de las personas se reduce a la mera observabilidad mutua (como ocurre entre dos transeúntes que se cruzan en una calle).³⁶ En ese contexto, la cortesía visual de la inatención es una forma importante de la interacción no focalizada, una manera de mirar que consiste en atenuar la observación y que se constituye en la primera etapa del encuentro.³⁷ Las interacciones focalizadas están ligadas al sentido del lugar e implican una manutención compartida de un mismo foco visual, en una disposición cara a cara, esto es, de una determinada proximidad física.³⁸ En ambos casos es importante la gestión de los gestos y las miradas que son las que en últimas determinan también el tipo de interacción, de tal manera que el paso de una a la otra se manifiesta, entre otras cosas, por un cambio

³⁴ Michel de Certeau, *La invención de lo cotidiano*, Universidad Iberoamericana, México, 1996, p. 105. Cursivas del autor.

³⁵ Esa identidad social está enfocada en el sentido que efectivamente le da Goffman, para referirse a las categorías sociales a las que puede pertenecer o ver que pertenece un individuo: grupo de edades, sexo, clase, etc. Goffman, *Relaciones en público*, Alianza, Madrid, 1979, p. 195

³⁶ Joseph, *Erving Goffman y la microsociología*, p. 74

³⁷ *Ibidem*, p. 78.

³⁸ *Ibidem*, p. 73.

perifèria

Número 10, Junio 2009

www.periferia.name

observable en la orientación visual sostenida dentro de una situación de copresencia. Estas formas visibles de interacción en ambientes urbanos equivaldrían de alguna manera a la oposición *mirada focalizada/mirada no focalizada*.³⁹ Dentro del primer caso, las orientaciones visuales manifiestan una modalidad de participación en la interacción, asumiendo funciones pragmáticas, y dentro del segundo caso, actualizan un régimen de reconocimiento fundado en la no participación y la distancia a través de la cual se organiza la presencia mutua en el extrañamiento. Aquí los actores no se ven comprometidos en interacciones puntuales, salvo en aquellas acciones recíprocas a las que de alguna manera "obliga" una situación concreta, como desplazarse por la calle o por los pasillos de una estación del metro, sin participar por ello en acciones conjuntas. Aquí se habla de una política de la inatención, que implica una forma de tener en cuenta al otro pues se necesita de su acompañamiento concertado no sólo para los tránsitos callejeros, sino para mantener en juego las competencias de los miembros del grupo social conformado efímeramente, eso a lo que se da en llamar "la gente".

5. El espacio público como lugar de la re-presentación y las visibilidades

Ese carácter sensible del espacio público está dotado de unas cualidades materiales que le convierten, como se dice arriba, en un escenario de y para la observación, esto es, para mirar y ser mirado, para la visibilidad mutua. Y no podría ser de otra manera, porque es a partir de esas visibilidades que se ordena la ocupación del espacio en una simultaneidad organizada de prácticas protagonizadas, casi siempre, por extraños mutuos. Y quizá esa misma característica ha dado lugar a que tome fuerza, por ejemplo, la metáfora teatral planteada por Goffman a lo largo de su obra para comprender lo que allí ocurre. El escenario de representaciones

³⁹ Louis Quéré y Dietrich Brezger, retoman los términos *unfocussed look* y *focussed look* de Sudnow, para mostrar el paso de una interacción no focalizada a una focalizada en donde la orientación visual es determinante. Cuando se muda de una a la otra se abandona la inatención de urbanidad que preserva la distancia en la copresencia y se manifiesta una suerte de intercambio recíproco que implica que ambas partes se han dado cuenta de sus respectivas presencias. En ese momento la atención en los detalles es esencial para organizar el curso de la acción. Véase Louis Quéré y Dietrich Brezger, "L'Etrangeté mutuelle des passants. Le mode de coexistence du public urbain", *Les Annales de la Recherche Urbaine* no. 57-58, 1992, pp.92-93

perifèria

Número 10, Junio 2009

www.periferia.name

goffmaniano intenta describir el trabajo de configuración que libran los participantes de una situación cualquiera de la vida cotidiana utilizando el lenguaje y las metáforas del cuadro teatral. Ello permite mostrar, entre otras cosas, cómo en los umbrales de la vida urbana, tiene lugar un trabajo de encuadre y reparación que puede ser interpretado, por una parte, como un ritual destinado a arreglar ofensas reales o virtuales, de alguna manera ligadas a la vulnerabilidad de los territorios de cada persona, y de otra parte, dice Joseph, como un lenguaje corporal productor de señales efectivas que señalan el inicio de una interacción o simplemente para distribuir la atención dentro de un millón de relaciones densas y dispares.⁴⁰ Desde esa perspectiva, el parque, una calle o una plaza operan como un proscenio, como un decorado en que los actores/transeúntes/usuarios parecen seguir los lineamientos de una trama general, cuyo fin último podría ser la coexistencia sin sobresaltos a partir de la mutua previsibilidad de las acciones y las iniciativas. En ese contexto se ponen en juego las habilidades no sólo de representación, cuyo peso, como en el teatro, recae principalmente en el manejo corporal, en la gestión de las emociones y las miradas, sino también en la capacidad de improvisación, de actuar de manera coherente sobre la marcha y salir indemne de cualquier barrera o interferencia que pueda presentarse durante su actuación. A través de esos mecanismos es posible dar “forma y estructura dramática a ciertos temas que, de otro modo, resultan intangibles. Mediante el vestido, la gesticulación y la postura corporal podemos representar una lista heterogénea de cosas inmateriales que sólo tienen en común el hecho de que son significantes en nuestra vida...”.⁴¹

No muy lejos, Habermas retoma la por demás vieja metáfora teatral para plantear la acción dramática como una superficie donde “todo agente puede controlar el

⁴⁰ Isaac Joseph, “L’univers des rencontres et la vulnérabilité des engagements”, en *Les Cahiers de Philosophie*, no. 17, 1993, p. 223

⁴¹ Goffman, *Los momentos y sus hombres*, Paidós, Barcelona, 1991, p. 188-189. Dice Goffman más adelante que una “cuestión fundamental en todas las interacciones cara a cara es la relación entre los participantes, es decir, qué es lo que cada uno de ellos puede asumir efectivamente que el otro sabe. Esta relación es efectivamente independiente de su contexto, y se extiende más allá de cualquier situación social a todas las ocasiones en que dos individuos se encuentran”, p. 194

perifèria

Número 10, Junio 2009

www.periferia.name

acceso de los demás a la esfera de los propios sentimientos, pensamientos, actitudes, deseos, etc., a la que sólo él tiene un acceso privilegiado. En la acción dramaturgica los implicados aprovechan esta circunstancia y gobiernan su interacción regulando el acceso a la propia subjetividad".⁴² En ese contexto, los individuos se autoescenifican puesto que éstos no hacen gala de un comportamiento expedito y espontáneo, sino más bien de uno aprendido justamente en esas circunstancias prácticas y que en últimas responde a una "estilización de la expresión de las propias vivencias con vistas a los espectadores". Es decir, los individuos no hacen más que "utilizar" esos elementos elaborados para presentarse así mismos lo más convincente posible pero resguardando siempre esa parte fundamental de su subjetividad. Este concepto hace referencia principalmente a los participantes en una interacción cara a cara en la que hay una alternación en los papeles: los unos y los otros se constituyen en actores y público a la vez. El propósito último de cualquier actor es, como se ha dicho, suscitar una determinada imagen en el espectador, determinadas impresiones que comuniquen algunos elementos de sí adecuados en orden a participar en esas circunstancias particulares de la acción. Habermas se aleja un poco de esos parámetros limitativos de la dramaturgia e insiste en una acción comunicativa, dentro de una interacción cara a cara de dos o más individuos, donde se conjugue tanto su capacidad de lenguaje como de acción. Dentro de ese nivel importa entonces el consenso, el ponerse de acuerdo para actuar dentro de situaciones susceptibles de ello. En ese sentido, como para el interaccionismo simbólico,⁴³ la interpretación se convierte en el eje

⁴² Jürgen Habermas, *Teoría de la acción comunicativa I. Racionalidad de la acción y racionalización social*, Taurus, Madrid, 1998, p. 124 De los cuatro conceptos que Habermas dilucida dentro de la teoría sociológica el de la acción teleológica, el de la acción regulada por normas, el de la acción dramática y el de la acción comunicativa, interesan los dos últimos porque plantean el problema de la metáfora teatral planteada por Goffman, de la que critica su visión hasta cierto punto limitada, pues sólo serviría para describir la orientación fenomenológica de la acción, no para comprenderla dentro de unos parámetros más generales, principalmente dentro del punto de vista teórico.

⁴³ Para el interaccionismo simbólico, un individuo social es "un organismo capaz de entablar una interacción social consigo mismo formulándose indicaciones y respondiendo a las mismas", en ese sentido no se limita a responder a una acción recíproca, sino que el individuo es ante todo un organismo que debe reaccionar ante lo que percibe y su comportamiento respecto a lo que percibe "no es una respuesta motivada por tal presencia, sino una acción que surge como resultado de la interpretación..." (Herbert Blumer, *El interaccionismo simbólico. Perspectiva y metodología*, Hora, Barcelona, 1981, p.11).

perifèria

Número 10, Junio 2009

www.periferia.name

sobre el cual girarían esos acuerdos situacionales y el lenguaje en el mecanismo a través del cual se concretan esas prácticas comunicativas.⁴⁴

Se podría decir entonces que el modelo dramatúrgico empieza a complicarse en el mismo instante en que se constata que la trasposición al plano del espacio público no es completa porque el espectáculo teatral implica una “convocatoria pública que no corresponde a las escenas de la vida cotidiana”, pues “los momentos de ésta son muy pocas veces buenas maneras sostenidas por una perspectiva única o por la mirada colectiva y focalizada de un agrupamiento”.⁴⁵ Ello implica que esos encuentros entre extraños, al contrario que en el teatro, se producen en un marco participativo que tiene por principio la heterogeneidad, la separación de públicos y el pasaje de un rol a otro, es decir, que en la experiencia de los tránsitos e interacciones urbanos los actores y espectadores se intercambian los papeles, mutan permanentemente de lugar y establecen nuevas representaciones en donde la improvisación tiene un carácter fundamental. A pesar de ello, el uso de la aproximación escenográfica, si bien no explica la esencia de la vida social, si contribuye a su descripción y comprensión. Así que su utilización es pertinente en cuanto facilita las herramientas para un acercamiento a un espacio público real, es decir, como argumento metodológico válido para el que la observación se convierte en el elemento fundamental para la percepción de las escenas que conforman la vida cotidiana, allí donde el lazo social se hace visible en el momento mismo de anudarse. Sea como fuere, no cabe duda que la metáfora teatral es uno de los acercamientos más importantes para la descripción y análisis del espacio público como lugar sensible y como marco para la acción social.

⁴⁴ Habermas, *op.cit.*, p. 124.

⁴⁵ Joseph, *Erving Goffman y la microsociología...* p. 71. Joseph critica sobre todo la relación frente de escenario/bastidores en el espacio público a la manera como Goffman la plantea en la metáfora teatral, pues, en éste, al ser los actores completamente visibles, deben mantener ese manejo de las representaciones constantemente. En cierta medida se está desnudo ya que cualquier acto o comportamiento inapropiado podrían constituirse en motivo de discordia y/o malentendidos. Eso implica que no hay lugar a ningún tipo de relajamiento que involucre una laxitud u olvido de ese manejo de las impresiones entre dos o más individuos que interactúan, todo lo contrario a lo que ocurre en la trasescena del espectáculo teatral.

perifèria

Número 10, Junio 2009

www.periferia.name

Hasta aquí un punto relevante: el espacio público está dotado de unas características sensibles que permiten compararlo con un espectáculo teatral, pues existen unos actores/espectadores, un decorado, unos roles, una trama general y por supuesto una legibilidad en sus enunciados, todo lo que lo convierte en un lugar de y para la comunicación, para una actividad social al tiempo elemental y compleja, en el transcurso de la cual se publicita, se negocia, se actúa y también, porqué no decirlo, se confronta. Dentro de esos lineamientos es imprescindible insistir en la noción de espacio público como lugar de y para la acción, porque viene a condensar gran parte de lo enunciado hasta aquí. En ese caso, el espacio público se concibe, al menos inicialmente, como espacio de derechos -derecho de acceso y circulación que denotan la libertad pública-, como paisaje sensible -posee una materialidad sonora y visual-, y como espacio de ceremonias cívicas o de urbanidad -principio de cooperación en la copresencia. En estas aproximaciones quedan claras varias cosas: el sentido de accesibilidad general a ese tipo de espacio, su consideración como marco material y de comunicación, todo dentro de la afirmación de que éste es, en efecto, "el primero de los bienes públicos, que se concibe como visibilidad mutua, espacio de encuentro o puesto a disposición de la intención de cada uno" y que confirma que "todo bien público es una coproducción".⁴⁶ Espacio que es un todo a la vez: concepción y uso, contexto para las actividades y realización de esas actividades. Lo anterior implica que es un espacio de encuentros y multiplicidad de perspectivas en donde se concreta la elaboración de un sentido común o mejor de una elaboración conjunta de los copresentes en determinada situación, esto es, de un comportamiento altamente cooperativo todo lo cual no excluye, antes al contrario, la posibilidad de choque y conflicto. Y todo ello indica además que es un espacio del movimiento, de concentración, de la dispersión y del pasaje. Por tanto la noción de espacio público, en palabras de Joseph, "remite no solamente a una *realidad porosa* donde se traslapan varios sistemas de actividad; sino también a una *realidad conceptualmente inestable*: abstracta y concreta,

⁴⁶ Isaac Joseph, «L'espace public comme lieu de l'action», *Les Annales de la Recherche Urbaine*, no. 57-58, 1993, p. 211

perifèria

Número 10, Junio 2009

www.periferia.name

simbólicamente central y culturalmente dispersa, localizada y desubicada, espacial y hablada, episódica o intermitente y organizada y estructural".⁴⁷

Bibliografía

Arendt, H. (1998). *La Condición humana*. Barcelona: Paidós.

Baudelaire, Ch. (1995). *El pintor de la vida moderna*. Murcia: Colegio de Arquitectos y Aparejadores de Murcia.

Benjamín, W. (2000) *Historias y relatos*. Barcelona: Muchnik Editores.

Berman, M. (1988). *Todo lo sólido se desvanece en el aire: la experiencia de la modernidad*. Madrid: Siglo XXI.

Bettini, V. (1998). *Elementos de ecología urbana*. Madrid: Trotta.

Blumer, H. (1981). *El interaccionismo simbólico. Perspectivas y metodología*. Barcelona: Hora S.A., pp 11.

Burguess, E. (1974). El crecimiento de la ciudad: introducción a un proyecto de investigación. En G. A. Theodorson (ed), *Estudios de ecología urbana*, Tomo I. Barcelona: Labor.

De Certeau, M. (1996). *La invención de lo cotidiano .Vol.1: Artes de Hacer*. México: universidad Iberoamericana, pp.105.

Delgado, M. (2004). De la ciudad concebida la ciudad practicada. *Archipiélago*, no. 62.

Goffman, E. (1979). *Relaciones en público*. Madrid: Alianza, pp.195

Goffman, E. (1991). *Los momentos y sus hombres*. Barcelona: Paidós, pp. 188-189

Habermas, J. (1998). *Teoría de la acción comunicativa I. Racionalidad de la acción y racionalización social*. Madrid: Taurus, pp. 124.

Hannerz, U. (1993). *Exploración de la Ciudad*. México: Fondo de cultura económica

⁴⁷ Joseph, *Retomar la ciudad*, p. 15. Cursivas del autor.

perifèria

Número 10, Junio 2009

www.periferia.name

- Jacobs, J. (1973). *Muerte y vida de las grandes ciudades*. Barcelona: Península.
- Joseph, I. (1999). *Erving Goffman y la microsociología*. Barcelona: Gedisa, 1999.
- Joseph, I. (1993). L'espace public comme lieu de l'action. *Les Annales de la recherche urbaine*, no. 57-58, pp. 211.
- Joseph, I. (1993). L'univers des rencontres et la vulnérabilité des engagements. *Les Cahiers de Philosophie*, no. 17, pp. 223.
- Joseph, I. (1995). Reprendre la Rue. En Isaac Joseph (comp.) *Prendre Place espace public et culture dramatique*. Cerissy: Recherches/plan urbain.
- Joseph, I. (1999). *Retomar la ciudad. El espacio como lugar de la acción*. Medellín: universidad Nacional de Colombia.
- Lefebvre, H. (1981) *La production de l'espace*. Paris: Antrhopos.
- Lefebvre, H. (1969). *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Península.
- Lofland, L. H. (1998). *The Public Realm. Exploring the city's quintessential social territory*. Nueva York: Aldine de Gruyter.
- Mondada, L. (2000). *Décrire la Ville. La construction des savoirs urbains dans l'interaction et dans le texte*. Paris: Anthropos.
- Nietzsche, F. (1998). *Así habló Zaratustra*. Madrid: Alianza.
- Paetzold, H. (2000). The Philosophical notion of the city. En Malcom Miles, Tim May y Lain Borden (eds) *The city cultures Reader*. Londres: Routledge.
- Park, R. E. (1974). Ecología urbana. En G. A. Theodorson, *Estudios de ecología urbana*, Tomo I. Barcelona: Labor.
- ParK, R. E. (1999). *La ciudad y otros ensayos de ecología urbana*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Park, R. E. (1984). The City: suggestions for the investigation of human behavior in the urban environment. En R.E. Park y E. W. Burgess, *The city: suggestions for the investigation of human behavior in the urban environment*. Chicago: The University of Chicago Press.

perifèria

Número 10, Junio 2009

www.periferia.name

Quéré, L. y Brezger, D. (1992). L'Etrangeté mutuelle des passants. Le mode de coexistence du public urbain. *Les Annales de la Recherche Urbaine* no. 57-58, pp. 92-93.

Remy, J. y Voyé, L. (1976). *La ciudad y la urbanización*. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local.

Rousseau, J-J. (1994). *Carta a D'Alembert*. Madrid: Tecnos.

Sennet, R. (1974). *El declive del hombre público*. Barcelona: Península.

Simmel, G. (1998). Las grandes urbes y la vida del espíritu. *El individuo y la libertad*. Barcelona: Península.

Simmel, G. (1977). *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización. Vol. 2*. Madrid: Revista de occidente.

Tarde, G. (1986). *La opinión y la multitud*. Madrid: Taurus.

Tarde, G. (1961). *Estudios sociológicos, Las leyes sociales de la sociología*. Córdoba: Ediciones Alessandri.

Wirth, Louis. (1988). El urbanismo como forma de vida. En Fernández Martorell (ed.), *Leer la ciudad*. Barcelona: Icaria.